

Nov 6d

1.00
HÉCTOR ABREU
(ÁBREGO)

EL ESPADA

NOVELA

DEL TOREO



SEVILLA

Lib. de JUAN ANTONIO FÉ, Sierpes 89.



EL ESPADA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- El Sport y la Cria caballar en España.*—Sevilla, 1885.—3 pesetas.
- El Sport (segunda etapa).*—Artículos varios.—Sevilla, 1889.—3 pesetas.
- Animales y Personas* (crónicas y cuentos).—Madrid, Fernando Fé.—3 pesetas.
- Aves de paso* (novela de costumbres hispano-americanas).—Madrid, Fernando Fé.—3,50 pesetas.
- Amazona (La Novela del Sport).*—Segunda edición.—Madrid, Fernando Fé.—3 pesetas.
- Niño Bonita* (novela).—Madrid, Fernando Fé.—2 pesetas.
- El Espada* (novela del toreo).—Sevilla, Juan Antonio Fé, y Madrid, Fernando Fé.—3 pesetas.

EN PRENSA

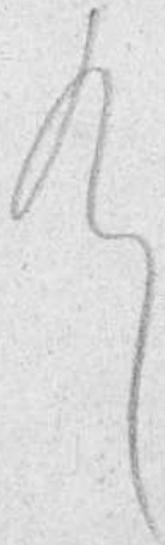
Dominio de faldas.

EN PREPARACIÓN

Hambre y sed de justicia.

Salomé.

El peso de la vida.



HÉCTOR ABREU
(ABREGO)

EL ESPADA

NOVELA



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo 2

+

*Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la Ley.*

SEVILLA: TIP. DE «EL PROGRESO»
Julio César 12.

EL ESPADA

I

UN ¡ay! aterrador se escapó de todos los labios en el instante que, perfilándose Carmelo Reyes para matar al toro, en una arremetida fué cogido y volteado por el pujante cornúpeto que tanto juego venía dando aquella tarde.

Carmelo yacía en la arena, al parecer más muerto que vivo, empuñando en su diestra el estoque y en la izquierda gironada la muleta.

Habían acudido presto á librarlo del animal enfurecido, peones esforzados que, con sus abiertas capas, teñidas de sangre, agitábanlas con acelerado capotear sobre la cerviz del acorneador cuadrúpedo.

El público en masa, puesto de pié, vociferaba con el estruendo tumultuario de la muchedumbre excitada y desatentada que no sabe á punto fijo lo que quiere, grita, pide ó señala con sus alaridos y ademanes.

Carmelo Reyes había estado hecho un valien-

te en los toros segundo y cuarto; tras pases magistrales de pecho, sereno, atrevido, les había dado muerte, tintos en sangre la cruz de la espada, sus dedos y empuñadora mano del punzante acero.

Carmelo, toda la tarde había escuchado una continua y estrepitosa ovación de palmoteos y de «olés», dichos por voces femeninas de donairoas damas que agitaban sus abanicos de colores varios y de hombres que aplaudíanle entusiasmados, tirándole sombreros, petacas preciosas y hasta un zapatito de mujer había caído á sus plantas en medio de aquel torbellino de desencadenado frenesí.

Carmelo al ir á matar aquel sexto toro negro, en el momento que desplegó la muleta, acudió la res presurosa, y tras un pase en redondo peligroso y ceñido, sintió golpear en su cabeza un pañuelo fragante de mujer, lanzado desde próximo asiento de barrera, á donde por el exterior huyó el toro tomando tablas. Acudió á él Carmelo, y al pasarlo de muleta alzó la vista, viéndola en pié, pálida cual cera, sintiendo el pavor que ella tenía, y, emocionado, fué en aquel instante que se iba á tirar cuando desvió la mirada y la ojeó con delirante amor, cogiéndolo y tirándolo por alto el toro.

Ella se desplomó desmayada en los brazos de uno que la sostuvo.

Entre tanto la feroz bestia amagaba con cornadas á capas y capótes que lo circuían; Curro, en un descuido del animal, lo atravesó por su co-

dillo izquierdo, y, doblando la cerviz á la par que se moría, arrojaba sangre á borbollones sobre el arenado piso.

A Carmelo, transportado á la enfermería, habíanle tendido sobre improvisado lecho.

.

El público salió silencioso del circo; aglomerado, cabizbajo y lento caminaba bajo las sombras de aquella fila de plátanos orientales y copudos tilos que, alineados en sombrosa alameda, conducían á la calle principal de la Ciudad.

Se agitaron las fustas, rodaban los coches llenos de espectadores en busca de los trenes que los habían traído á la fiesta de aquella tarde.

Numerosos grupos situáronse á la puerta exterior que daba salida á la enfermería, sin que bastara á desalojarlos de allí, ni la Guardia cívica ni los gendarmes de á pié y á caballo que acudieron ante el temor que inspira la obstinada persistencia de las masas populares cuando, aferradas y obsesionadas, desoyen todas las intimaciones, por razonables que sean. ●

Persistentes allí estaban centenares de personas de todas edades, clases y alcurnias, esperando el momento en que sacaran al popular espada.

Vagas obscuridades nocturnas se extendían aumentadas con las sombras de la noche, cuando, abierta la puerta, apareció la camilla con el herido, llevada en hombros por algunos toreros vistiéndolo aún sus trajes de luces que, cuales fatuos

fuegos, apenas si brillaban en aquella semiobscuridad.

La comitiva emprendió la marcha, pudiendo apenas dar paso los conductores de la portátil camilla, cubierta de negros hules y cortinas azuladas.

El gentío iba delante, á los lados, detrás, dando convoy y siguiendo el andar tardo y dificultoso de los transportadores, entorpecidos con el vaivén de aquella masa humana que, á empujones, pisándose y echándose unos sobre otros y apiñados y apretados, formaban un cortejo interminable y numeroso.

Las bajas voces, el ruido de las pisadas, las personas que á las esquinas y bocacalles acudían á verlos pasar, la aglomeración creciente de los que agregábanseles, griterío que desde las puertas, balcones y ventanas oíase de los que querían enterarse de lo ocurrido, la fila de carruajes parados en aquella vía principal y escasa claridad de las luces que comenzaron á encender, daban al convoy macabro y á tan dolorosa escena aspecto fúnebre y tristísimo; algo así como el augurio de mala ventura que todos aterrorizados presagiaban.

Entre tanto la camilla en donde Carmelo Reyes iba tendido se bamboleaba de uno á otro lado, siguiendo el compás de los conductores, á quienes la multitud apiñada oprimía, empujándolos y casi transportaban en volandas.

Al fin llegaron á la puerta de la fonda donde el diestro se hospedaba en aquellos días de su estancia allí.

El frontispicio del Hotel estaba iluminado de arriba abajo con bombillas de gas en colores y astas con banderas internacionales.

Un arco voltáico de lucecillas rojas decoraba la entrada. A uno y otro lado de la acera dos monumentales farolas lucían con esmerilados focos eléctricos.

En los bancos anexos á la fachada, á diestra y siniestra del pórtico, un numeroso público y huéspedes hallábanse sentados, escuchando una improvisada orquesta que tocaba la marcha de *Carmen*.

Los comedores bajos con sus abiertas puertas dejaban escapar torrentes de luz, y los adasados manteles, los ramos de flores, la cristalería y vajillas, la plata de los cubiertos, los negros frac de los camareros, los policromos vestidos de las damas, el ir y venir de unos, entrar y tornar de otros, la alegría y algazara, lluvia de claridad que las arañas cristalinas, como cataratas multicolores, despedían sobre los allí presentes, semejante á si estuviesen bañados por un arco iris, era cuadro encantador.

La comitiva se detuvo, cesó la orquesta; los comensales, con ruidoso estrépito, se asomaron á las ventanas. Señoras y caballeros callaron cuando pausadamente, bajo la bóveda del vestíbulo, penetraban los portadores del herido. Una campana interior se dejó sentir; sonaron algunos timbres eléctricos, y en brazos alzados comenzó la ascensión de la camilla por la amplia escalera, llevada entonces por seis picadores que allí rele-

varon á sus fatigosos compañeros y que llegados antes esperaban.

Pronto y tras de subir acelerado, se perdió de vista el fúnebre cortejo, oyéndose sólo en el descanso del principal el lento paso de los arrastrados piés que guardaban el equilibrio para subir al otro tramo que al segundo piso conducía.

Entró toda la cuadrilla y acompañantes, retirándose lentamente la multitud; algunos grupos quedaron á distancia en la calle, mirando hacia arriba, en donde tenía sus habitaciones el espada Carmelo Reyes.

En el comedor se oyó de nuevo ruido de vajillas, metal, aceros, cristales, ecos de risas y palabras.

La orquesta tocó á su vez un vals sonoro, y hecha su colecta fuése con la música á otra parte. Y por la calle circularon ómnibus, y carruajes, y despejadas las aceras por los agentes de orden público, discurrieron los transeuntes en varias y encontradas direcciones.

Una berlina tirada por dos jacas con sonantes cascabeles se detuvo á la puerta del Hotel. Bajó de ella presurosa damisela de buena estatura, acompañada de joven y delgado hombre, vestido con chaqueta corta de paño, pantalón y chaleco negros, faja azul, zapatos amarillosos y sombrero gris de alas anchas.

Él recogió del pescante abultada maleta y saco de mano color piel de Rusia, y, sin hablar,

fue presuroso tras aquella damisela que por la escalera subía de dos en dos los escalones.

En el descanso del segundo piso salió al encuentro de la damisela uno aún con el traje de torear; pidió, rogó y suplicó á la joven no pasara adelante, intentando no dejarla que entrase por una entreabierta puerta que frente á los dos estaba: pero ella, desoyéndole, alargó el brazo derecho, y apartándolo, resuelta, ágil, se internó en la estancia donde á Carmelo Reyes, después de la primera cura en la plaza, habían traído y acostado desde la camilla al lecho.

En el cuarto reinaban penumbras; sólo sobre un velador situado en un rincón ardía una lamparilla que daba tenue luz.

Era la habitación grande y cuadrilonga, con dos ventanas en la fachada principal del edificio.

El techo tenía cielo raso pintado de color azul y las paredes estaban estucadas; en un testero veíase una chimenea de mármol; en el otro, bajo pabellones rojos de brocadillo de seda, emplazábase la cama en donde Carmelo junto al muro estaba; al lado opuesto un armario de caoba con espejo grande ocupaba gran trecho, como si presidiera el aposento, entre una mesa con tapete de verdosa felpa con cairel en forma de fleco, y el capote lujoso del espada extendido sobre el respaldo de un sillón.

Por doquier se notaban objetos de indumentaria; pantalones y chalecos, fajas y camisas sobre los taburetes, zapatillas de torear, botitos ama-

rillos, indicando todo, el desorden que reinaba en aquella estancia accidental del afamado toreador.

La joven, desde la habitación contigua, que comunicaba con la estancia en donde el espada hallábase acostado, se aproximó á la puerta y sin traspasar apenas el umbral, asomó su cabeza y dijo suavemente:

—Carmelo...; Carmelo...

Nadie respondió á su voz. Oíase sólo la respiración entrecortada y fatigosa del herido.

De junto á la cama, al escuchar «Carmelo, Carmelo», irguióse un hombre que, sentado cerca el herido, estaba en mangas de camisa.

Era alto, musculoso, ancho de espaldas, de cabeza abultada, teniendo el rostro todo afeitado, vivos los ojos, penetrante la mirada, aguileña la nariz, fruncidos labios, con pequeños y parejos dientes, que mostraba con sardónica sonrisa. Agréguese que en el carrillo izquierdo tenía un lunar con largos vellos, dándole aspecto afeminado, á pesar de su robusta corpulencia.

Llevaba puestos pantalones negros, sujetos con ancho cinturón de cuero, y babuchas que dejaban ver sus desnudos piés.

De puntillas fué hacia la puerta, y, poniéndose en medio de ella, dijo:—No se puede pasar; ahora delira; el médico no quiere que se le hable, ni que tenga á persona alguna más que yo á su lado; ¡y mujeres mucho menos! Conque así, no piense usted en entrar porque no *cuela*, aunque me abran el corazón como una granada de mi

tierra;—y, avanzando un paso, la obligó á retroceder.

Sacó él su petaca y la ofreció un cigarrillo, por si fumaba, como le dijo, y juntos fueron á sentarse en un cómodo diván.

El gabinete en donde estaban era pequeño y amueblado á estilo oriental, las paredes cubríanlas telas imitando dibujos otomanos y los asientos y el mueblaje todo era fiel copia de modelos turcos. Un tapete cuadrilongo cubría parte del piso encerado de madera. Sobre trípode de ébano lustroso, en un tabor, descollaba fragante ramo de flores. La luz venía de alto, encerrada en linterna con vidrios azules, rojos y amarillos y difundíase tenue sobre el encarnadizo tono que predominaba en cortinas, alfombras, telas, divanes y demás mobiliario.

La joven, con la cerilla en la mano, trémula de emoción, no acertaba á encender el cigarrillo, y tuvo él que decirle:—Que se va usted á quemar, criatura; está usted alicaída; éstas son cosas del mesmo oficio que trae uno. Ni es la primera, ni será la última. Es menester que sepa usted que este mozo es de mucho ánimo y sangre torera, y sale de estas cogidas más valiente: como que tiene siete vidas como los gatos. Si lo hubiera usted visto hace dos años cuando lo hirió el Miura en Valencia, tirándolo más alto que la Giralda de Sevilla... y aquí lo tomo y allí lo deajo, y torno á levantarlo, y erre que erre; y él firme que firme: como que parecía iba diciendo «conmigo no puedes»; y atravesado de parte á parte, cuando se

puso de pié, se endilgó al bicho y le metió una *estocá...* como que salieron *roando* los dos hecho un lío, ¡que costó más trabajo sacarlo debajo del cuerpo de aquel *condenao* toro negro!...

Beatriz, así nombrábase aquella mujer, que apenas contaba veinticinco años, comenzó á sollozar; y Curro, el mozo de espadas de Carmelo y fiel amigo é inseparable compañero del afamado diestro, aunque duro de corazón y avezado á estos brutales trances de la tauromaquia, viéndola llorar de aquella manera, la cogió una de sus finísimas manos; de rosadas uñas, afilados y ensortijados dedos con brillantes y piedras preciosas, y, apretándosela con ternura, la dijo:

—Vamos, que no quiero verla gimotear; que nó, mujer; en estos lances no se llora, se calla y se *jama partia*; las lágrimas son para los difuntos; *pa* un *Tato* que ya no anda por este mundo; si usted lo hubiera conocido... aquél también tenía *reaños* y vergüenza torera.

Y poniéndose de pié, como si se asomara tras de los cristales al ruido de un coche que se había sentido detener abajo en la puerta de la fonda, aprovechó el estar de espaldas á ella y con la palma de las manos se restregó los ojos.

Beatriz se había cubierto la cara con entrambas manos y dejaba correr su llanto.

Ella, tras largo rato de silencio, al oír pasos en el corredor se puso de pié, notando al médico, que entraba acompañado de otro caballero de porte distinguido y, escurriendo el bulto, se fué al próximo cuarto.

Curro encendió varias velas de un candelabro y asiéndolo por su centro, iluminó la entrada del cuarto en que Carmelo estaba, para que entraran los médicos.

II

EL doctor se aproximó al herido tomándole el pulso, y al ver que no se despertaba y hallábase vuelto de espaldas al otro lado, dijo á Curro:

—Hay poca fiebre y duerme: esto es un buen síntoma y mañana temprano vendré; que tome las cucharadas de dos en dos horas; no tocar al apósito para nada; no darle conversación, y si tiene sed, ahora recetaré una bebida que puede tomar á todo pasto. Sobre todo, quietud.

Carmelo se tornó del lado donde el doctor apoyábase en el borde de la cama mirándole.

—¿Qué hay?—dijo Carmelo;—por vida de los descuidos...—Y cerrando sus ojos, boca arriba, como había quedado, prosiguió:—Es menester, Curro, que mandes un parte diciendo...

—¿Diciendo qué?—preguntó el doctor.

—Diciendo que no es nada; que sujeten á Lolilla, no se ponga en camino, y que le den dos palos al empresario por haberme echado ese cornú-

peta, y á mí que me... Oye, Curro, arregla las maletas, y al tren, que tenemos que ir á Valladolid, y allí, Miuras y más Miuras.

—Vamos á ver, amiguito, si deja de pensar en musarañas, y á tranquilizarse.

—¿Usted quién es?—dijo Carmelo sin abrir los ojos.

—¿Yo? ¿No me conoces, y me brindastes un toro? Como que te he venido á ver desde Zaragoza. Vamos, so tumbón, que sueñas con los Miuras.

Carmelo prosiguió en su delirio:—Valiente mujer, y qué cuerpo y qué ojos: si por ella mato yo más toros... ¡Ay, madrecita de mi vida, quién te tuviera á mi lado! Pobre...

Guardando silencio, el doctor echó á andar y pasó, seguido del caballero y de Curro, al gabinete en que Beatriz, desde la puerta, había escuchado las palabras de Carmelo, ocultándose, al sentirlos venir, en la inmediata habitación, dejando entornada la puerta.

Tomaron asiento encendiendo cigarrillos, y el doctor español dijo al francés:

—No me parece que habrá complicaciones: yo tengo que irme á Zaragoza mañana; además, á usted le corresponde de derecho, agradeciéndole la fineza de que me haya dejado hacerle la primera cura.

—Ustedes en España tienen más práctica de estas heridas; además, mi español no es muy católico.

—¡Si lo habla usted poco bien! vamos, que me

daría yo por contento con hablar el gabacho como usted el castellano,—agregó Curro.

—Es usted muy amable. ¿Es usted pariente del herido?

—Nó— contestó el médico español. —El señor es, como si dijéramos, su *valet de pied*, es un incrustado á la persona del diestro; todos ellos tienen su hombre de confianza; le trae las espadas; cuida de su ropa; conoce sus secretos; es su más ferviente admirador; le da consejos; cuida cuando está enfermo y se ocupa de muchos pormenores. Estos hombres son como los artistas; incapaces de descender á detalles; trabajan por el gran arte.

—Sí, ya conozco algo de esto,—agregó el doctor frances:—he estado muchos años habitando en el barrio Latino de París. Los artistas, sobre todo los de pluma y noveladores, ¡qué cabeza á pájaros—como ustedes dicen—tienen! Casi todos son niños grandes; no hay que buscarlos fuera de su arte; por rara excepción se ve alguno que piense en otra cosa; para un equilibrado y amigo del dinero, ¡cuántos hay que no lo son!

—Mire usted, parece como que estas profesiones lo traen aparejado y con ellas la generosidad corre parejas; en España no se concibe á los toreros más que derrochando dinero, por más que hoy los modernistas adoran los billetes de Banco.

—Es que ustedes, los españoles, tienen un refrán muy gracioso: «El dinero del sacristán, cantando se viene y cantando se va»...

—Sí, algo de eso; pero ahora los toreros co-

mientzan á preocuparse un poco del porvenir; el ejemplo de tantos de ellos que han muerto pobres y enterrados de limosna les ha hecho abrir los ojos y pensar en que hay que buscarse un men-drugo para la vejez; el pobre *Tato*, si no hubiera sido por un empleo que tenía en el Matadero de Sevilla, lo hubiera pasado igual; creo que se modernizan y trabajan por la honra y provecho.

—Por eso hay tantos bailarines delante de los toros—dijo Curro, interrumpiendo al doctor zaragozano.

Rieron mucho todos la ocurrencia del mozo de espadas, sacó su agenda de bolsillo el médico francés, y rasgando una hoja de ella escribió la receta de la bebida, y dándosela á Curro, le rogó bajara al despacho para que fueran presto á la botica á traerla.

Solos los dos médicos, dijo el de Zaragoza á su colega:

—Mire usted, la psicología de estos hombres es muy complicada; son almas y corazones que tienen muchos pliegues y repliegues, nada fáciles de observar y analizar.

—Así lo juzgo; usted debe tener práctica.

—No lo crea; mientras más les trato menos los entiendo; son muy complejos y oscuros; tienen también cosas de niños, no se lo puede usted figurar. Sus mismas cogidas, aunque no sea más que ocupándonos de la actual, procedentes de cornadas, son *sui géneris*; no se parecen en índole á las de otros heridos; hay menos casos de infección y los relajamientos de textura y roturas y

dilataciones hechas por los cuernos, sanan más pronto que las ocasionadas por otras armas; hay que tratarlas como carne de perro, eso sí, con energía y sin reparos á regularizarlas, produciendo curación inmediata. Estas gèntes no se paran en barras; tienen que *torear sus contratas* y no puede mimárseles demasiado. Además sería contraproducente; sus tejidos, músculos, huesos, arterias y nervios no se parecen á los de los demás mortales; asemejan ser de un material diferente.

—Es muy curioso, colega, lo que usted me cuenta; se lo agradezco mucho.

—Sí, mañana, antes de marcharme, veremos juntos á este mozo, y creo que dentro de siete días le podrá usted dar de alta; la herida, como ha visto, es en largo y superficial; se extiende desde la cintura al costado derecho, y más que nada ha sido un varetazo, como ellos dicen, aparatoso; el magullamiento es lo que le ha postrado y las noches que lleva sin dormir; en cuanto descanse una docena de horas lo verá usted queriéndose levantar y volver á las mismas; ¡si esa es su vida!..

—Aquí lo principal—dijo el francés,—es que esto necesita cuidado solícito. ¿Le parece á usted que mande algún practicante, que siempre sabrá mejor...?

—Quiá, no señor; con Curro hay bastante. Además, ya aparecerá alguna damisela que no ha de separarse de la cabecera del diestro. Estas hembras enamoradas de tales hombres, son irremplazables.

—¿Usted no teme que la emoción de estar una mujer al lado pueda...?

—Quiá, no señor; estas gentes no tienen emociones: le aseguro que los conozco; por el contrario, ellas les cuidan como si fueran niños de teta; se identifican con ellos, sus manías y caprichos, y sucede que las desgraciadas se enamoran y sufren mucho, porque éstos cambian de queridas, como nosotros de camisa, todos los días.

—Es bizarro eso que usted cuenta.

—No le quede duda; los conozco bien; desde que estudié Medicina vivo entre estos caballeros andantes; los quiero mucho y ellos á mí; á lo mejor desde Zaragoza voy á verlos torear y operar á Madrid, Sevilla, Almería...; llevan una vida de trashumancia *sui géneris*.

—Sí, en Francia tenemos también los *jockeys*, que viajan mucho de hipódromo en hipódromo, y deben tener gran parecido con estos gladiadores.

—Quiá, no señor; los *jockeys* son más *dandys* y llevan mejor vida. Además el peligro no es tan inminente.

—Qué sé yo qué le diga á usted; hay gran riesgo; esas carreras de saltos que nombran *Steeple-chase*, le aseguro son brutales, y en ellas, al cabo del año, mueren no pocos hombres y caballos.

—He oído hablar de ellas: son las corridas de toros de ustedes; cada país tiene sus ejercicios atléticos; los yanquis é ingleses sus luchas á puñetazos, donde se magullan y rompen labios, quija-

das y narices con sendos golpes en el pecho y barriga, acabando la fiesta por tremendas coceaduras, como los animales.

—Sí, ahora están de moda esos ejercicios atléticos y hombres gigantes de músculos y carnes; parecen verdaderos titanes de la edad media; hace unas semanas estuve en Lille y presencié tal espectáculo, y también el de los gallos; ¿este sí que es cruel y horripilante!

—Pues, oiga, estos diestros son muy aficionados á gallos de pelea y en invierno suele ser una de sus distracciones favoritas, así como perseguir liebres con galgos, pues residen en pueblos donde hay pocas diversiones; y acostumbrados durante las épocas de lidia á ir y venir, al agetreo y animación de las ferias y fiestas en ciudades donde celébranse las corridas de toros, echan de menos el bullicio y se entretienen con esos *sport*.

Entró Curro trayendo la botella con la bebida, y el aragonés le dijo:

—Oye, tú, ¿quién está por aquí de mujeres?

—La francesa.

—¿Una francesa? —dijo el otro doctor admirado.

—Sí, una taurómaca que no hay quien la aparte de su lado. Ya le contaré á usted eso; nos iremos á la plaza á tomar un *boc*.

—Pues entonces voy á escribir la prescripción—agregó. Y sacó su agenda, y arrancando una hojita, trazó varios renglones, y dándosela á Curro, le dijo:

—Entréguesela á mi compatriota, que ella comprenderá lo que dice.

Curro agarró del brazo al médico español, y agregando «con perdón de Monsiú», lo atrajo al hueco de una ventana, diciéndole:

—Me he tardado por haber puesto telegramas, y sobre todo uno para que sujeten á Lolilla en Madrid, no sea que venga y se encuentre aquí con la otra y la corte el moño, aunque ésta poco pelo tiene. ¡Camará, qué cabecita más asentada y peinada la suya! ¡Vamos, que no estoy para bromas! ¡Pero si parece la pelusilla que tienen las mazorcas de maíz en la vega de Villaldaba, cuando las descamisan por Agosto! La otra gente todos se han marchado; me llegué al tren, que iba á partir, y ¡qué baraunda traían! Ahora dice Luisillo que no torea sin éste, y el otro espada que si Carmelo hubiese matado los toros que le correspondían y no hubiera andado con aquellos remilgos, no le habría de seguro cogido el Miura. ¡Valiente maleta! Después que se le ha reconocido su antigüedad todavía hace piernas: no asamos y ya pringamos. Conque ya lo sabe usted; y se quejan los chicos de las cuentas de las fondas y de que el cambio no se lo han querido hacer como ellos deseaban.

—Bueno, bueno; dale esas instrucciones á la francesa; nada de besuqueos, se lo dices de mi parte, y no pierdas de vista á Carmelo; mira que es muy bruto; además, no dejes de telegrafiar-me, y hasta mañana, que antes de irme vendré. Recoge las joyas y el dinero, todo bajo llave... y que no

entre nadie aquí; tú y la francesa, y hazme el favor de no beber vino, hombre, siempre... hueles á mosto.

—Si no lo he catado.

—Bueno, adiós, y ya lo sabes, que no entre persona alguna á ver á Carmelo ni hablarle; he visto algunos aficionados abajo en la puerta y le dije al amo del Hotel que no pasara ni el verbo; jaquecas y nada más vienen á dar con sus preguntas de ¿cómo fué y qué hizo el toro...?

Los doctores salieron y comenzaron á bajar pausadamente los escalones. Curro se asomó al cuarto donde estaba Carmelo, y oyéndole roncar y no viendo á la francesa, volvió sobre sus pasos y fué á buscarla en la otra habitación, en donde se había escondido y escuchado durante la consulta de los galenos.

III

AL pasar los médicos por delante del despacho del Hotel, dijo el aragonés á su colega:

—Permítame escriba cuatro renglones para que los pongan en el cuadro de avisos en la portería, único medio de que no intenten subir, pues estoy cierto vendrán de Biarritz y otras partes muchos españoles á saber noticias del herido.

Pardales, el afamado cirujano de Zaragoza, entró y pidió á la señorita que estaba sentada tras de las rejillas del despacho, papel, explicándole su objeto.

Era Pardales hombre de unos cuarenta años, alto, con moreno rostro, usaba bigote y patillas y vestía con afectada sencillez, cubriendo su cabeza sombrero negro de copa baja y ancha ala tendida.

Su traje era americana y pantalón cenicientos de lanilla, chaleco de dril blanco, camisa de color azul con rayitas rojas, cuello doblado y corbata negra en forma de marinero, zapatos descoladizos de charol y calcetines negros de hilo de Escocia. Sobre su chaleco extendíase, de bolsillo á bolsillo, gruesa *leontina* de oro y en el centro pendía un dije de plata simulando la cabecita de un toro.

Llevaba en su izquierda mano un junco ó bastón flexible, amarilloso y lleno de nudos simétricos.

Su rostro era despejado; cabello negro como sus extendidas cejas, pestañas, bigote y patillas, que contrastaban con ojos verdes, pequeños y de mirar penetrante.

Estaba soltero, con mucha clientela por la fama de hábil cirujano que tenía.

Nacido en Riela, había terminado sus estudios en Madrid, y desde joven dió muchas muestras de su afición á toros y toreros, entre los que había andado y estaba á menudo.

Hombre de pocas necesidades, modesto, afa-

ble y con modales distinguidos, vivía de escasas rentas que habíanle dejado sus padres, en compañía de una hermana mayor en edad, viuda, sin descendientes, cuidándole ella como si fuera su hijo.

Pardales era el paño de lágrimas de los pobres; todo lo que ganaba dábalo en sus visitas; no gustábale ver pobrezas, apesadumbrándole el oír contar lástimas, con el tierno corazón que tenía.

No era cruel y duro más que cuando curaba. Con el bisturí en mano, cuando operar solía á heridos por los toros, rajaba y tajaba sin piedad; pero con habilidosa destreza tal y tan buena suerte y fortuna que, de los innumerables toreros operados en los dos últimos años, no se le había muerto ninguno, achacándolo á su método y á la soberana clemencia de Dios.

Era creyente á su manera; y para vivir en paz con su hermana no hablaba nunca de religión. Acostumbrado desde su juventud á estar en salas de hospitales, y visto morir no pocas gentes, su sensibilidad entre enfermos era relativa, y, sin embargo, tenía ternuras de mujer en sus afectos, cariños y amistades.

Este hombre, con exaltadas ideas, rayano en anarquista, era más que nada un sociólogo ideal que él mismo se contradecía en sus alardes democráticos, gustando, por ejemplo, de los vinos más añejos y caros, cigarros habanos de marca y vitolas más afamadas, finura en la ropa interior que usaba en su persona, pues las camisas,

calzoncillos y otros adminículos, llevábalos de los holanes más sutiles, así como sus pañuelos habían de ser de seda unos ó de lino finísimo otros, no olvidándose de tenerlos siempre rociados de oliente agua de Colonia.

En su calzado era también esclavo de la moda, haciéndoselo embetunar durante el día varias veces.

Tenía, como querida, á una señorita de veintiocho años de edad, á quien su novio, con quien estaba para casarse, la dió un tiro, al saber que sostenía relaciones con un primo de ella, á quien mató, suicidándose después.

Pardales la extrajo la bala, situada en el costado izquierdo, para lo cual había sido requerido á Teruel, de donde era ella, hija de unos comerciantes, con la ventura de salvarla á las puertas de la muerte, á que estuvo durante la larga enfermedad que padeció y el mal parto que la sobrevino con las complicaciones de la herida y fiebre.

Teresa, así nombrada, una vez que sanó, recobrando la salud, al año escapóse á Madrid, en donde, después de llevar vida alegre, como concubina de cierto teniente de Caballería, con el que se fugó á la córte, abandonada por éste, á quien habían destinado á Canarias, volvió á ver á Pardales en un baile de máscaras una de las noches de Carnaval.

Pardales estuvo intrigadísimo durante muchos días por saber quién era aquella mascarilla con su dominó negro y la careta azul, que ni quiso

darse á conocer, ni había aceptado la cena y otros agasajos que él la ofreció.

Tres semanas después, en otro viaje que hizo á Madrid, Pardales, invitado á cenar por un diestro en casa de la querida de éste, notó entre las concurrentes á Teresa, que, al verlo, cubrióse el rostro con el abanico, é inclinada, ocultábase tras de otra pupila.

El anfitrión diestro, notando la esquivez de Teresa, se fué á ella, asiéndola por su mano izquierda, y á viva fuerza hízola acercarse hacia Pardales que, al reconocerla del todo, abrió sus brazos y la estrechó emocionado.

Teresa prorrumpió en llanto copioso, apoyando largo rato su rostro junto al pecho de Pardales, que la acariciaba sus negros cabellos, como si se los peinara, y á la vez que le había pasado alrededor del talle su brazo derecho, hablabanse de quedo.

—¿Qué es esto?—dijo el anfitrión.—¿Hemos venido aquí á representar el *Don Juan Tenorio* ó á tener un rato de alegría?

—Cállate, y allá ellos,—respondió la querida del torero.—¿Tú que entiendes lo que son estas cosas de mujeres de la vida? ¡Déjala, pobrecilla! ¡Dios sabe las penas que tendrá!

—Quiá, á mí no me vengas con alcahueterías. Pero, calle; si el amigo Pardales también ha llorado: á ver, mocito, si nos van ustedes á dar la noche. Venga vino, que así no hay pesares.

Y dirigiéndose á otro convidado, le dijo:

—Vamos á ver, *Niño de Andújar*; toca ahí en

la guitarra un tango de esos tuyos superiores; vengan palmas; y tú, Mariquilla, á bailar y hacer plaza.

Formaron todos amplio corro, y Mariquilla, poniéndose un negro sombrero de anchas alas, comenzó á bailar al son de la guitarra y palmas que las otras tocaban.

Pardales y Teresa, después de beber algunas copas de vino amontillado, se dirigieron por el pasillo á una alcoba que en el fondo del corredor estaba con ventanas á otra calle.

Días después Pardales, acompañado de Teresa, se marchaba para Zaragoza. A la estación fué el diestro con su querida á despedirlos, y al arrancar el tren y verlos asomados á la ventanilla de un coche de segunda, endonde iban, les dijo:

—Valiente pareja de tórtolos;—y bajando la voz continuó:—Brindo porque nunca se *descansen*: y tú, ojo, Teresa, que vas con lo que más vale en España: que haya fidelidad y á quererse.

A Mariquilla y á Teresa se les saltaron las lágrimas al arrancar el tren.

.....
.....
Pardales, después que escribió el parte «El herido está bien y tranquilo», dijo á la señorita del despacho:

—Tenga usted la bondad de que lo fijen en el cuadro de anuncios.

Y seguido del doctor francés, le iba diciendo:

—Vámonos á tomar un *boc*, que con estas comidas francesas tengo una sed que no puedo más.

Y andando, andando, decía Pardales á su colega:—Me gusta mucho este Bayona, ciudad de agradable aspecto y muy limpia; tiene hermosos paseos cubiertos de sombra; pero las calles son estrechas y las casas, altas por lo regular y con balcones, ofrecen cierto carácter español.

—Sí, señor; lo que es durante el verano, con la colonia española, parece esto otra cosa; pero le aseguro que en el invierno no tiene nada de agradable.

Y en cuanto á lo de carácter español, sepa que entre los habitantes del mediodía de Francia los vascos constituyen sin disputa la raza más interesante; su dialecto no se parece á ninguno de los de Europa: son amantes de la libertad, de carácter fogoso, muy susceptibles en cuanto á las ofensas, alegres, emprendedores, corteses, robustos y bien formados. Cuando se habla de alguno de estos habitantes, acostúmbrase á decir: «No es un hombre: es un vasco», con lo cual se quiere indicar su reconocida superioridad.

—Igual ocurre con nuestros vizcaínos y guipuzcoanos.

—Igual, igual. Y tiene usted razón en lo tocante á lo pintoresco que es Bayona, apesar de las transformaciones por que ha pasado. Ya ve usted; el castillo, convertido ahora en cuartel, fué en otro tiempo residencia de Catalina de Médicis; dos ríos cruzan por aquí, el Nive y el Adour, que se unen dentro de la ciudad. La plaza no es muy comercial porque su puerto tiene una barra.

peligrosa y continuamente agitada por las olas oceánicas; de modo que los buques no pueden sobreguar sino con las grandes mareas.

Esta barra fué la que tanto dificultó las operaciones de Wellington cuando quiso establecer un puente de barcas al través del Adour, ese ancho río de rápida corriente que entonces defendieron los franceses con mucha tenacidad; á no ser por la intrepidez de algunos de sus hombres, el hábil general no hubiera conseguido su objeto.

La ciudadela de hoy día es una obra maestra de Vauban; pero todo su sistema de fosos y bastiones serviría de poco contra los medios de que dispone la moderna ciencia de la guerra...

—Caro colega, los alrededores de Bayona son hermosos, y lo agradable es que con relativos cortos paseos y con terrenos ondulados por donde abundan los olmos, basta para llegar á Biarritz, para ir á Cambo y otros sitios amenísimos...

—Sí, son preciosos alrededores, abundan lindas casitas, bosquecillos, y disfrutamos de hermosas y bien cuidadas carreteras.

Y andando, andando, llegaron á la plaza de la Libertad, que estaba de bote en bote con forasteros de los que habían venido á las fiestas y corridas de aquella tarde.

Muchos españoles saludaron á Pardales, preguntándole por el espada. Él, esquivando lo que pudo, se fué con su compañero á un extremo del café improvisado sobre las aceras y bajo de las marquesinas de lona.

IV

TOMANDO asiento ambos en una mesa que acababan de dejar varios sujetos de blusas y boinas, Pardales pidió dos *boc*, pero su acompañante dijo:

—Nó, yo prefiero un helado.

Ofreciendo de su petaca una regalía al colega y encendiendo Pardales otra, después de beber dos tragos de cerveza y pasarse su pañuelo de roja seda por los bigotes, dijo:

—La damisela de que le he hablado á usted y está en el Hotel es Madame Beatriz Tournanvide, aunque no usa este apellido paterno y sí el de la madre, que es originario de España. Le contaré lo poco que de ella sé, pues esta aventura del herido diestro es muy reciente, y tanto que me sorprendió cuando Curro me dijo que estaba allí, habiendo llegado antes que nosotros.

Según parece, está separada de su marido desde hace cosa de dos años, después de famoso proceso de divorcio de cuerpo y bienes, dictado en Angulema, donde residía. Es nativa de París, y sus padres los perdió á los trece años; fueron unos pacíficos burgueses enriquecidos en París como ropavejeros; la madre había sido en su

mocedad bailarina en un café-concierto y usó el apellido Dávalos, pretendiendo llamarse así y retirándose rica de las tablas; el padre, cuando conoció á su mujer, estaba al frente de un Hotel de esos de aves pasajeras, cercano á la estación del ferrocarril de la plaza del Havre, y si no me contaron mal, en la calle de Sant Lazaire. Dicen que pocos años después del sitio de París, de la noche á la mañana, se le vió establecer su prendería de comprar ropas y objetos usados, ya siendo marido de la actriz, que le llevaba bastantes años.

Beatriz, pues, habiendo perdido tan joven á sus padres, quedó bajo la tutela del Notario de su familia, y la pusieron en un colegio, de donde salió un año antes de su boda, cuando aún sólo contaba veintiuno de edad.

Apenas conocía el mundo y sus luchas; su educación era esmerada; sabiendo, en suma, un poco de todo. Sus compañeras de colegio habían sido en su mayor parte jóvenes de familias ricas y linajudas. Durante las vacaciones hacía la venir á su casa el Notario; tenía éste una hija única de más edad que Beatriz, y le salió un tantico con la cabeza á pájaros y que fué causa para su viudo padre de grandes penas.

Al Notario, viudo y viejo, le pesaban los años y la tutela de Beatriz, que era caprichosa y en el último verano, á la salida del colegio, se había enamoricado de un capitán de húsares, intrépido ginete y gran aficionado á vida alegre.

Monsieur Petit, el Notario, temeroso de que

aquellas simpatías de la joven, tan á lo claro demostradas, pudieran llegar á mayores, intentando el militar casarse con ella, á sabiendas de que era huérfana y con pingüe dote, aprovechó que el capitán había sido trasladado á lejano regimiento, y no perdió la ocasión, aconsejando á su pupila el casarse con un amigo suyo que la llevaba más de veinte años.

Beatriz, acostumbrada á ver á su alrededor estos matrimonios de conveniencia, cedió, más que nada, según parece, por verse libre de tutor, que con su edad y achaques tenía agriado el carácter y estaba siempre de mal talante.

Su boda, pues, no tuvo nada de poética ni amorosa; casábase con un rico comisionista, hombre morigerado que viajaba á menudo, representando casas importantes de Burdeos, que por haber la filoxera destruído las viñas y con la escasez de vinos, le encargaban compras importantes de mosto en el Norte de España y en algunas provincias de Andalucía.

Monsieur Beltrán se nombraba el marido...

—Calle usted; pues si le conozco mucho. Cómo, ¿esa es la mujer del célebre negociante de Burdeos? Ya me acuerdo del ruidoso proceso, y aun creo haberla visto este invierno pasado en Pau cuando se corrió el Gran Premio de *Steeple-chasse*. Sí, sí, la misma: Madame Tournanvide; pues si monta como una amazona de circo. ¡Diablo!, dicen que es una mujer romántica y que tiene ochocientos mil francos de fortuna, y además no sé qué excéntrica aventura...

— Los médicos ya sabe usted que penetramos en muchos secretos de la vida privada: esa dama es pucela.

— ¡Qué me cuenta!

— Esto se dice; pues si bien consintió en casarse, la noche de su boda declaró á su marido que ella y otra amiga de colegio tenían hecha formal promesa de castidad y continencia y que no la quebrantaría por nada, agregándole: «puede usted vivir en paz; como no fuera á un Cid ó un Roger de Flor que viérale ante mí hacer tan fabulosas y tamañas proezas, no entregaría la llave de mi corazón.» El marido la llevó *in continenti* al Notario; pero éste, que á pesar de sus años, tenía mucho carácter y... ¿cómo diré?... *trasteo*...

— Sí, *trasteo*, muy graciosa palabra.

— Consiguió que á los pocos días se unieran de nuevo, ejecutando el viaje de bodas por Turquía, Persia y otros países, para lo cual les regaló una buena suma de dinero.

— Siga usted con los otros detalles de esa separación; yo sólo sabía este particular; la nombran á ella... se lo diré á usted en reserva: «La Pucela andante.»

— Pues, como le decía á usted: Monsieur Beltrán viajaba mucho y á menudo los primeros años do su matrimonio, dejando sola á su mujer en Burdeos, en donde él tenía su casa.

Beatriz sufrió con resignación aquellas soledades que la ausencia de su marido la obligaba á soportar.

Así pasaron años, hasta que la pícara casua-

lidad hizo que ella y el capitán se vieran un verano en Biarritz, á donde su marido la había llevado á pasar unas semanas.

No sé si fué amor... lo cierto es que el capitán, que no se paraba en barras, y era toda una mala cabeza, consiguió trastornarla á tal punto y dió lugar al pábulo y conversaciones con las exterioridades que de los dos hacian, que el marido, apercebido y furioso, se la llevó de nuevo á su casa, comenzando entre ellos una verdadera vida de infierno y resquemores.

Beltrán, acabando por darse cuenta de su desairada situación, buscó al militar y le dió gran tollina en una plaza pública.

El ofendido y ofensor esposo se negó á batirse después; Beatriz llevó muy á mal lo ocurrido, jurando que era inocente; cada vez que se encontraban en público marido y galanteador, se venían á las manos.

Beltrán insistía siempre en no batirse: hubo agrias discusiones, en que Beatriz echó en cara á su cónyuge que la había evidenciado y puesto en ridículo sin motivo y sin que ella hubiera delinquido en sus deberes de casada, y á consejos de un abogado, entabló el divorcio, que ya sabe usted lo ruidoso que fué, pues los periódicos publicaron el fallo íntegro del tribunal.

Desde entonces esta mujer trae vida mundana que la favorece poco; hace unas semanas, en unas corridas de toros en Nimes, conoció á Carmelo Reyes y lo agasajó, regalándole un corazón magnífico de brillantes y zafiros que el muy taimado

se lo dió después á una tal Lolilla, su querida, que está en Madrid esperándolo.

Mucho me temo que esta pobre Beatriz sea más infeliz que la del Dante; si es verdad está enamorada, no sabe lo que la espera; estos espadas hacen sufrir mucho á las mujeres cuando se prendan de ellos.

—Sí, deben amar, querido colega, de un modo algo salvaje, y la psicología de sus pasiones debe ser bien *curiosa*.

—Y tanto, amigo mío, como que para ellos todo esto forma cortejo de su fama y gloria, y lo mismo dan pases de muleta á los toros que á las mujeres.

Riéndose... continuó el francés:

—Es usted un hombre original, querido señor Pardales; cuánto me alegro de haberle conocido, y desearía no se fuera. Y otra vez le ruego que cuando vuelva por ésta, ya sabe que en mi casa tiene un cuarto; se lo ofrezco de corazón; soy soltero, no tengo familia y habito en un sitio que usted habrá oído nombrar, *Chambre d'Amour*. Allí poseo una casita con su poquito de jardín. Tengo muchos clientes españoles; sus compatriotas me complacen mucho; sobre todo esas grandes damas de Madrid son amabilísimas. Supongo que esas historias que cuentan de algunas es lo que decimos en Francia *blague*; otra cosa no es lógico creer; son mujeres muy agradables; ¡qué parlanchinas! y, sobre todo, algunas muy cosmopolitas, y con ellas se pasa un rato de *flirt* sin consecuencias, cuando se usa el mismo estilo espiritual de ellas.

Ahora recuerdo; esta Madame Tournanvide es la que dió un almuerzo antes de ayer en la villa Rissette, invitando á Carmelo y al otro matador, y he oído que se rieron mucho con los dicharachos de los espadas.

—Yo no asistí; llegué esta mañana para ver la corrida. Estaba en San Sebastián con unos paisanos, pero, lo repito, créame que Beatriz va á pasar las duras y maduras, y si es verdad que está tan enamorada, buena cruz espera á la pobrecilla.

El doctor francés habló al oído de Pardales, diciéndole:

—Tiene usted razón; yo sabía parte de lo que usted me ha contado; pero aún hay algo más extraño que todo eso. La joven esta, en su delirio de admirar proezas, se dejó hacer la corte por un príncipe ruso y que la aposentara en su palacete de París, no accediendo á entregarse de antemano sin antes verle matar osos entre la nieve, á lo que era gran aficionado y diestro el moscovita.

Fué ella acompañándole á Rusia y vió rodar, morder y morir sobre la nieve á peludos osos, pero no se dió por vencida, protestando que no había cuerpo á cuerpo en aquellas luchas con rifles.

El príncipe la acompañó de nuevo á París, y la mandó á paseo.

—En España diríamos á escardar cebollinos, —agregó Pardales, riéndose á más no poder.

—Pues esta señora se quedó tan serena. Ten-

go mucha curiosidad por saber en qué terminan estas aventuras.

—Mire usted, en mi país las comedias clásicas finalizan siempre casándose los novios...

Pero, querido doctor, acaban de dar las dos y usted arderá en deseos de acostarse.

—No lo crea usted; hay cotillón en Biarritz y pienso ir á dar una vista. Si usted quiere venir, le transporto; con mis dos yeguas en la victoria, en pocos minutos nos ponemos allí.

—Lo agradezco; voy á acostarme, pues estoy falto de sueño y hay que madrugar.

—¡Ah! nos veremos. ¿A qué hora piensa usted visitar á Reyes?

—Sobre las diez.

—Conforme; hasta entonces.

El uno se arrellanó en su victoria, arrancando al trote las yeguas, y Pardales encaminóse hacia la fonda de *La Vizcaina*, en donde tenía su cuarto.

V

CUANDO horas antes salieron los médicos del gabinete junto al cuarto donde estaba en cama el herido diestro, Curro se dirigió á otra habitación contigua, y, golpeando suave la puerta,

llamó á Beatriz, que vino á abrirle, acabada de vestir.

Beatriz se había engalanado con elegante bata de finísima cachemira blanca; sus cabellos estaban recogidos hacia atrás y sujetos con peines de carey. Las mangas del cuerpo eran amplias, dejando ver desnudos sus torneados y rojizos brazos; los dedos de sus manos aprisionábanlos anillos de preciosa pelrería; un cordón de oro y plata formaba lazo en la cintura; sandalias de tafíete encarnado calzaban sus desnudas plantas.

Beatriz, que se había bañado de piés á cabeza, como denunciábalo la frescura de su tez, estaba guapísima y saltando de limpia, como se lo dijo Curro, extasiado ante el aroma que esparcía la joven.

La camarera del Hotel trajo y puso sobre el velador una bandeja con tazas de chocolate y bizcotelas, y sirvió dos copitas de vino dulce.

Beatriz dijo á Curro:

—Hay que fortalecerse; yo no he comido.

—Yo sí—respondió Curro,—mientras preparaban la medicina en la botica, y después que unos amigos me ayudaron á escribir varios telegramas, lleváronme á la estación á ver la cuadrilla que se marchaba á Valladolid en el tren y aproveché para *jamar* un pan y pedazos de jamón crudo y me bebí una botella de Clarete que tenía el otro espada. ¡Se va el hombre descorazonado!... Como que el chaval este lo ha traído de cabeza toda la tarde; ¡este muchacho es la mar! Mire usted, yo hace muchos años que ando

alrededor de toreros, y le advierto que, como Carmelo, se ven pocos: ya usted se lo habrá figurado.

—Sí, es muy valeroso—contestó Beatriz emocionada;—y qué raro que sólo sepa leer en caracteres de imprenta y no escribir.

—Sí, señora, una fiera con los toros, y luego cátele usted ahí que es un mandria y no vale nada fuera del terreno de los bichos, pero ni *paná*, y á lo mejor cualquier *andarrito* lo atrapa y trae de cabeza y nunca tiene blanca; *tó* lo que gana lo tira, lo da, se lo quitan: vamos, que es una calamidad.

—Y usted es su pariente?

Se oyó un suspiro; pusiéronse de pié Beatriz y Curro y entraron en el cuarto de Carmelo.

Este, al sentirlos, dijo:

—Tengo sed; enciende esa luz, que esa *arrastrá* lamparilla no hace más que chisporrotear; y ¿qué hora será?

Beatriz tosió suavemente, y tomando la luz que encendió Curro, se dirigió de puntillas junto al lecho donde estaba Carmelo, que, al reconocerla, se la quedó mirando de hito en hito, prorrumpiendo en sollozos, sin moverse boca arriba, como estaba.

Beatriz con su pañuelo le enjugó las lágrimas, diciéndole de quedo:

—No se apure; yo estoy aquí; eso no es nada. Ya ve usted cómo las francesas también tenemos corazón; ¿no decían ustedes el otro día que éramos de nieve?

—No hay que hablar mucho—interrumpió Curro.

—Déjala—agregó Carmelo, añadiendo:

—No es cosa; me cogió de refilón, y más ha sido el golpe que la herida; no siento dolor, sino cosquillas: déme de beber.

Fué Beatriz y agarró una copa, llenándola á mitad con la bebida. La trajo junto á Carmelo, puso el pañuelo que tenía en su izquierda mano debajo de la barbilla del herido y con la derecha le acercó los bordes del cristal á los labios.

Bebió Carmelo á tragos despacio, y una vez acabado de apurar el líquido cerró los ojos.

—Quiere dormir; apaguemos la vela y vámonos al gabinete; desde allí se sentirá moverse;—pero Carmelo, oyéndolo, comenzó á sacar la cabeza fuera del lecho, y entonces Curro puso el candelero sobre el velador, y Beatriz, arrimando una silla, se sentó junto á la cama.

Miró hacia la luz Carmelo y Curro la apagó, quedando entonces el cuarto apenas alumbrado por la lamparilla.

Carmelo en aquella semiobscuridad, entre luz y sombra, notaba el blanco ropaje de Beatriz, el brillo de sus joyas y percibía su perfume delicado.

Con los ojos entornados, en embeleso, como al arrullo de celestial música, todo su ser anonadabase, cual si perdiera el sentido, haciéndole efecto la cama de cuna en que lo mecieran suavemente.

Viniéronle á la memoria sus juveniles años,

su madre, su vida nómada y silvestre de muchacho, ora cuando andaba ya zagalón cercano á la piara de yeguas de que era su padre yegüerizo, ora cuando después, entre herbajes verdosos, arrancaba las hojas, que despedían aromas penetrantes. Cuando dormía, junto á los vallados de pita, noches enteras, á la inclemencia de las lluvias y fríos, y de aquellas nebulosas madrugadas del invierno, sin más abrigo que la manta hecha girones, sin más calor que el humedecido cuerpo de su anciano padre, que una noche y otra las pasaba casi en pié, con su chivata en mano, dando vueltas alrededor del ganado.

Luego se acordó de las rientes praderas matizadas de multicolores florecillas, y vinieron á su memoria los gorgoritos de los pajarillos, sus trinos, que ya eran alegres, ya simulaban quejidos, sus incesantes aleteos junto á las tupidas enramadas.

Después llegaba Mayo y todo era fuego, luz, calor, celaje azul, y por tierra tantas rojizas amapolas, aquellos cardos y siembras verdes y lustrosas, y las suaves hierbas en que él se tumbaba, hollándolas, y le servían de lecho.

Y le parecía ver las fogatas de la sanjuanada, sobre cuyas llamas saltaban mocitos y mocitas de su edad y zagalonas con el hervor de la hembra que pidiera macho, á semejanza de las mismas yeguas que, con sus relinchos, requerían al tostado alazán enfurecido que iba á buscar al cortijo, y lo traía junto á la piara.

Carmelo movióse un poco; Beatriz, aproximando su rostro, lo percibió con los ojos cerrados, sintiendo el fuego de su respirar anhelante y los latidos del corazón.

Seguía Carmelo sus ensueños, viendo ante sí la era, aquellas parvas circulares, en las que daba vueltas y vueltas, subido sobre el trillo de mordientes ruedas, agarrado al respaldo de hierro del asiento, que con el sol ardoroso de Julio, le quemaba los dedos de las manos.

Ya era zagal; con diez y siete años ayudaba á su padre, sustituyéndolo cuando, calenturiento de aquel trasnocheo y mojaduras del invierno y lluviosa primavera, tenía fiebres que lo consumían.

.....

Que acabada la era á fines de verano, un día, á la caída de la tarde, vinieron y se llevaron al padre en una carreta con costales de trigo llena; que allí, ante sus ojos, lo subieron, y que su madre iba á pié detrás, bajo aquel sol de Agosto; que él se había quedado en el cortijo con los potrillos, pues otro yegüerizo estaba en la piara, y que semanas después vió tornar á su madre con vestido negro, pardo mantón y oscuro pañuelo en la cabeza, y que al tenerlo junto, se abrazó á él, regándole su rostro con lágrimas, y que así estuvieron mucho rato llorando, hasta que ella sacó su pañuelo á cuadros, y, enjugándose los ojos, se los secó á él también.

Que aquel otoño, un día á la caída de la tarde se le escaparon los potros á cercano olivar, donde

estaban cogiendo la aceituna, y saltando por encima del montón, las pisotearon y esparcieron, y aquella noche el otro yegüero puso á su hijo con los potros, y el aperador lo llamó y dijo:

—Mira, has hecho hoy mala faena; pero tu padre era hombre bueno, de los pocos, y tu madre no tiene más pan que el que ganas. Vete de boyero con los novillos, que se ha marchado el otro porque dice *le tira el toreo*.

Y que después de todo aquel invierno andando en el cerrado con el porro tras de los abantos novillos, un día de primavera vino allí el antiguo boyero y le pidió dejase torear á él y otro amigo que traía una capa de percal, y que él también toreó con ellos, y que era más ágil y quebraba, acercándose más junto, y aquella noche le llamó el aperador, diciéndole:

—Oye, Carmelo, toma la cuenta y á torear á otro lado.

¡Y qué vida desde entonces llevó!; trabajar no podía; en todos lados le *daban larga* por lo mismo, por torear; hasta que aquel verano, en las capeas del pueblo, lo dejaron que matara un toro tuerto y mogón, que había derribado el andamio y corrido al diestro director de la fiesta; que le tiró por alto, pero así que se puso de pié y vió que se reía Lolilla la gitana, la dijo: «Por tí»; y estoque en diestra se fué á tomar venganza y le dió una estocada hasta la misma mano.

En hombros lo sacaron del gran corral donde había toreado, y aquella noche fué á hablar

á Lolilla, la que hacía canastas, y *se la echó* por novia.

¡Y después, qué tres años de trabajos, subido en los topes de los vagones, toreando á hurtadillas en los cerrados, recibiendo golpes en los tentaderos, sin comer muchos días; gracias que su madre tejía espuertas y que Lolilla con delirio lo adoraba.

Y merced á que el hijo del amo del cortijo en donde él y su padre habían pasado tantos años, oyendo los ruegos de su madre, consiguió lo sacaran de novillero, y se portó tan bien, que el hombre tuvo contratas aquel verano, y al siguiente, hasta que pasó por fin la temporada como banderillero en corridas formales, y un día le dieron la alternativa, y desde entonces le llovían contratas.

Pero, ¡qué *mala pata!* En su segundo año, cuando aún le quedaban once corridas, aquella *cogida* inesperada...

¡Por ella! Sí, ella tenía la culpa; si él no la mira, ¡cualquier instante le hace el Miura aquella *colada!* ¡Como que lo iba á *hacer polvo!*

.....

Carmelo abrió los ojos y suspiró.

—¿Qué tiene?—le dijo Beatriz.

—*Ná*, asuntos de la vida; soñaba con usted, con mis cosas y con los toros.

Amanecía.... Curro dormitaba en una silla, dando cabezadas; Beatriz no cerró los ojos en toda la noche; sentada, inmóvil estuvo, cual esta-

tua, junto al lecho en donde Carmelo había soñado y delirado.

Dejábase sentir rodar de coches, caballos con cascabeles; antes se habían percibido alegres repiqueteos y clarines tocando diana.

Carmelo pidió que abrieran las puertas de madera para que entrara la claridad, añadiendo:

—Tengo frío.

Beatriz miró á su alrededor, y notando el capote de lujo, descolgándolo y extendiéndolo sobre la cama, tapó á Carmelo, quedando cubierto de seda y oro.

Carmelo, después de beber otro vaso de la medicina que le dió Beatriz, y cerrando los ojos, comenzó á roncar.

Curro, que se habia puesto de pié y encendido un cigarrillo, dijo á Beatriz:

—Váyase usted á dormir, que yo he descansado.

Ella, sin mirarle, contestó:

—Voy á tomar un baño y á pedir chocolate para los dos, y se alejó.

Curro, viéndola irse, decía: —¡Valiente hembra! Si esta mujer es como los patos, que están siempre dentro del agua. Y oyendo á Carmelo roncar, entornando otra vez las maderas de las ventanas, comenzó á tientas á recoger objetos y ropas que estaban diseminados por el cuarto.

Entre aquellas penumbras iba de uno á otro lado como gato cauteloso, sin tropezar con muebles ni hacer el más leve ruido y cual si anduvie-

ra sobre ascuas. Así siguió largo rato, reuniendo toda clase de calzados, zapatillas de torear, fajas, dos trajes de luces que dobló cuidadosamente, enfundando las chaquetas, chalecos y calzones cortos; puso orden en toda la habitación, guardó dentro de las maletas lo que pudo y le vino á la mano, y acabado su trajin, salió al gabinete, donde oyó una dulce tosecita.

VI

ALLÍ estaba Beatriz, tendida en uno de aquellos divanes, acabada de bañar, vistiendo otro traje, y su cabecita con rizos ondulados y dorados.

Tenía puesta una chaquetilla entallada de delgadísimo paño azul, abierta por delante; mostraba un cuello en pié de blanco hilo, con dobladas puntas, y ciñendo su cuello, una corbata roja á estilo de torero; por bajo la cintura se escurría la falda, azul también, y unos zapatitos de charol sin tacones oprimían sus piés, cubiertos de finísima media de joyante seda con colores escoceses.

Curro se quedó estático ante ella y, mirándola, exclamó:

—¡Por vida del santo del día, y qué mala noche ha pasado usted, criatura!

—Pues, mire usted, si no hubiera sido aquí la habría tenido igual en el Casino; y entre pasarla allí ó velar á su amigo, prefiero haberla empleado de esta manera.

—Sí, pero él lo sentirá; aún no se ha apercibido bien de que usted no se ha separado de su *vera*; cuando luego le hagan la cura y le pellizquen un poco y se despierte, oirá usted lo que va á decir: á la postre pagaré yo los platos rotos; para eso he quedado. Porque sepa usted, señora mía, que yo también he sido torero en mis mocedades; pero, amiga, á las primeras de cambio me dieron una *cogida* en semejante sitio—y Curro señaló con su mano izquierda el vientre bajo—y me quedé imposibilitado de hacer *faenas*; era primo de mi padre el de este chaval; porque es menester no eche en saco roto que es un chicuelo que está ahora empezando, como quien dice, y me he arriado á él para servirle y no dejarle de la mano, y ver si ahorra cuartos para la vejez de su pobre madre; porque estos *arrastraos* de jóvenes todo lo gastan en bebidas y mujeres; no saben lo que es guardar dinero, y como uno ya va para viejo, ahora es cuando comprende para lo que sirve el *parné*.

Tocaron á la puerta unos golpecitos, y Beatriz, con voz melosa, dijo:

—Entrad.

Y apareció un criado, de frac, trayendo en plateada bandeja humeante chocolate, panecillos

en forma de roscón, mantequilla simulando hojas de parra con hielo sobre ella, á guisa de rocío, varios huevos pasados por agua y una botella de dorado vino, copas, cubiertos y platos.

A una señal de Beatriz, el criado púsolo todo sobre un velador y se marchó.

Beatriz, irguiéndose, acercó una silla á la mesita, y dijo á Curro:

—Siéntese aquí cerca.

Y sirviéndole una taza grande con chocolate, comenzó con una cucharita á batir las claras y yemas de los huevos dentro de una copa, y echándole vino, bebió pausadamente.

Curro había zambullido dentro de su taza uno de los panecitos, y metiendo y sacando sus dedos en el líquido, llevaba entre ellos el panecillo á la boca, y á la vez que comía bebíase á tragos el chocolate.

—Está bueno; le voy á servir á usted más y después su buena copa de vino y se pondrá fuerte.

—Mire usted que estoy como un peñasco de esos de San Sebastián; el que se va á quedar como un triguero es Carmelo.

—¿Qué es *trigero*? A ver, ¿cómo dice usted?

—Esos, señora, son como los espárragos, pero más flacos que los que nos han dado aquí; delgados, así como.... vamos, como cigarrillos; y si va usted por mi tierra los comerá.

—Sí que iré; pero diga usted: ¿no habrá ninguna mujer de esas con navaja en las ligas que me quiera...?

— ¡Quía! Usted allí será tan respetada como la

Santa de mi pueblo; si eso de navajas y ligas todo son infundios; no haga usted caso. Si va usted á alguna *juerga*, ya verá... suele haber *bofetás*. ¡Si la viera á usted Lolilla! ¡Virgen de mi pueblo, la *arrastrá armaba* una que iba á ser sonada! ¡Jesús, si no quiero pensar!o! Pero no diga usted al espada que la he nombrado: se me escapó, la verdad; y no quisiera yo... vamos, haber *metido la patita*. ¿Usted no sabrá lo que es eso?

—No.

—Bueno; pues ya se irá haciendo y lo aprenderá.

Beatriz comprendía á medias la *jerga* de Curro, pues el castellano que ella hablaba y habíanla enseñado no era el de éste; apesar de ello, su intuición de mujer inteligente y enamorada se lo hacía adivinar.

Estaba llena de curiosidad y como azorada; no dábase cuenta bien del impulso irresistible que habia tenido después de la corrida; cuando pasado su desmayo llegó á la villa Rissette, dijo al cochero: «Espere usted.»

Después se confortó oliendo sales. Nerviosa, desatentada, ella misma preparó su maleta, su saco neceser, y haciéndolos colocar en el pescante, dió las señas.

Por fortuna para ella el puntillero de la cuadrilla estaba en el comienzo de la calle en donde hallábase el Hotel y le llamó para que la acompañara.

Como ella estuvo toda la tarde en el sillón de barrera y él vió tirarle el regalo y su pañuelo y

le había hablado durante la lidia, la supo á gloria conocerlo y que la acompañara al piso de la fonda en donde estaba el herido y hasta se lo agradeció, gratificándole con cien francos el que la hiciera entrar en las desalquiladas habitaciones de junto á Carmelo y que reservaban para un Marqués que telegrafió detenía su llegada.

—¿Es muy listo Vicente el puntillero?—preguntó Beatriz á Curro, que tomaba su cuarta copa de vino.

—Vaya si lo es; ya me dijo cuando llegó: «deja que se ponga ahí esa buena hembra»; y se fué á prevenir al amo de la fonda que usted se alojaba, y yo no supe decir su nombre, cuando salí por la medicina y me lo preguntaron, explicando el *intrépito* que la permitieron á usted subir por acompañarla Vicente y creer era la Marquesa ó Marqués que esperaban.

—¿Qué Marquesa?

—Descuide usted, que no se esperaba ninguna Marquesa; es uno que lo apodan así; todo ha sido un enredo; de menos sería; mire usted, dos Marquesas he conocido yo locas *perdias* por un espada; y si no que se lo pregunten al... ¡Por *via* de Dios, con esta lengua mía! Dispense usted, señora, pero este vino y en ayunas... vamos, yo, ante una moza superior como usted, no sé callar nada. Mire usted, se lo contaré...

Beatriz se dirigió á la vecina habitación. Curro, hablando á solas, decía: «La voy á meter miedo á ver si se desengaña y nos deja, no tengamos lío. Si la Lolilla se enterara.... y que, ade-

más, estos hombres en cuanto prueban mujeres finas se les *guilla* el toreo, se les suben los olores que gastan á la cabeza y no se arriman *ni pa el gallo*. ¡Buen vino! ¡Si lo cogiera *Frascuelo!*... Dios le dé la gloria.» Y se bebió dos vasos á la hila.

Beatriz entró, y sentada de nuevo, sacando un cigarrillo egipcio, dió una palmadita en el hombro á Curro, que, al sentirla y oler la mano fragante de Beatriz, se bamboleó en la silla, y dijo:

—El espada es un hombre atroz con las mujeres; se las come como si fueran bizcochos. Pero mire usted, esta gente de coleta no tiene constancia; no se *charle* usted, que va á pasar las maduras. ¿Y *pa* qué va á venir á España? Allí andaré mal: mire que nosotros vivimos como los moros.

—Pero no tendrán ustedes tantas mujeres.

—Oiga, los espadas en cada sitio que torea cae alguna infeliz.—Y la miraba Curro de hito en hito, y cerrando los ojos, dijo:

—¡Jesús, cuando la vean á usted por Andalucía...!

—¡Qué!

—Que va usted á dar más ruido que ¿quién? A ver si me acuerdo yo de alguien que traiga de cabeza á mi pueblo. Mire usted, *Don Sabido*, un político, mi padrino; ese sí que es un *barbián*: ¡como que le puse un telegrama y es un aficionado!...

—Diga usted, señor Curro, hábleme con franqueza, responda á lo que le voy á preguntar: ¿El espada también es enamorado? ¿Eh?

—Mire usted, no mucho; no es de los más... *se trae mucha guasa* con las mujeres. Hasta ahora no parece tener apego más que á la Lolilla; pero lo va usted á alcanzar. Esos amoríos datan de algunos años atrás; siendo éste un chaval, se prendó de ella después de una capea en que le dejaron matar un toro que había hecho añicos el tablado del público, sin que se atreviese nadie á sacarlo del corral; arrinconado, tiraba por alto al mismísimo lucero del alba. Desde aquella tarde data la fama de Carmelo como valiente y arrojado. Acá, en familia, lo nombramos *Calzonés*; pero no se lo diga usted á él, porque no le hace pizca de gracia. La Lolilla era hija única, y ella y su madre lo ganaban muy bien con su tinglado de canastas y espuestas de palmas que hacían.

Cuando se quedó viuda la madre de Carmelo, dedicóse al mismo oficio, y las otras diéronla mano y sacaron adelante: con ellas iba á la Ciudad á vender sus mercancías.

Lolilla, en las penurias de la vida, ha librado de muchos apuros á Carmelo; ella es mujer que tiene más *recámara*... ¡Si no hubiera sido por ella, este muchacho quizás no sale avante tan pronto, porque la madre y la hija le han ayudado, pero no poco!

Yo entonces andaba en América, y no sé á punto fijo—dijo Curro, girando de un lado á otro sus manos á la vez,—lo que pasaría; pero murió la madre de Lolilla; las gentes dieron en decir que el perro rabiaba..., vamos, que la otra

y éste hablábanse... ¡qué se yo!... Ella tiene sus treinta años y es guapa hasta allí; pero con un genio y unos celos... y sepa usted que *pa* rival es malita. En Jaén le saltó un ojo á una que le hacía cocos á Carmelo; pero al fin se arregló la cosa con dinero y á vivir.

Beatriz se puso de pié diciendo:

—Tocan á la puerta.

Fué Curro á abrir. Beatriz internóse en su cuarto, y los dos médicos, acompañados de Curro, entraron en la habitación en donde Carmelo estaba.

Pardales comenzó á levantar el apósito y, ayudado de su colega y de Curro, hizo la cura á Carmelo.

Este no hacía más que reirse y decir:

—Estos son arañazos de cardos borriqueros: á la tarde salgo á paseo.

—Te guardarás bien—respondió Pardales;— en cama, y cuando te dé el alta el doctor me telegrafías é iremos á Fitero y después de allí podrás torear. ¿Qué te queda?

—Pues no es *ná*...; casi todas.

—Bueno; pues que Curro telegrafie á los empresarios de Barcelona, Valencia y demás para que sepan tu estado, reservándote para Zafra y las de Alcázar y alguna otra; tienes el año que viene por delante.

—¿Y la *guita* que dejo de ganar?

—¿Quién piensa en eso? Ya te vendrá otro año, muchacho. Conque ya sabes lo que te digo, que tengo que ir á coger el tren por si hago falta

en Valladolid. Tu cuadrilla y la del otro no trabajan mañana; se han suspendido los toros por el temporal, y así podrá llegar Paco á suplirte; torearán, si lo permite el tiempo.

Y Pardales, acercándose al oído de Carmelo, le dijo muy quedo: =

—Mira, esa francesa es una señora; trata de desengañarla y que no vaya á seguirte; no estás ahora para esos belenes. Acuérdate de la que te he curado, y no conviene recaigas. Además, es menester que las ganancias las ahorres; aún debes dos plazos de aquellos pagarés, según me contó ayer Curro; y gracias que has pagado la casita de tu madre y lo otro...

—Oiga, dígame al empresario que lo que me resta lo deseo en letras sobre Sevilla; yo aquí tengo unas catorce mil pesetas, y creo que me alcanzará; si no empeñaremos algo...

—¿Para qué? Con eso te basta y sobra.

—¿Y el médico?

—¿Este? Este no te lleva nada; me lo ha dicho; le has caído en gracia...

—Mire usted, los de Nimes le sacaron los ojos á Luís, cuando su cogida de antaño.

—Nada; lo dicho, y abur.

Salieron ambos doctores; los acompañó Curro hasta abajo, y cuando subió á manos llenas con tarjetas y telegramas, estaba Beatriz sentada junto á la cama de Carmelo, á quien tenía cogida entre las suyas la izquierda y se miraban sin hablar.

VIII

Todos aquellos primeros días de la convalecencia de Carmelo estuvo Beatriz á su lado, y cuando pudo salir á pasear en coche, por prescripción facultativa, ella acompañábalo y también el incrustado Curro, que no lo dejaba ni á sol ni sombra.

Beatriz había contestado á muchos de los telegramas y cartas dirigidos á Carmelo, que sólo sabía poner su nombre y firma, de esta manera:

CARMELO REYES
matador de toros.

Admirábanse Carmelo y Curro de lo bien que escribía Beatriz, su pulcritud cuando lo efectuaba, de cómo no manchábase sus dedos con tinta y tenía siempre aquellas manos de sonrosadas uñas oliendo á gloria, como decíala Curro.

Los paseos que daban eran casi siempre en la carretera de Bayona á Biarritz; aquellos alrededores, poblados de casitas, villas y *chalets*, bos-

quecillos, prados de henos y tierras sembradas con algunos cereales, en su mayor parte maíces, á Carmelo ponían pensativo y triste.

Beatriz lo había comprendido y lo llevaba á menudo á que contemplase el mar con su ritmo grandioso, las incesantes marejadas de las olas, brumas lejanas y los vapores que, con sus humeantes chimeneas, navegaban á todo velamen sobre aquella agitada inmensidad del Océano.

Pero Carmelo no parecía entusiasmarse ante el majestuoso cuadro de aquel horizonte dilatado, y tras de recorrer en coche algunas calles de Biarritz y pasearse á pié en las aceras de tiendas lujosas, viendo discurrir las elegantes damas engalanadas, los alborotadores *touristas*, el enjambre de niños y niñeras y multitud de carruajes de diversas formas que se cruzaban haciendo eses por aquellas avenidas, por aquellas vías rebosando bulliciosa alegría, tornábase á subir al coche el espada, diciendole: «estoy cansado.»

Carmelo debajo de la capota del carruaje adormeciase como niño en cuna al arrullo de los acordes de la orquesta del Casino y ruidos de las olas.

Tornaban á Bayona á la caída de la tarde, y apenas la comida hecha, Carmelo se entregaba al sueño sin despertar, durmiendo de un tirón á veces hasta nueve horas.

Habían llegado varias cartas de Lolilla, que Curro, al conocer las gruesas letras del sobrescrito las ocultó á las miradas de Beatriz, y él, que

sabía escribir, las contestó como Dios le daba á entender.

La afluencia de españoles y extranjeros había aumentado; considerable número de familias hablando en castellano, circulaban por las calles de Bayona, semejantes á caravanas de peregrinos que vinieran á tierra santa. Invadían fondas, tiendas, entrando y saliendo por doquiera con parlara algarabía y cargados de paquetes, los hombres y mujeres, los niños y criadas; alborotadores extasiábanse en contemplación ante los escaparates atiborrados de objetos de usos varios para todo linaje de fortunas, en donde aquellas verdaderas tribus de los trenes de verano hacían su provisión, como si vinieran del interior de Africa á país civilizado.

En uno de aquellos mediodías Beatriz, Carmelo y Curro se paseaban en las calles de Bayona, y se detuvieron frente á una tienda donde había en contemplación de los escaparates muchas españolas y españoles.

A Beatriz la extasiaban aquellas mujeres de pañuelo en la cabeza y mantones, con andar á semejanza de ánades, moviendo con afectación las caderas de un lado á otro, gritando al llamarse:—Manuela, chica, Paca, ¡rediós!, Reyes, ¿lo ves? El que cogió el Miura, miralo; y ¡valiente hembra la que va con él! ¡Buena pájara será la *gachi*! Pues como se *descudie* le sacará los redaños. ¡Buenas son estas gabachas!

—Me parece,—contestó una joven chiquita, delgadísima, que iba de mantilla y con falda en-

carnada llena con golpes de lunares negros, zapatos de tela blanca y descomunal abanico, que tenía pintado en el paisaje de papel el quite de un espada á un picador caído por el suelo, á cuyo caballo acorneaba un toro.

Beatriz había oído todo el coloquio del grupo de mujeres, acompañadas de hombres con sombreros pardos de grandes y anchurosas alas, chaquetas negruzcas, fajas rojas ó azules, pantalones de pana rayados, gruesos zapatos ó alpargates algunos, y los más empuñando pesantes bastones, con los cuales daban sendos golpes en el suelo.

Carmelo y Curro se habían detenido á hablar con dos peripuestos jóvenes, con trajes á la inglesa, guantes claros y sentados en lo alto de un *faetón*, del que tiraban dos yeguas alazanas que tenía agarradas por delante un lacayo vestido de postillón con una especie de casaca, corta de falda y roja, con hilera de botones de plata, pantalón blanco, botas de montar embetunadas y pequeño sombrero de hule.

Beatriz aquella tarde iba elegantísima, ataviada con sombrero de paja de Italia estilo Vatteau, y adornos imitando pámpanos y uvas; el busto ceñido blusa amarilla con anchas mangas; excéntrica faja á su cintura con dos cintas escocesas que caían por detrás airosamente á guisa de gallardetes; una falda de piqué blanquísimo con rayas negras diagonales que sobresalían destacándose; zapatitos color piel de Rusia y una sombrilla grande que era un puro gáseo encaje de punto de Inglaterra.

La sombrilla era riquísima, de marfil el bastón, el pomo aurífero con piedras preciosas. Añádase que las manos teníanlas enguatadas con piel gris perla de Suecia á cuatro botones; la altivez de su porte, gallardía de aquel cuerpo con sutil cintura, forma esbelta, andar donairoso y comedido, fascinadora, dulces claridades que despedían sus azules ojos, nariz griega como el perfil correcto del óvalo aguileño de su rostro, sonrientes labios cual fresas, el nítido de su esmaltada dentadura y los dos hoyitos de las mejillas, pequeñas y sonrosadas orejas en donde pendientes llevaba enormes perlas negras, y aquella nuca blanquísima, sobre la que caía el nudo de su bruñida cabellera rubia parecida á penacho de mazorca... y se tendrá una idea como era Beatriz.

Además, no tenía alocados ademanes ni desatentadas risas, y su mirar no era provocativo, antes bien, ojeaba con melancólica ternura, rebotando toda su persona atrayente y simpático donaire.

Uno de los leguchinos, que hablaba con Carmelo y tenía empuñadas las bridas y látigo, cruzando sus piernas, balanceaba á compás una de ellas fuera del pescante y exhibía sus zapatos bajos acanelados y calcetines color grana; ofreciendo un cigarro á Carmelo y Curro, dijo al espada.

—Barbián, ¡valiente mujer ha conquistado con la muleta! ¿Eh? Pues sepa que esa es un capullito aún fresco; dicen que el Príncipe ruso Saristoff no ha conseguido hacerla pecar.

Carmelo respondió:

—Es una amiguita que me quiere mucho; pero *na* más que toreo fino.

—Como si dijéramos, á lo Mazzantini ¿eh?

—Y es una señora muy señora.

—Y tanto—agregó Curro,—hasta el presente, y así siga, ni le cuesta una *perra chica*, ni hay motivos más que para agradecerla lo que hace.

—Oye, Carmelo,—dijo á su vez el otro joven del pescante, casi mozalbete imberbe, de unos diez y nueve años, vestido todo de franela blanca, con sombrero de marinero de cortas alas y paja gruesa, y rodeada la copa de cinta azul en la que se leía: «Club Náutico»,—con esas mujeres no valen remilgos; te tiras á fondo, *hasta la mano*, y...

Beatriz había entrado en una perfumería cercana esquivando las miradas de mujeres y hombres españoles, que formaban corro, contemplándola á ella, á los del coche y á Carmelo, á quien no perdían de vista, con su sombrero gris ancho de alas, su chaqueta de terciopelo y chaleco azul, faja verde, pantalón negro, borceguíes de lustroso encarnadizo becerro, corbatilla verde, cadena con gruesos eslabones de oro, de la cual pendía enorme dije en forma de media luna, cuajada de rubíes; grueso diamante en el anillo que llevaba en el meñique de su mano izquierda y no menos relucientes los pasadores que ajustaban los puños de la camisa.

Estaba Carmelo muy pálido, su mediano cuer-

po tenía un poco inclinado hacia adelante, apoyándose en el grueso roten con muletilla de plata, y más que fumar mascaba el habano, escupiendo en hilos á menudo la saliva, que expelia á alguna distancia.

Las mujeres, formando corro bajo los porches ó abovedados de aquellas galerías cubiertas, donde las tiendas ostentan sus escaparates, hacían comentarios.

—Como guapo es guapo; y, ¡redió! qué ojos como almendras, y qué cejas y pestañas, y qué azul el de su barba afeitada, y qué espaldas y qué brazos; y mírale las caderas y cintura; dicen que el *indino* es de goma y hace de ella lo que quiere; y da unos quiebros..., tiene unos riñones..., y qué dientes más blancos, y qué labios: dará el bruto unos mordizcos á la francesa.

—Cállate, condenada, que se te ocurren unas cosas...

—No, que el niño no se trae...

—Paca, que estás empecatada con el anís del mono; valiente ocurrencia.

—Mujer, lo que se come y se bebe... es lo que se disfruta.

—Acaba de decir lo otro.

—Pues eso es, lo que se goza; ¡para lo que se hace por acá abajo!... —Y mirando al cielo y restregándose los ojos, suspiró. Tenía en la diestra una botella tapada con pañuelo de esos que nombran de hierbas, y no le quitaba los ojos al diestro.

—Oye, Amalia,—dijo de pronto una que se

acercó á las parlanchinas;—¿á que no caes en quiénes son esos que hablan con el Carmelo?

—Yo que he de caer...

—Mira bien al alto, mujer; el de la Robustiana.

—Verdad, ¡rediós! el mesmo. ¡Valiente chulapón de Marqués de Prenda Real! Es él, el mismo en persona y aquí parece otro; pues á ella la ví en la calle Carretas hace cuatro días, sí, eso fué, y sólo me dijo «abur»; iba como *de bronca* con el otro.

—La habrá *dado larga* el *gachí*, después de tanto piso como la puso en la calle del Carbón, sacándola de en *cá* la Carmen, en donde, vamos, mal que bien no le faltaban *visitas*. Él es uno de esos *á verlas venir* que hoy tienen dinero y mañana no; y además escribe las cosas de los toros. ¿A que no sabes cómo le llaman?

—¿Qué he de saber?

—*Tente-en-pié*: dicen que es amaricado, y un papel de esos satiricos le llamó... á ver si me acuerdo... sí, hermafrodita.

—¡Qué atrocidad!

Tornaron los petimetres á subir en el pescante al ver inquietarse las yeguas con los grupos, y después de apretones de manos que le dieron á Curro y á Carmelo, dijo éste al que guiaba:

—Si vas á Zafra, avísame, y que no sea una de las tuyas; te se guardó aquí y *ndá*.

—Estaba en Archena y llegué ayer.

—Oiga usted — añadió Curro. — Telegrafíe que mañana salimos para Fitero, y que el hom-

bre está, pero superior.—Y pasándose la izquierda mano por los labios, cual si se los limpiara con los dedos, dijo:— Como que no las ha *probao*, ¿eh?

El *factón* rodó; los grupos de aquellas nómadas comparsas se fueron en variadas direcciones, y Beatriz, saliendo de la tienda, incorporóse á Carmelo y Curro que, bostezando, decía:

—Tengo un hambre que no veo.

Aquella noche, después de la comida, Curro bajó al despacho del Hotel á prevenir que se marchaban á la siguiente mañana y ver si habían traído los paquetes de las compras que en algunas tiendas efectuaron, tales como mantones y medias, pañuelos y algunas joyas que el espada había adquirido para su madre y Lolilla.

.

Beatriz y Carmelo salieron también en una berlina arrastrada por trotones anglo-normandos, que momentos antes había hecho ella venir de la cercana cochera de alquiler.

Juntos fueron hacia Biarritz con los cristales á mitad levantados. Beatriz había ofrecido un cigarrillo egipcio á Carmelo, encendiendo ella otro sujeto en boquilla de ámbar.

Durante el camino, Carmelo parecía ensimismarse en sus pensamientos; silencioso, apenas profería palabra.

Cuando estaban cerca de Biarritz, Beatriz bajó el cristal á una de las ventanillas del coche y dijo al cochero que anduvieran los caballos al paso.

Ráfagas saturadas de sutiles efluvios marítimos invadieron el interior del carruaje.

Beatriz habíase quitado el sombrero y lo tenía sobre la falda; apoyando su cabeza sobre el hombro de Carmelo, con los ojos cerrados, dijo:

—Yo espero que usted no me olvidará, acordándose siempre de esta amiga que tiene en Francia, bien desgraciada por cierto. He oído á usted muchas veces en las noches que le velé decir: «¡Ay mi madrecita!» Yo he estado ayuna de esos cariños; no he tenido nunca un alma que me ame; el hombre que me dieron por marido ni supo ni quiso comprenderme; otro que dijo que me amaba, no era verdad. Temo, amigo mío, que ó me haga desgraciada, ó también lo sea usted. En la vida el placer es lo fugaz, lo efímero, lo pasajero; el dolor lo perseverante. Si usted no me ama un poquitín, si no se siente capaz de quererme como yo sueño, dígalo. Yo soy todo amor, corazón, ternura y sentimiento.

El coche rodaba lentamente, subiendo empinada cuesta; á un lado y otro de la carretera perfilábanse árboles; tras de ellos, campos de maíz regados exudaban penetrante frescor, que les traía el airecillo. Veíase á lo lejos el Océano; las marejadas en continuo ir y venir; aquellas líquidas montañas de espumas desvaneciáanse, iluminadas por los rayos de la luna que proyectaba su estela nacarina sobre las alborotadas olas.

Coches innumerables los pasaban dirigiéndose hacia Biarritz, que destacábase entre la sutil bruma de aquella noche, en que finalizaba el último

día de Agosto caluroso, tibio, perfumado con los aromas del campo, emanaciones marítimas y el vaho de los jardines y diminutos parques fronteros á la carretera, poblados de plantas, con *parterre* floridos, caminillos arenáceos y villas, palacetes, kioscos y casitas de aldeanos.

Todo aquel panorama dilatado, con los altos pisos de los hoteles, las masas rojizas de las edificaciones, focos eléctricos, cúpulas de las iglesias, parecía incendiado por las sutiles burbujillas de los innumerables cohetes voladores que estallaban estruendosos sobre los techos de pizarra, en el mar, campos é infinita vaguedad del cielo, que iluminaban con sus lucecillas multicolores.

Carmelo supo sólo responder á Beatriz:

—La quiero á usted... vamos, que no sé decirle cómo,—agregando:—Qué, ¿no va usted á venir á Zafra? Mire usted que allí toreo yo más al *natural*; por acá le obligan á uno hacer dibujos que me repugnan. Lo que yo quiero son toros bravos, que les vea los ojos fuera de la cara, mirándome y diciéndome: «O me matas ó te cojo y tiro por alto.»

Beatriz se volvió presta del lado de Carmelo, y, oprimiéndole el rostro con entrambas manos, besó sus labios, se los comió á besos, desatentada, frenética, restregándose los y empapándose los de su aliento; efusiva, pasábalos sobre ellos, y al percibir que él la besaba, dió un suspiro y gritó un ¡ah! que le salió de lo íntimo del corazón.

El coche habíase detenido; Beatriz abrió con violencia la portezuela, brincó fuera del ca-

rruaje, estrujando su sombrero, el vestido; miró á Carmelo enagenada, y con los brazos elevados y abiertos, gritó:

—Hasta Zafra, Carmelo; iré, se lo prometo.

—Pronto, pronto, al Hotel,—dijo al cochero que estaba atónito. Y Beatriz, empujando la cancela de hierro, se internó hacia la villa Rissette por bajo de aquellos árboles oscuros y hollando plantas; viéndola Carmelo perderse de vista mientras la berlina bajaba hacia Bayona, por la pendiente cuesta.

IX

EL Otoño había comenzado con sus melancolías para los campos y alegrías para las ciudades.

A días nublados y lluviosos sucedió aquella mañana calurosa y sofocante, más propia de Agosto que del cuatro de Octubre de mil ochocientos noventa y tantos..., cuando el tren de viajeros que venía de Mérida se detuvo en Zafra, llamada en lo antiguo *Sevilla la chica*.

Beatriz, asomada á la ventanilla de un coche de primera, buscaba con la vista á Carmelo Reyes, á quien había teleografiado el día de su llegada.

En el terrizo andén de la estación, apiñada muchedumbre de otro tren acabado de llegar agitábase, moviéndose con tremenda algarabía de voces, gritos, denuestos, de unos que se llamaban, de otros que respondían, lugareños chillando ó mozos que, por venir alegres á la feria, echaron coplas, excitados con el contacto de las campesi-

nas engalanadas que habían subido en las estaciones intermedias á los vagones de tercera, hacinándose ó sentándose unas sobre otras.

Beatriz, al fin, percibió á Carmelo en el andén. Otro convoy entró rápido, arrastrado por dos locomotoras, rodando paralelo al en que ella acababa de llegar, sin haber podido apearse del coche ante los gritos de los empleados que lo prohibían.

Nuevo gentío comenzó á bajar de aquellos vagones de segunda y tercera, atiborrados de viajeros que venían en el tren especial de feria y toros.

Sobre todos los innumerables forasteros que quedaban aún sin haber podido salir de la estación, esta nueva avalancha vino á aglomerar aquella masa de humanos cuerpos que, cargados con toda clase de bultos, maletas, sendas y abultadas alforjas, mantas al hombro unos, y mujeres con canastos enormes, dirigíanse á la estrecha puerta de salida, en donde tres empleados, opresos y á empujones, andaban hacia atrás y hacia adelante con los que salían, al recogerles los billetes.

Una detonación se dejó sentir, produciendo en todos los allí presentes pánico, terror.

En uno de aquellos trenes venía un gitano, llamado Juan Abad, con tres hijos y su yerno, á vender mulas que traían embarcadas. Fronteros á ellos, de espaldas en el andén, estaba otro bohemio, de nombre Cañizares, tratante en caballerías, que había acudido á la estación á que le desembarcaran unos treinta mulos.

En el momento en que Juan Abad y sus hijos vieron á Cañizares, bajaron presto de los coches, parapetándose detrás de un vagón, frente á la puerta de salida, y armados de pistolas y revólvers rompieron el fuego contra Cañizares, que no pudo percatar que á él se dirigían los disparos.

La confusión y desorden que se produjeron entre aquella apiñada muchedumbre, fué rayano á desatado pánico. Las señoras y niños lloraban, corrían; los hombres y mujeres á empujones caíanse unos sobre otros, rodando apiñados por el suelo, pisoteándose y magullándose.

Los vagones vacíos eran ocupados de nuevo á viva fuerza por los que querían asaltarlos primero, entrando unos por las ventanillas y haciéndolo otros, sin darse cuenta de cómo lo efectuaban, en volandas.

Oficinas, dependencias de la estación, todo había sido invadido; sólo el *buffet* libróse de aquel «*Sálvese quien pueda*» apoderado de todos los feriantes y viajeros.

Varias parejas de la Guardia civil que venían en los trenes, comenzaron á culatazos para llegar á donde estaban los atrincherados guerrilleros, que habían cesado de disparar faltos de municiones.

Un sargento de la Guardia civil, auxiliado por varios números y por revisores y mozos de la estación, consiguieron apoderarse de Juan Abad y de sus hijos, desarmándolos y agarrotándoles sus manos.

Uno de los proyectiles había atravesado el pe-

cho de Cañizares; una gitana de su familia que se acercó para socorrerlo también recibió una bala en un brazo; á otro viajero atravesáronle el chapeo, y á una vendedora de almíbares y melojas que, con sus hijas, todas de familia israelita, traían enormes cántaros llenos, habíanse los acribillado, y cual regaderas, dejaban salir el líquido.

Aquello era un campo de agramante; tal fué la saña y odio con que la familia de Juan Abad había hecho descargas sobre todos los que parecíanles séquito de Cañizares, el tratante más antiguo de cien ferias en los contornos.

Las dos familias guardábanse rencores de antiguo que se trasmitían de generación en generación, sin que se atenuara el odio y sed de venganza entre aquella tribu nómada é inculta.

Restablecida la paz, Carmelo Reyes, que había sido uno de los primeros en zambullirse dentro de un vagón á guisa de barrera, que aquellos eran otros López cuyo toreo él no conocía, echando pié á tierra del coche, seguido de Pardales, Curro, el Marqués de Prenda Real y otros admiradores que le daban séquito, se dirigieron al departamento en donde Beatriz se hallaba emocionada.

—Cosas de gitanos—dijo Curro,—ha habido su poquito de *meneo*.

—Son cosas de España con que la hemos recibido á usted—agregó Prenda Real, arreglándose el arrugado cuello postizo de su cami-

sa que, por haberse salido del botón de atrás, se le subía á guisa de bufanda.

Beatriz bajó ligera, y desde el interior del coche Aline, su acompañante, á quien nombró así, fué dando sombrereras, hasta siete, tres maletas de viaje, el neceser de cuero de Rusia, dos rollos de mantas, uno de paraguas y sombrillas enfundadas, gran cesta cuadrilonga que comenzó por una de sus esquinas á verter líquido dorado, y, abierta, se vió que entre aquellas vituallas había destapada una botella de vino de Champaña.

Prenda Real tomó la botella y, alzándola á sus labios, bebió, diciendo:

—Esto es alegría. Usted la trae, señora.

Aline bajó á su vez con un perrito enmantado, prisionero debajo de su brazo izquierdo, y dijo á Curro:

—Suba y tome la enfundada jaula de los canarios.

Curro, cogiendo la portátil pajarera, dijo á Aline:

—¡Qué me alegro hable usted español!

—Soy de Cambo, cerca de Bayona; pero he servido á españoles en Biarritz los veranos.—Y acompañada de Curro, siguió á los otros, que habían entrado en el *buffet*, pues dijo Beatriz que deseaba tomar chocolate.

Apenas el propietario de la fonda y cantina notó á Beatriz, gorra en mano dirigióse á ella, diciendo:

—Esperaba á usted; mi primo el intérprete

del Hotel Central de Lisboa, me ha teleografiado la atienda, y estoy á sus órdenes.

Aquella sala, baja de techo y estrecha, aunque no corta, estaba de bote en bote, y en las dos mesas fronteras al mostrador no había un solo sitio desocupado.

Monsieur Leonardo, amo de aquella fonda, notando la indecisión de Beatriz, la dijo:

—Venga usted—y abriendo inmediata puertecilla de cristales, señaló una pequeña habitación con mesa puesta y mantel limpio, vajilla de porcelana azulada y fulgente cristalería.

—Aunque es—agregó—el comedor de mi familia, muy honrado de que usted encuentre este modesto rincón, en donde estará con más comodidad;—y sonriendo añadió:—de todos modos, en la guerra como en la guerra.

—Es usted muy amable, y me contenta saber que en Zafra hay un alma caritativa; en suma, un francés.

Era el señor Leonardo altísimo; llevaba luenta barba que llegábale hasta la mitad del pecho, y tenía la dividida en dos rizos, muy peinada, pareciendo algo semejante á azafrán, de lo rubia que estaba. Sus bigotes descomunales le caían á un lado y otro por detrás de sus pequeñas orejas, y con su larga nariz, ojos saltones, desmesurada boca, cargado de hombros, vestido de negro, corbata blanca, flacas y larguiruchas piernas y grandes zapatos, asemejaba con aquel levitón largo de talle y abrochado, un jugador de manos; un ente estratulario y raro.

A Beatriz le hizo el efecto de Mefistófeles, según dijo al oído al Marqués, pero por corresponder á las amables demostraciones de Monsieur Leonardo, sentándose, se alzó el velo que cubría su rostro, diciendo á todos los allí presentes:

—He efectuado un viaje muy incómodo; me embarqué en Burdeos en un trasatlántico que ha capeado un temporal, el equinoccio, que dicen ha venido fuera de tiempo, y les aseguro que con el mareo y la inquietud de lo ignoto he estado muy nerviosa. El país que he recorrido es adorable. ¡Qué sierras! ¡Qué montañas y valles ha dejado atrás el tren y qué ceremoniosos saludos me han hecho los portugueses por doquier pasaba! Son unos hidalgos muy correctos. Por cierto que en la Aduana española tuve que pagar unas trescientas pesetas de derechos.

—¿A ver, cómo es eso?—interrumpió Curro, abriendo tamaña boca y mirando á Beatriz, que sacaba de su bolso de viaje unos papelitos, y al desplegarlos, dijo:

—¡Ay! No me acordaba; aquí está el talón de los equipajes.

Lo tomó Curro, leyendo: «Siete bultos, mil ochenta y tres kilos.»

Al leer los kilos, con aspaviento, miró á los que sentados en la mesa de Beatriz estaban.

Habían tomado sitio junto á ella, á su derecha Carmelo Reyes vestido de color gris perla, sombrero acanelado de anchas alas, cuellito bajo sin corbata, sujeto por unos pasadores de dos

diamantes, como idénticos eran los botones de la pechera abullonada y de los puños.

El chaleco descotado cercábalo á la cintura faja verde, su color favorito, y calzaba dos botines de charol.

Pardales, que estaba á la izquierda, vestía de americana azul marino, oprimiendo el cuello un pañuelo de seda morada y sombrero sevillano negro.

Seguía el Marqués, con bombín gris, americana negra y cortísima, abrochada y ceñida, corbata formando un lazo verde, pantalón á cuadrados semejantes á tablero de damas, zapatos bajos amarillos y calcetines de seda negra rayados en oro.

Habíanse agregado á la reunión otros amigos de Carmelo y hablaban todos á la vez multitud de cosas.

—¿Conque la marpicada? —preguntó Pardales á Beatriz.

—Sí, porque al entrar en los puertos había mucha resaca; pero le digo lo que á Monsieur Leonardo: el país recorrido es ideal y, sobre todo, estoy encantada; aunque el susto de esta batalla á tiros me sobrecogió, me ha gustado como telón de boca.—Y comenzó á reir de tan buenas ganas que enseñó hasta el fondo de su garganta con las risotadas que daba.

Aquellos nacarinos dientes, rojizos labios, rostro hechicero, mirar suave y embaucador, puso fuera de sí al Marqués, que dijo con atildado acento:

—¡La mar, Carmelo! ¡Hijo, el delirio!—Y sacando su lengua, se restregó con la punta la nariz y comisuras, y poniendo los ojos en blanco, gritó:—¡Que me maten! ¡Viva Francia!

Respondieron todos en coro; pero el entusiasmo se paralizó súbito ante el chocolate, café y copas de aguardiente que dos mozos comenzaron á servir.

Beatriz, que estaba frente á la entreabierta puertecilla, hizo señas á Monsieur Leonardo, á quien veía en el comedor, entre las dos mesas, azuzando á sus mozos atolondrados para que atendieran á toda aquella aglomeración de pasajeros.

En el comedor no se cabía; las sillas de las dos mesas estaban ocupadas por un público abigarrado que Beatriz á su placer escrutaba con su vista, y oyendo que la decía el Marqués:

—Son en su mayor parte gentes de feria, ganaderos y tratantes, labradores con su cortejo de amigos, extremeños de pura casta casi todos, conservando en sus trajes mucho de castizo español, como la tez de sus rostros morenos, curtidos por la vida agreste de aquellos pueblos de Extremadura, en donde residen, lugares que conservan aún sus rancias, añejas y tradicionales costumbres, entregados al laboreo de las tierras, crianza de ganados en aquellas dehesas pobladas de alcornoques y añosas encinas, con herbajes en las márgenes floridas del Guadiana.

Si en alguna provincia de España el hábito del trabajo y los sufrimientos de ganar el pan con

el sudor... no se ha perdido, es en Extremadura, entre sus morigerados habitantes, poco soñadores, de cerebro lento, corazón franco y tenaz carácter. Las mujeres son como los hombres, parecen machos vestidos de hembras, entregadas al quehacer de sus casas; sus alegrías y tristezas, las de sus maridos y deudos, ora cuando el tiempo abona para el campo, ya cuando pertinaces sequías agostan las espigas, escasean los frutos y diezman epidemias los ganados.

Es melancólico el aspecto de sus pueblos; ayunos de fiestas, sólo en los sitios donde se celebran ferias se turba la paz octaviana de sus hogares y el sosiego de las familias.

Pero no son el lujo y diversiones los que ponen en movimiento á hombres y mujeres durante esos días; sí la lucha, fiebre de los negocios, las alzas y bajas de caldos, cereales y ganados: que ellas y ellos pasan todo el año soñando con el precio de las carnes y lanas, subidas de los trigos, el aumento de las rentas de la tierra y la lucha por la existencia entablada.

.....
Beatriz pidió á Leonardo, cuando acudió á su lado, jamón y compota de frutas. No se hizo él de rogar, agregando:

—Supongo me honrará usted viniendo á almorzar y comer aquí, porque las fondas están atestadas.

Beatriz dijo que sí vendría y comenzó á comer el jamón crudo, manzanas y uvas, la compota de cabellos de ángel, cuyo nombre la hizo reir de

nuevo, aprovechando el Marqués la ocasión para morder una manzana y manosearla, y sacada la lengua, mirar á Carmelo, que no paraba mientes en él, pues había venido á verlo uno de su cuadrilla y hablábale en voz baja.

—¿Hay novedad?—preguntó Pardales.

—Que me echan á mí los toros grandes de Miura y al otro los de Saltillo,—contestó Carmelo.

—¿Cuántos toros hay?—interrogó Beatriz.

—Cuatro,—dijo el Marqués, que estaba deseando meter baza de nuevo, y comenzó á hablar en francés, á lo que ella le dijo:

—Amigo mío, puesto que lo es usted de Reyes, hábleme en castellano.

El Marqués no perdió su serenidad y continuó:

—Cuatro toros para los matadores de cartel, y dos becerros para que los novilleros se diviertan, porque han de saber ustedes que tenemos competencia entre Carmelo y el *Guarda-polvo*.

—Competencia no hay; cada uno hará lo que pueda—dijo Carmelo.

—Sí, pero tú vas á apretar más que un dolor, aunque no sea sino por la negra honrilla y que la señora te vea torear al natural y mi persona te aplauda y escriba luego un par de crónicas de esas que pasan á la posteridad en los anales del toreo.

Beatriz se había levantado, quitándose su abrigo de viaje, que la cubría de los hombros á los piés.

—¡Qué calor!—dijo—á las ocho de la mañana!

—Y comenzó á lavarse las manos en un aguamanil que estaba sobre trípodede hierro en el rincón.

Curro llegó haciendo muchos aspavientos, y decía:—¡Qué baulerío traé, y hasta un baño de *cauchout*; no les he dicho que es como un pato, que siempre está en el agua!

—Es una gran dama—agregó Monsieur Leonardo;—su porte, distinción, modales y sus equipajes lo indican. Los que hemos rodado por fondas en eso conocemos la clase de parroquianos; en los forros y correas de los equipajes.

Beatriz, que se había puesto de frente, reíase al ver que el Marqués, echado el brazo por encima del hombro á Carmelo, y hablándole al oído, lo estrechaba efusivo, acabando por decir en alta voz:

—Coloso del toreo, hoy es tu apoteosis; esos toros que te echan no los mata ni ¿quién?... Digo, señores, ¿les parece á ustedes bien? ¡Ni Costillares si viviera!

Aplaudieron algunos al Marqués, que estaba muy orondo. Y al ver que Beatriz, con la señora de Monsieur Leonardo, había entrado en inmediata habitación por unos momentos—como agregó al irse,—aprovechó el Marqués subiéndose sobre una silla, para decir con voz meliflua:

—Venid cargados de azahar, naranjos de la Siria; esencias del Serrallo, brisas de las pámpanas...

—¿Para qué todo eso?—dijo Pardales.

—Para esa Venus, con ese cuerpo escultural, sombrerito á lo mosquetero, chaquetita de ama-

zona á lo Isolina Bell, y esa falda... ¡qué falda! ¡y qué... que me mates, Carmelo!

Pardales le asió de la americana por detrás, zambulléndolo casi debajo de la mesa, y al levantarse airado el Marqués, simulando el ademán de empuñar un arma, sacó tamaño frasco lleno de oliente agua de Colonia, diciendo:

—Cuidado que la llevo, que en Extremadura hay mucha pringue.

Pardales era respetado y querido á la vez, y aunque amable, tenía el alma en su armario, siendo, además, persona á quien repugnaban las zalamerías y afeminación del Marqués, quien también había demostrado en algunos trances ser muy hombre de armas tomar, acudiendo á sus puños por quítame allá estas pajas, y aunque prudente, no se le iba el juício más que ante sus idolos y debilidades románticas, frase suya, hecha para demostrarle su rendimiento á Carmelo, á quien decía, cuando se levantaban de la mesa: «Te quiero más que á las niñas de mis ojos.»

X

FUERA de la estación numeroso grupo se formó á ver salir á Beatriz, Carmelo Reyes y su séquito de admiradores y parciales.

Varios carruajes esperaban allí; entre ellos había un *break*, con cuatro mulas tordas picazas, enjaezadas á la calesera, y el mayoral y zagalón del pescante venían vestidos á la andaluza.

El coche era de un título de Zafra, amigo de Carmelo, que tuvo la galantería de mandarlo á la estación á esperar á Beatriz, á quien tanto ponderaba Curro, hablándole de su belleza y elegancia.

El *break*, alzadas las cortinas, comenzó á rodar con el repiqueteo de los cascabeles y séquito de otros vehículos que venían detrás, dando convoy.

Cuando se llega á Zafra el primer día de feria, se percibe desde la estación un sonido bronco, algo semejante á un martillo majando hierro sobre un yunque.

Pero así que se entra en la polvorosa carretera, enfronterada de árboles medianos, teñidas sus hojas de polvaredas del camino, y se avanza, el ruido es atronador, aturde y parece semejante á un griterío que va aumentando y en el que voces de tonalidades varias se esfuerzan por descollar más claras las unas que las otras.

Beatriz se llevaba sus manos á las orcas: sonreían Carmelo, Pardales y el Marqués, que estaban con ella dentro del coche. Curro, que venía detrás en otro carruaje con Aline, hizo señas hacia la derecha, apuntando á las secas rastrosas, con aquellos miles de cabezas de ganado lanar dentro de sus rediles, formando cuadros con sus calles, semejantes á intrincados laberintos, por las cuales transitaban ganaderos, compradores y feriantes.

Los carruajes iban despacio; innumerables piaras de cerdos, vendidas desde la tarde anterior en el ferial, venían obstruyendo la carretera camino de la estación, para ser embarcadas.

El polvo que levantaban los ganados; el chasquido de los largos látigos de cuero con que los zagales iban arreando; lechones en huída, carneros descarriados que venían á veces á pasar bajo los coches; gritos de los mayores, gruñidos, voces de transeuntes, de los que conducían mulos ó montaban en yeguas, con sus rústicos aparejos y serones, llenos de toda clase de objetos por delante y por detrás de la montura; á veces una mujer asentada, llevando un hombre del diestro á la caballería, y la alegre luz

de la mañana, daban á aquella parte derecha del ferial un encantador aspecto.

Beatriz no se pudo contener, diciendo:

—Bajémonos.

Carmelo quiso disuadirla; pero Curro al notar el *break* parado sobre la carretera y el ademán decidido de ella, vino á abrir para que se apeara por el estribo ligerísima, como lo efectuó.

Junto al borde de la carretera, entre ésta y la zanja de las colindantes tierras, había bancos de trecho en trecho, y subida en uno de ellos, Beatriz se puso á contemplar aquel lado de la feria.

Pardales, Carmelo y Curro, tras de breve coloquio con Aline, acordaron que ésta, acompañada de Curro, siguiera á la casita que, por consejo de Pardales, se había tomado para que se alojara Beatriz durante los días de su estancia en Zafra.

En los pueblos de Andalucía y Extremadura las fondas suelen ser muy pequeñas, así como las casas de huéspedes, posadas y ventas, donde acostumbran alojarse los que acuden á las ferias.

Es difícil aposentarse con la aglomeración de viajeros y con la escasez de elementos para hospedar y darles de comer á las muchedumbres trashumantes que durante esos días acuden, teniendo que alojarse en muchas casas de particulares que alquilan todas las habitaciones de que pueden disponer, haciendo vida de familia con sus huéspedes muchos clientes de otros años, ó recomendados de amigos y parroquianos.

La casita que habían arrendado para Beatriz, sin ser muy grande, era capaz, alegre, de planta baja y encaladas todas sus paredes, y estaba en el llamado *Campo de Sevilla*. Tenía al frente dicho campo muchos puestos de vendedores y la plaza de toros.

Parecía algo semejante, pero en miniatura, á las viviendas de ricachos ó lugareños de Extremadura, que son dos casas en una. La finca tenía su entrada principal y otra detrás; luégo se pasaba al zaguán y patio enlosado, á las habitaciones bajas de derecha é izquierda, al poco de jardín que se comunicaba con la casa de apero ó labranza, donde están el corral, cuadra, granero, cocina y otras habitaciones, en que se habían refugiado la dueña y una hija, familia que en pasados tiempos fueron labradores ricos, pero á quienes los malos años y la inexperiencia de dos mujeres solas redujeron á no conservar más que una pequeña parte de su caudal, y tener que recibir huéspedes, ora durante todo el año, ya cuando se celebran las ferias de San Juan ó la afamada de Octubre, que se realizaba á la sazón.

Aline, pues, acompañada de Curro, siguió hacia la casita, no sin decirle antes Beatriz:—Déme los anteojos,—que sacó aquélla del saquito de mano, y desfundando una sombrilla de seda blanca, la alargó sonriente á su señora, con el *pardón* que tanta gracia hacía á Curro, y añadiendo:—Tenga cuidado con el sol, no coja neuralgias, como le ocurrió cuando en Lisboa salimos á pasear por el campo.

—Abajo,—dijo Beatriz señalando á la derecha. Y comenzó á descender el talud de aquella parte de la carretera, y de un salto franqueó una gavia estrecha y se puso junto al primer redil de ovejas.

Se emplazaban en aquel lado, á granel, corrales de red, situados unos en alto, siguiendo las sinuosidades del terreno; otros ventajosamente puestos sobre cerrillos que formaban aquellas tierras de labores con sus desboronados zurcos, rastros de cereales tendidos y enrojecidos por el polvo y las pisadas de tantos miles de cabezas de ganado lanar, hombres, mujeres y muchachos que en direcciones varias caminaban por doquier.

Frontero de aquella parte del mercado descollaba el terraplén de la vía férrea, con algunas alcantarillas estrechas que servían de paso, por bajo de los tendidos rails, á las piaras de ganados que iban entrando á colocarse, con el acompañamiento de la algarabía de voces, gritos, el arrear de los pastores, correr de los zagales tras de las cabezas que se descarriaban, tirándoles los sombreros, bastones, cayados, chivatas ó terroncillos cogidos del suelo, que al chocar sobre los animales, convertíanse en sutil polvo que se extendía sobre el paisaje y la atmósfera como densa neblina de carmín.

A lo lejos, por detrás del terraplén, alzábanse montañas con olivares que se perdían á la vista, como el horizonte en el mar; y cual manchas parduzcas, tierras unas semejantes á ennegreci-

dos quemados, otras verdeando con la primera germinación de la otoñada.

Por techo cielo azul, sobre el que campeaban nubes blancas semejantes á aquellos vellones del ganado merino, rumiadores como si estuvieran en sus apriscos, aprisionados entre aquellas tejidas redes de esparto amarilloso, sujetas en vilo con estacas rústicas, aún con cortezas verdes, acabadas de cortar en aquellas veredas por las que habían venido á Zafra tantas ganaderías procedentes de todos lugares de la Extremadura.

Beatriz iba por entre los estrechos callejones que dejaban libres los enfrontados rediles. Iba como enagenada ante tal aglomeración de atajos de carneros, con sus cuernos retorcidos, apretadas y sedosas lanas, ancho costillar, cilindricos cuerpos, cortas patas y rabones.

Aquellas cabezas acarneradas con ojazos melancólicos, topándose sus frentes, no sin antes haber tomado distancia para lanzarse unos sobre otros, con el estrepitoso aporrear de sus cuernos, la sobresaltaban cada vez que oía repercutir por todos lados el mismo golpeteo monotonó y continuo.

Junto á una red en que había setecientas ovejas, se detuvo largo rato, y cansada de aquel agetreo, se sentó sobre aparejos de los burros de los pastores que había apilados con zaleas y mantas, mientras sobre cercano trípode, formado con estacas, robusta moza con el cucharón removía la caldereta de cordero, aromatizado con ricas especias, que cociendo al fuego estaba.

Una oveja cercana daba á luz en aquel momento; todos los signos eran de buena esperanza, según decía el pastor.

—Mire usted sus ijares, señora. ¡Qué dolores no pasará en sus entrañas!—Y acercándose á la oveja la puso sobre sus cuatro piés.

El animalillo había estirado el cuello y con el hocico tocaba al suelo. Tenía sus ojos entornados como si lloraran; quejábase á su manera, temblando de piés á cabeza.

De pronto dió un quejido prolongado; después comenzó á verter líquido lechoso, y tras de todo este aparato, como si expeliera un puñado de lana opaca y tornasolada, llegó al suelo aquel envoltorio, semejante á una redoma de cristal.

La oveja se tornó rápida, y se deshizo aquel nudo misterioso. Agitóse entre aquellas paredes cristalinas algo informe; pero así que el animal comenzó á lamer sobre aquella aparente mota de algodón blanquísimo, surgió como por encanto todo el perfil tembloroso de un borreguillo que pugnaba por ponerse en pié. La madre, con el hocico entre las piernas del débil animalillo, á la vez que lo lamía, sosteníalo en equilibrio, y oxigenóse en un instante como si lo hubieran inflado, se desarrolló y creció, se tuvo firme, gimió, y vino el pastor y, ahijándolo, comenzó el lechal á dar empujones de abajo arriba con la punta de su hociquillo sobre la ubre, acabando por introducir el pezón en su boca, convertida en una pura espuma.

—Es admirable la Naturaleza y poderío de

Dios,—dijo Beatriz con los ojos empapados de lágrimas.

Pardales, que estaba junto á ella, comenzó con su bastón á golpetear el suelo, repitiendo:— ¡Admirable Naturaleza!

Beatriz le dió un apretón de manos, añadiendo:—Nos comprendemos.— Y continuaron andando, seguidos á distancia del Marqués y Carmelo, que miraba deslustrarse el brillo acharolado de sus botines y la parte baja de sus pantalones teñida de las rojizas tierras que pisaban, no habiéndoselos remangado, como el Marqués había hecho, dejando ver sus calcetines de seda y canijos tobillos.

Beatriz siguió caminando á la vez que observaba á los rabadanes, pastores y zagales con sus chaquetas, zahón, borceguíes, empuñando sus callados que acababan en porrillos.

La aglomeración y auge de tratantes que iban y venían, las voces y gritos de los que regateaban el precio ó con silbos requerían á compañeros lejanos, los dueños en pié ó sentados junto á sus ganaderías, todo aquel conjunto encantaba á Beatriz, que no quería salir de allí, dando vueltas por aquellos vericuetos de redes que la obligaban á hacer eses para ir de uno á otro lado.

La mayor parte de aquellos hombres, que eran de cobrizo color, afeitado rostro, con sus típicos trajes y con las espesas fajas que, por encima del chaleco, desde la cintura le llegaban hasta por debajo de los sobacos, causábanla extrañeza, cautivándola muchísimo.

Veía á los sorianos con sus boinas y mantas al hombro, pantalones y chaquetas de pana, chalecos de cuero ó estezado encarnadino, con patina reluciente, alpargatas en forma de sandalias, lustrosos de rostro, con pardos ó azulados ojos, castaños ó rubios cabellos, blanca dentadura y varonil aspecto, pululando por allí y á la vez que palpaban los carneros y borros de dos años, levantábanlos en peso, abríanles las bocas y, tendiéndolos panza arriba, los inspeccionaban con mirar escrutador.

—¿De qué provincia son esos hombres?—preguntó á Pardales.

—Permítame usted que lo diga—exclamó el Marqués;—son sorianos: la flor y nata de nuestros andarines y de la ganadería trashumante.

Soria es una provincia de España de las más frías: en invierno no hay pastos; hielos y nieves cubren muchos meses la tierra.

Los sorianos unos tienen tomadas en arrendamiento dehesas en Andalucía y traen sus ganados lanares, las antiguas cabañas españolas. Otros vienen aquí á hacer sus compras de carneros ó borros, que los invernan en tierras alquiladas, y cebados, los venden á catalanes, que suelen exportarlos á vuestro país, señora, donde es muy apreciado el *mouton* de España.

Esta es una raza viril—siguió diciendo el Marqués.—Ahí donde los ve usted, tan campechanos y gallardos, traen muchos treinta y más días de camino desde sus aldeas ó pueblos. Es gente rústica que pasa el invierno en las dehesas, entre

el monte, viviendo en chozas junto á las majadas donde ponen las redes. Sobrios, ágiles, la serenidad y la honradez es lo que les caracteriza. Viven, en suma, disputando á los lobos sus presas, sufriendo las inclemencias del invierno, los días fríos, los ventiscos y hielos, las lluvias, vendavales, las largas noches, en espera de que crezca la hierba para ver gordos los carneros, y que llegue el florido Mayo para tornar á sus hogares, pues allí tienen puestos el pensamiento en achacosos padres, en hacendosas mujeres que cultivan el pedazo de tierra mientras están ausentes ellos.

Y comen sólo panes parduzcos, con el que hacen sopas de ajosó gazpachos de aceite y vinagrè.

Pues, véales usted, carigordos y ágiles; nadie les saca de su tardo paso detrás de las ganaderías, cuando van de pastoreo con la carnerada, y á la vez que silban, cantan y arrearan el ganado, piensan los solteros en las mozas que han dejado en su país; verdad que ellas, en correspondencia amorosa, de noche, cuando hacen medias al calor de las brasas, con ellos sueñan.

—¡Bravo, bravísimo, señor Marqués; es usted un poeta, pero de cuerpo entero!

—Pues mire usted, los españoles, de músicos, poetas y locos, todos tenemos un poco.

A la derecha, por junto á donde iban Beatriz y su compañía, descuartizaban un borrego, y Pardales se detuvo á ver la disección anatómica que hacía cuchillo en mano un rabadán que sajaba y cortaba que era un primor.

Oyéronse gritos y ademanes airados en un grupo; un caballero mejor vestido que los otros, de mal humor, rechazaba con el extendido brazo unos billetes que le ofrecía cierto marchante, mientras otro de los concurrentes gritaba á voz en cuello:—Pero hombre, ¿por doce céntimos y medio no los va usted á vender?

El bien vestido señor echó á andar, tornándoseles las espaldas, y contestó:—¡Pues, claro, á eso vengo aquí, á defender hasta la última *perra chiça!* ¿Por ventura en Zafra asamos castañas?

—Cristiano, mire usted que se lo pagan.

—Que no, hombre, ni un céntimo menos.

Beatriz rióse mucho de ver al ganadero defender sus céntimos y á los sorianos compradores formar corro, disputando entre ellos si eran caros ó baratos.

En esto observó Beatriz que varios hombres andaban á palo de ciego y que en otra red tenían sujeto por el cuello á cierto mozalbete á quien daban de puñetazos y quitábanle unos panes que había sustraído.

El apaleado era un ratero que, aprovechando la distracción de varios bebedores de aguardiente—servido por algunas mujeres que á la par que ofrecían las copas, brindando y dejando entrever otros placeres, ayudaban con su charla al truhancillo,—robó á un valenciano de gorra apabullada, azul blusa, abultado abdomen, piernas cortas, con pantalón de verde terciopelo y alpargatas negras.

El robado, al notar que de su faja le habían

sustraído la cartera, arremetió contra el ratero, que juraba y perjuraba era inocente. La cartera había tomado la del humo.

Beatriz, antes de salvar el portillo para salir de aquel rodeo, dividido por cerca de piedra que prolongábase horizontal, al columbrón vió aquellos merinos negros, otros blancos de lana basta, algunas piaras de chivos, y se extasió á la vista de aquellos miles de cabezas que dejaba tras sí.

Carmelo, cuando estuvieron fuera de la cerca y entraron en donde estaba el ganado vacuno, dijo:

—Son las doce.—Y ojeó de nuevo sus botines de charol y su pantalón por detrás de los talones.

—Váyase usted—le dijo muy de quedo Pardales,—porque esta mujer hasta que no acabe de ver el último rabo, no se marcha.—Y el pollo—agregó señalando al Marqués que hacía zalamerías á Beatriz,—y yo la daremos compañía.

—Más bueno; así me tumbo á descansar; y mire usted cómo me he puesto.—Y, despidiéndose, fuése requiriendo el sombrero y mirando de soslayo sus botines, siguiéndole varios aficionados que se le habían unido.

Irradiaba la mañana; los rayos del sol eran ardientes; gracias á las ráfagas de aire que corrían, podíanse soportar aquellos fulgores calurosos.

XI

EL rodeo de ganado vacuno estaba de bote en bote con piaras de enormes cornúpetas, verdaderos hipopótamos de carnes, cebados y destinados á las carnicerías; junto á ellos, veíanse vacas por tierra, como si estuvieran durmiendo de medio lado, rumiantes y perezosas.

Beatriz estaba recelosa entre aquellos millares de reses con cuernos.

Gracias á Pardales se tranquilizó al verlo andar descuidado, delante, por entre las piaras de añojos y terneros cebados, de piel gruesa negruzca y casi desnuda de pelo, mostrando la epidermis de sus voluminosos cuerpos, piernas cortas y el rabo como enterrado entre las hendiduras de abultadas nalgas, semejantes á globos de goma elástica próximos á estallar.

Los vaqueros y zagales manejaban á menudo la honda, despidiendo piedras certeras sobre los cuernos de sus piaras cuando alguna res soñase desmandar, bregando y huyendo de otras

que la acorneaban ó de las que, empinándose sobre las patas, con los ojos fuera de las órbitas y empapado hocico en obscura baba, subíanse unas sobre otras enardecidas de amorosa furia.

Escarbaban los toros mugiendo, y aquellas innumerables cabezas corrían azoradas entre los coches que pasaban por el frontero arrecife, y á la desbandada iban á mezclarse con otras piaras cercanas.

Pardales había apresurado el paso, diciendo á Beatriz

—Mire usted donde pisa, criatura.

El Marqués parecía andar sobre zancos, temeroso de poner las plantas sobre el suelo cubierto de verdosas boñigas, con las que algunos muchachos formaban montículos.

Habían llegado al sitio del ganado mular, de los caballos y yeguas y en donde estaba todo el borriquerío andante de la feria, viéndose trabados unos, acollarados otros por el cuello, los más sueltos ó en piaras, y muchos con sus jáquimas de colores, sujetos del diestro por los amos, que eran casi todos gitanos, con sus mujeres, hijas ó hijos que gritaban, disputándose entre ellos como si fueran á agredirse tras de sus gestos y amenazas.

Pardales era muy aficionado á las mulas, y cercándole Beatriz y el Marqués que decía: «No las tengo todas conmigo», hizo que le mostraran algunas parejas con collares de cascabeles y trenzadas crines, que traían del diestro sus amos, mientras muchachos por detrás las azuzaban, ó ya en collera, montando sobre una del.

tronco, trotábalas ante ellos cobrizo mozalbetes gitano, ágil y desbravador diablillo, que con las manos y los talones las arreaba para hacerlas ir de prisa.

Al Marqués habíanle acosado otros tratantes, ofreciéndole dos mulas alazanas de gran tamaño, buena estampa y que corrían más que el tren, según dijo uno de ellos.

Alrededor de los vendedores que habían sitiado al Marqués á ver si les mercaba las mulas, formóse un cerco de campesinos y curiosos, escuchando las ponderaciones del corredor, hombre obeso y que de la cabeza á los piés era su traje todo un puro terciopelo negro, incluso el chapeo, especie de calañés, pero con alas más grandes y extendidas.

El gitano apuraba todos sus argumentos.

—¡Si son *dignas del Rey de la Anguila*terra. ¡Si como éstas no se ven otras! ¡Si usía las lleva á Sevilla—y esto es un decir,—no habrá quien no se embohe cuando las vea pasar á la vera de esa personita que trae de compañía!—y señalaba á Beatriz y ponía los ojos en blanco, diciendo:— ¡Válgame Dios!—y suspiraba adrede como si ahogárase, y aspirando, como si se le atragantara algo, dejó escapar un ronquido que al Marqués le hizo decir:

—Camaraita, ¿usted es de Jaén?

—De allí mesmo, para lo que usía y la compañía gusten mandar.

Beatriz estaba distraída, no comprendiendo estos coloquios; ojeaba á todos lados y veía por

doquier mulas trotando; otras que, espantadas, galopaban á tontasy á locas, ó ya sueltas, corrían tras de ellas para alcanzarlas los amos y zagalones, ó ya conducidas del diestro, iban dando zancadas hombres delanteros, seguidos de otros que con largas y cimbrantes varas corrían, azuzándolas para que trotaran.

Una de las mulas que enseñaban al Marqués había hecho un espanto y el Marqués aprovechó para gritar:

—«Mula que hace fú y mujer que parla latín nunca hicieron buen fin.»

Riéronse todos á más no poder; mostrando los gitanos sus blancos dientes, prietos rostros y ojos de carbón.

Ante aquella algazara que produjo el dicho del Marqués, Beatriz hizo que éste se lo tradujera, y él, que no deseaba otra cosa, díjosele en francés como Dios le dió á entender.

Convencido los tratantes de que no vendían sus mulas, fuéronse diciendo á la vez que miraban á Beatriz:

—Anden ustedes, que no encontrarán otras como éstas, porque ni mula con tacha ni mujer sin raza.

Beatriz, riéndose, siguió á Pardales, que iba haciendo eses entre las apiñadas mulas, caballerías, grupos de campesinos tratando mulos de labor ó yeguas con sus potrillos, y aquí tropezaban ó tenían que salir huyendo de las coces y apretones de las bestias, ó allá, á empujones, hacíanles reunirse á los tres para librarse de

desafueros de los que blandían las varas y látigos, yendo á parar á la borriquería andante de la feria.

Allí fué Troya. En cuanto divisaron las gitanas á Beatriz dieron al aire sus lenguas como badajo de campana y una venía gritando: «Por su madrecita, que le he de decir la buena ventura; como que tiene usted mucho aquel en su cuerpo saleroso»; y otra cogiéndola por el brazo: «Venga acá... hembra linda, que es digna de que la lleven al cielo vestidita y calzada para hacer pecar á los Santos.»

—Ande usted—dijo una,—que le voy á vender mi burra. Sólo á usted se la doy, si me la *merca*, por su cuenta y razón.

Estaba en medio de tres burros colocados de frente; el uno era negro, de orejizas que abanicaba para oxear las moscas, y otro rucio que á su vez tenía las abiertas, inmóviles, como dos alas de murciélago. El otro burrito, expuesto de costado, estaba con trabás y parecía dormir con sus puntiagudas orejillas echadas hacia atrás.

La gitana traía un pañuelo amarillo ceñido á la cabeza y anudado por delante bajo la barbilla, dejando ver su frente y algunos cabellos rubios; su tez era semejable á cobre pálido; verdes sus ojos, cejas y pestañas rubias y finísimas, nariz recta, boca grande y extendidos labios, comisuras dilatadas, blanquísimos y parejos dientes, esmaltados cual si fueran de nácar, y aguileña de rostro, es decir, largo y delgado.

Pendían de sus orejas grandes aretes de oro

en forma de aró, con piedras de colores; el mantón de lana y seda habíalo echado hacia atrás, cayendo algo sobre su hombro izquierdo, y tenía golpes de seda en rojo que imitaban flores.

Un pañuelo sedoso, blanco, terciado desde el cuello á la cintura por debajo del mantón, ocultaba su cuerpo airosamente y seguía una falda hueca, de lana, con dibujos á cuadros escoceses, amarillos, rojos y blancos, formando rayas listadas.

Era corta la falda, dejando ver sus dos piés calzados con botines de satén negro de elásticos y con punteras de charol, y aquellas plantas eran semejantes á las de una niña para lo alto y gallardo de su persona.

Tenía en su diestra un paraguas, cerrado, azul, de seda, y apoyaba el mango en el suelo, cogido por la contera.

Con la izquierda mano se echaba á menudo hacia adelante el mantón, que se le escurría de las espaldas sobre el pañolete de seda.

Reía dulcemente; sus ojos y mirar eran embriagantes, y sacaba á menudo la punta de la lengua, parecida á coral, y pasábasela por los labios, que se mordía con afectación.

Beatriz la contemplaba en éxtasis y no la perdía de vista; ella, al verse rodeada, comenzó á reir, diciendo con voz blanda y suavísima:

—Mérqueme, mérqueme, señorita, ese pollino para que vaya esa persona asentada.

Pero el Marqués, que se había quedado algo lejos, comenzó á gritar: «Que es tarde», á lo que la gitana dijo:

—¡Válgame Dios, señor, que hasta ahora no ha venido usted á caerse de su burro! ¡Pues apenas si hace tiempo que dieron las doce!—Y señaló hacia la lejana torre de la iglesia.

Al movimiento que para alzar el brazo efectuó, resbalósele hacia atrás el mantón y vino al suelo. Cogiólo ligera, inclinándose y dejando ver el apretado círculo de su cintura.

Habíanse acercado muchos gitanos y gitanas y los suyos, hijos é hijas, deudos y acompañantes y demás grey menuda, trayendo sus burras y asnos, esperanzados en venderlos, y se llêgó á juntar allí una verdadera arria de muchísimas cabezas de animales, y personas que acudían atraídas por la curiosidad al ver de lejos aquel compacto y numeroso grupo.

Beatriz no perdía de vista un detalle; estaba como enajenada de hallarse entre aquellas gentes que la rodeaban, diciendo cada cual su dicharacho é invitándola á que les comprara sus animaluchos.

La feria de Zafra es una de las á que acuden más gitanos ricos, que no sólo van á vender mulos, burros ó caballerías, sino á comprarlas á los ganaderos y labradores que, pasadas las faenas del verano, suelen poner en venta las de sobra para sus necesidades.

Aprovechando la estancia en Zafra aquellas familias nómadas, resto aún de una raza cuyo origen se ignora, muestran sus hijas ataviadas con trajes y adornos como no se ven de España en ninguna parte. Las jóvenes hacen allí sus co-

nocimientos, son requeridas de amores y en demanda de matrimonio para el siguiente año.

Estas peticiones son celebradas con aparatosas *juergas* y estruendosísimas muestras de regocijo y alegría.

Terminada la feria, que dura unos ocho días, se casan las prometidas del anterior año y hay bailes y jolgorios, habiéndose de antemano comprado por las familias de los novios los restos que quedan á los dulceros judíos, que les venden sacos enormes llenos de almendras, confites, dulces de todas clases, pastas, en una palabra, todo el sobrante de lo que no han podido despachar en los días de feria.

Celébrase la boda al descampado, en un sitio del ferial escogido de antemano, y allí se entregan á todo linaje de alegrías desatentadas, extravagantes y como poseidas de locura.

Se canta, se danza, se tiran al aire los dulces, las almendras, rosquillas, se llama y se les ofrecen á todos los que por allí pasan, y bajo de aquella lluvia de almíbar y sobre el piso tapizado y matizado de crugientes confites que explotan miel, la novia danza y todos bailan; y cuando la púber, rendida y fatigada, sudorosa y en greña sus cabellos, está cercana á desfallecer, acude el Faraón, la reconoce y declara virgen; estallan gritos, aullidos, y se la lleva el novio.

.....

A duras penas pudo Pardales abrirse paso por entre aquella muchedumbre. Beatriz había com-

prado una grande burra negra, en la que vino ginete un hombrachón que hacía la correr desafortunadamente, á pesar del enorme peso del cabalgador.

Las gitanas y gitanos, enfurecidos, tornáronse como hidrófobos, peleándose unos con otros, y con denuestos se apostrofaban y echaban la culpa de no haber vendido sus animales, y enrabiaados con aquellos castellanos que menospreciaron sus mercancías, no perdonaban hubieran mercado la burra del sacristán de próximo lugar; y aunque la pollina tenía fama en veinte leguas á la redonda por ágil, mansa y lo bieñ que andaba al paso de andadura castellana, ofendíales el desaire, pues en otro año la burra había ganado carreras contra otra de ellos, y sobre todo, los veinte doblones.

—Anda que va á predicar la bula; permita el diablo le salga machorra.—Con su pan se lo coma la *indina*, que no hace más que reirse.—Pues el usía qué cara lleva de *aburrición*, y qué andares gasta el mocito, y qué contoneos y menudos pasos; ¡si parece *zape el arrastrao!*

A todo esto estaban al caer las dos de la tarde y Pardales dijo á Beatriz:

—Mire usted, podremos tomar un refresco en uno de aquellos especie de vivac y ver después los noventa y seis mil cochinos; ¿no oye usted los gruñidos?

—Sí; me tienen sorda.

Y se encaminaron á una de aquellas tiendas de campaña con lonas, en las que servían bebidas y refrescos.

Se habían sentado alrededor de una mesa de pino y Pardales pidió horchata, que era lo que deseaba Beatriz; para él prefirió café y el Marqués agua y azucarillos.—Un poquitín—dijo—de aguardiente ¿eh? Me parece que hemos andado bien. Es mucha feria—continuó.—Miren ustedes esa alamedilla de árboles con su baranda y el castillo con sus almenas. ¡Y qué gentío! ¡Qué polvo! ¡Qué calores!

Porque habeis de saber que yo vine aquí hace dos años acompañando á otro diestro, pues tengo esa debilidad; me gustan los hombres de armas tomar y de espada y daga, los que pinchan y cortan; he visto que esta feria es muy especial. Aquí no sólo es ferial de ganado, sino que además la importancia la tienen los arriendos que se hacen de dehesas, miles de fanegas de granos que se venden y se compran, en suma, se atraviesan muchos millones de pesetas: como que Zafra es la bolsa de los granos de Extremadura.

A más de esto, todos los campesinos de muchos pueblos de menor cuantía, en cincuenta leguas á la redonda, acuden á éste á hacer provisiones de invierno, á comprar aperos de labranza, menajes, á vestirse de piés á cabeza y engalanarse ellas con mantones y vestidos y joyas de similor, y ya verán ustedes las tiendas de la plaza atiborradas de zarandajas. Eso sí, aquí no hay casillas para bailes como en otros pueblos, ni el lujo en aldeanas y en el proletariado de algunas ferias de Andalucía, en donde las hijas de brace-

ros ó de artesanos, que á lo sumo ganan tres pesetas, van á las veladas como señoritas y hasta con guantes y zapatillos de charol. Y no digamos nada de sus bajos. ¡Qué bajos los de las enaguas y vestidos, qué medias y el diablo sabe qué ligas y qué...!

Pardales que estaba deseando callase, le dió un pisotón aplanante, y el Marqués, diciendo un chiste, apuró de un trago la copa de agua azucarada con su poco de aguardiente.

—¡Puf!... ¡Qué calor hace!—A su vez dijo Pardales mirando el reloj.—Las tres;—y callaron, puestos á ojear todo lo que se veía.

Seguidas á la casilla donde ellos estaban, veíanse otras cubiertos el techo y tres costados con viejas lonas á guisa de telones, compuestos de sacos en mal uso, estampados de letreros, tal cual «Fábrica de harinas de Ayala hermanos» ó «Rivero é hijo, almacenistas de granos, Almendra-lejo.»

Aquellos sacos, cosidos unos con otros, tenían agujeros semejantes á criba de cernir; por ellos penetraba el sol y las bocanadas de aire los movían, echándolos sobre los parroquianos que, sentados, tornaban las espaldas á aquellas simuladas paredes y tabiques divisorios de unas y otras dependencias, donde había el mostrador lleno de vajillas de todas clases, botellas y pescados fritos en grandes lebrillos, y barreños llenos de bacalao, escabeches, fuentes repletas de carnes asadas, panes, y sobre todas aquellas vituallas, caían á su placer las moscas y la polvareda

levantada por las caballerías, que manoteaban mientras los amos las tenían de los ronzales, bebiendo en pié ellos sendos vasos de vino blanco, aguardiente ó café.

Hombres, zagalones, mujeres, mozas, un enjambre de niños, niñas, todos y todas se habían puesto á aquella hora de la calurosa tarde bajo el amparo de los techos ó de la sombra que proyectaban á alguna distancia aquellos cafetuchos y fondas ambulantes, en donde entrábanse unos á comer y beber, y salían otros cargados con envoltorios de papeles, llevando panes debajo de sus sobacos y apretándolos con los brazos al abrirse paso por entre unos y otros de los allí aposentados.

Apostrofábanse muchos á gritos, terminaban otros sus tratos, dándose y tomando billetes y gruesas sumas en plata, que sobre las empapadas mesitas de pino contaban.

Había también mujerzuelas en greñas, bebiendo y departiendo con gañanes y mayoresales de todas clases de ganados, que las agasajaban con copas de aguardiente ó vino, y que allí, en público, á la faz de todos, sin reparo alguno, las palpaban de piés á cabeza, acompañado de risotadas y chanzonetas de ellos mismos, que se reían de sus tocamientos y de las bromas que con ellas gastaban. Sus chanzas, dichos, miradas, sus requiebros y requerimientos eran de un sabor algo más que picaresco, terminando siempre en argumentos de villanos, donde jugaban principal papel sus negros, sucios y pestilentes dedos con que á las mozas hacían sus caricias.

Todo el panorama del ferial iluminábalo el sol, y los remolinos de polvo, la aglomeración de gentes, las carretas, carros y coches que pasaban por la fronteriza carretera que se extendía entre aquellas tierras llenas de zurcos con terrones y sólo acompañada de árboles que seguíanse en fila por aquel camino, que parecía verse al través de opaco cristal, distinguiéndose como entre neblinas los bultos de todo aquel conjunto, alumbrado en lo alto por la potente claridad del día, formaba un cuadro encantador.

Cuando echaron á andar de nuevo Beatriz, el Marqués y Pardales, se le unió á éste un paisano de Zaragoza, diciéndole:

—Cualquiera te echaba la vista encima.

—¿Qué quieres? No he podido hacer otra cosa...

Y atravesaron el arrecife codo con codo, por estar ocupado con mulas que trotaban enseñándolas, ó de apuestos jóvenes ginetes que iban y venían unos al paso, otros galopando y los más haciendo corvetas, ó después de caracolear, paraban en firme.

A Beatriz le entusiasmaban aquellas pruebas de equitación, la soltura de los caballos y la gallardía de los que sobre ellos iban con sombrero sevillano, chaqueta, pantalón de punto, faja, y la varita en vilo á guisa de fusta.

—Para ver caballos, en Sevilla—habló el Marqués que, por venir sudoroso y rojo como una langosta, se había atado un pañuelo al pescuezo, dejando caer por detrás las puntas simétricamen-

te sobre la nuca, y otro pañuelo se lo pasaba por la cara, empapado en olorosa agua de Colonia.

El gruñir de los cochinos en el rodeo era imponente á aquella hora en que hombres cargados al hombro con costales y sacos de maíz ó cebada, les daban de comer.

Unas eran piaras de lechones; otras de cerdos de dos años, marranos, puercas de corral ó guarrinos que comían ansiosos, dándose unos á otros con los hocicos golpes, ó derrotes que se tiraban los de afiladas defensas.

Los había negros, canosos, de color de paja de maíz, rubios, desnudos de cerdas; otros, por el contrario, cerdosos como felpudos.

La mayor parte de ellos estaban en fila comiendo enfrentados; algunos no hacían más que ir y venir de un lado á otro como si pasaran revista, y tomado un bocado aquí, gruñendo, intercalábanse entre los que en aquel chantar de mediodía no levantaban la vista del suelo; acullá algunos metíanse en medio de los que, plantados sobre el grano, ni comían ni dejábanlo hacer á otros: tal gula demostraban en su desordenado apetito.

Los hombres iban y venían cargados, con la boca del costal á media pierna, derramando el grano, y apenas podíanse sostener en equilibrio, rodeados de los cerdos, que seguíanlos con el hocico abierto y alzado, gruñendo y levantando nubes de polvo, haciendo á veces á los mayores abrirse de piernas, como si fueran montados á horcajadas, para poder caminar sin resbalarse.

En aquella planicie sin un árbol, sólo interrumpida su superficie por la dilatada charca que ocupa algunos cientos de metros, asemejándose á un lago con sus aguas teñidas por el barro cárdeno y enturbiadas con las piasas que salían ó entraban á beber, veíanse pilas de sacos llenos de granos ó carretas de las cuales descargaban costales de cebada y algún que otro sombrero formado con cuatro palos en pié derecho, con listones por columnas y techumbres ó techos cubiertos de secas ramas ó de mantas multicolores.

Y aquellos grupos de amos, compradores, mayoresales y zagales que chasqueaban larguísimo látigos de cuerdas ó estrechas tiras de cuero sujetas á mangos gruesos y cortos; y el ir y venir de unos y otros; los grupos de personas en pié ante las piasas ó sentados en los aparejos asinunos de los mayoresales y mozos; las mujeres de los porqueros, que guisaban en pleno sol, sin más resguardo en sus cabezas que los pañuelos de abigarrados colores ó flexibles sombreros de palma, unido á los peculiares trajes, eran la representación de todas las provincias de España que, como decía Pardales á Beatriz:

—Aquí está usted viendo toda la España; note usted los valencianos y los de Levante, con blusas, gorras ó esos casquetes; aquellos que parecen boleros son salamanquinos, con su calzón corto, chaqueta, la pantorrilla con esas medias y peculiares chambergos; mire usted los de boinas; aquellos otros de Castilla, y los de la manta al hombro, que con este calor nos hacen sudar la

gota gorda nada más que con observarlos. Esos son charros; los de más allá, de seguro, gallegos; éstos con sombrerozcos, portugueses, y por haber, señora, hasta de mi tierra,—acabó diciendo, á la vez que daba un abrazo á un joven de porte distinguido, al que presentó á Beatriz:

—El Barón de Calatorao: buenas frutas por su pueblo. Unos melocotones y unas peras de Don Guindo que hasta allí.

El Barón de Calatorao descubrióse. Beatriz habíale tendido su desguantada mano, inclinándola cabeza y haciéndole una reverencia.

Era el Barón muy mediano de cuerpo y con grandes bigotes negros, como para tres hombres de su tamaño. Vestía elegante; un traje completo de color marrón, y llevaba gran sombrero, parecido al de los picadores de toros.

Los dedos de sus manos estaban engarzados de anillos, como una dama. Verdad que trascendía á heliotropo toda su persona, y comenzó, aunque con afectación amanerada, á hablar un francés correcto y bien pronunciado.

Andando, andando, siguieron todos por entre aquellas pjaras de noventa y seis mil cerdos, semejante al juicio final, según calificó el Barón á la tal baraunda, que era capaz de marear y producir vértigos al más sereno de cabeza.

Y en verdad, tanto gruñido y tanto chasquear de látigos, dando zumba á los que distraídos se encogían de hombros; tantos quejimientos de los cerdos que pesaban, levantándolos en el aire atados por debajo de sus manos y piernas, con una

lazada por la barriga y formado sobre el lomo un nudo en forma de abrazadera, por el cual introducían el garfio de la romana en forma de pequeña hoz, y que una vez ensartado de esta manera quedaba el animal pendiendo bajo la cabria, lanzando gruñidos, mientras el comprador y vendedor ajustaban el peso sobre la escala de la romana, corriendo de un lado á otro el pilón, que hacía inclinarse al fiel en busca del equilibrio; con los altercados que ellos á voz en cuello sostenían discutiendo, eran para aturdir á cualquiera no acostumbrado á semejantes gritos, voces y continuos empujones.

El correr de los hombres para agarrar los cerdos que se iban á pesar; los mismos animales, huyendo espantados y llevando el azoramiento á los de cercanas piaras; tantos gorrinos en pañales, como quien dice, y por doquiera el acompasado gruñimiento, á semejanza de contrabajos de orquesta, pidiendo el pienso de la tarde, completaban el espectáculo.

—Es cosa curiosa ver estos animales, mezclados unos con otros, que en cuanto oyen los látigos, corren todos á la desbandada en busca de la piara á que pertenecen, según he observado,—objetó Pardales al Barón; el que respondió:

—Sí, más curioso aún es el que los zagalillos, entre atajos que pasan de trescientas cabezas y que parecen todos iguales, retengan sus nombres. Oiga al rapaz.

Y había un muchachón que á unas cochinas que se desmandaban las reñía llamándolas: «Ca-

simira, Casimira, Ángeles, á ver si os estais quietas».

Explicóse por Pardales el caso á Beatriz; rieron todos de muy buena gana, y guiados del Marqués, que iba cariacontecido y bochornoso de verse tan sucio por los pies y bajos de sus remangados pantalones, cuando él era un puro aseo, entraron, volviendo sobre sus pasos, otra vez en el arrecife de las caballerías y ginetes.

A la sombra de los árboles, los animales movían los cuellos, encogiéndolos y estirándolos para sacudirse las moscas y tábanos, azotándose á la vez con sus colas las ancas é ijares. Todos se encaminaron á la casita en donde Beatriz se hospedaba.

Á la puerta, Aline, que tenia puesto un pañuelo blanco sobre la cabeza, esperaba, y cuando vió á la comitiva entróse, despertando á Curro, que en una silla dormía.

El zaguán estaba acabado de enjalbegar; las paredes con cal, y las losetas encarnadinas del piso recién aljofifadas.

Beatriz entró en la otra habitación frontera, que servía como de salita, observando un gran cartel de toros colgado de un clavo sobre la pared, una mesa de pino, varias sillas de anea y estampas en el muro, que era todo el menaje.

Á derecha é izquierda se veían dos alegres habitaciones con vistas á la calle, y en el fondo del patio su poco de jardín.

—La casa—dijo Curro,—como usted ve, es modesta: no hay otra cosa. Ya los cofres y demás

están colocados. Asómese á esa ventana de rejas bajas, y verá la plaza de toros.

Pero Pardales y los demás, que tenían ganas de marcharse, cortaron las alas parlanchinas á Curro, despidiéndose tan á tiempo, que oyeron á Aline decir:

—La señora tiene el baño preparado.

XII

EN la plaza de toros no se cabía. Desde una hora antes, larga fila de hombres y mujeres, apretándose y á codazos, se esforzaban para llegar á las ventanillas en donde se expendían los billetes.

La aglomeración iba en auge, y por todos los alrededores del circo taurino llegaba gran afluencia de personas, que luchaban á brazo partido para dirigirse á las puertas de entrada.

Situada en un lado de aquella parte que en Zafra nombran *Campo de Sevilla*, la plaza de toros es parecida á la de muchos pueblos importantes de Andalucía, en la estructura y fachada. Tiene además otro sabor y color muy local: enfrente, á los costados y á la espalda rodéanla ga-

nados, cercas, casas, y una ancha calle llena de puestos, en que los mercaderes venden cocos, nueces, peros, manzanas, castañas y otras frutas.

En la circunvalación del perímetro que la plaza ocupa, hay á su izquierda casuchas, tortuosos callejones por detrás, que dan entrada á cercas de piedras, en donde se sitúan innumerables piaras de novillos, de vacas, ñojos y, por rareza, algún que otro atajo de ovejas y carneros.

En una de aquellas calles paralelas, y al costado de la plaza que da salida al campo, veíanse caballerías y bueyes, de pelentrines que tenían allí sus vivac, y junto á sus animales pasaban la noche á la intemperie.

No se notan allí lujosos carruajes; sólo algún que otro *break*, tirado por mulas; tal cual antigua carroza, resto de pasada opulencia; algún carromato cubierto con toldo de cañas, forrado con lienzo ordinario, y están aquellos alrededores ayunos de lacayos elegantes, de aparato de fuerza armada á pié ó á caballo, como Guardia Civil, Municipal ó agentes de Orden Público: el pueblo soberano se basta y se sobra para apretarse, llevándose en volandas para entrar más pronto, entre los denuestos de unos, los altercados y amenazas de otros, gritos y las castizas palabrotas tan españolas como usan nuestras muchedumbres cuando se aglomeran, apostrofándose y riñendo.

No se cabía en las gradas ni en aquellos simulados palcos, llenos por algunas señoras y caba-

llos; asientos de preferencia, de barrera; los pasillos; por doquier no se veían más que toda clase de gentes, hombres, mozalbetes, mujeres, vestidas unas imitando las modas que habían llegado á sus lugares, y sombreros femeninos que eran un jardín ambulante ó una pajarería de plumas, que en sus cabezas llevaban; otras, las más, cubiertas sus testas con pañuelos de todas telas y colores, ó dejando ver negros ó rubios cabellos, peinados la mayor parte en greñas huecas de rizos, ó entrenzados y atados que formaban un moño en lo posterior, casi caído sobre la nuca, en figura de martillo ó en lazo partido en dos, ó por delante cocas sujetas con sendas horquillas y flores.

Había algunas mantillas y pañolones de Manila, llevados por ciertas damas forasteras de no muy buen olor de santidad; muchos trajes de percal con vistosos colores; un abaniqueo incesante, y penetrador olor que despedían de sus pañuelos y personas aquellas diseminadas y sentadas hembras entre machos.

La mayor parte de los espectadores eran feriantes, y el forasterío de muchos ganaderos, mayores y capataces, que habían dejado la guardería de ganados á la gente subalterna, salidos al pastoreo de la tarde, interrumpiéndose el mercado durante el tiempo que duraba la corrida.

Aquellos hombres, ahitos de vino ó copas de aguardiente, como refrigerio para soportar, unos el cansancio, malas comidas y penalida-

des de largas jornadas al venir con los ganados; otros el caldeado cuerpo de estar todo el día al sol, gritaban con estruendosa baraunda, llamándose cuando se divisaban, y preguntábanse por mengano ó fulano, contando á voz en grito sus alegrías, penas ó resquemores. Cantaban otros tocando las palmas, ó arremetían con los bastones al unísono sobre el suelo, con marcado golpe y compás, acompañados de estridentes y agudos silbidos.

Cuando Beatriz y Pardales llegaron á la plaza, el rival de Carmelo Reyes pasaba de mula al tercer toro.

Á la entrada de Beatriz, cuando se dirigió al asiento de barrera, había sucedido un ¡ah! de admiración al verla con su falda blanca de piqué y sombrero de hombre, gris, con anchas alas; su cuerpo y chaleco, eran uno y otro como los de los toreros, llevando á su cintura faja de seda roja y amarilla.

Beatriz venía muy desazonada por no haber visto los novillos ni los anteriores toros. Adrede Pardales la hizo distraerse, entreteniéndola, cuando recibió un recado que le envió Carmelo, diciendo que el paseo habíale sentado mal y no le pedía el cuerpo toros.

Guarda-polvo, el que alternaba con Carmelo, había estado toda la tarde huyendo, como Carmelo en el toro que mató con una estocada baja y atravesada.

Guarda-polvo quiso tomar el desquite, y al ver á la francesa, pensó que Carmelo, en el toro

que le quedaba, echaría el resto, y aunque el cornúpeto de Saltillo que tenía ante sí era receloso y tardo en acudir á la muleta y estuvo flojo á las varas, comenzó á trastearlo muy de cerca, dándole ceñidos pases, los que la multitud premiaba con estruendosos aplausos.

Los espectadores estaban divididos en dos bandos. *Guarda-polvo* tenía á sus parciales, que eran casi todos extremeños, como él, nativo de Almendralejo. Su manera de torear difería de la de Carmelo en no tener flexibilidad en su cuerpo: era además altísimo, y cuando encorvábese hacia delante resultaba poco airósa su postura; pero erguido, con sus largos brazos y piernas y sus facultades, dominando la cabeza á los toros, solía darles tremendas y mortales estocadas.

Carmelo se sentó en el estribo de la barrera, y desde allí miraba al toro y á *Guarda-polvo*, que, después de los pases, había dado un pinchazo en hueso.

El cuadrúpedo, berreando, huyó hacia donde estaba Carmelo, quien, desplegando su percal, lo esperó, y desviándolo de un capotazo, lo hizo seguir corriendo.

Aquella acción del diestro esperando impasible al animal, sin moverse de las tablas, á pesar de haber tenido sus cuernos casi sobre el pecho, y la serenidad con que le palpó la cabeza y la gallardía con que alzó y extendió sobre todo el animal la capa, valióle una delirante ovación, á la que él respondió de pié, saludando con la monterilla.

Beatriz estaba emocionada después de aquel alarde sereno de Carmelo, y no le quitaba la vista.

Él mirábala transportado ante su belleza y elegancia y dábbase ánimo, pues *Guarda-polvo* había comenzado de nuevo á pasar de muleta, arrancando aplausos y aclamaciones.

Carmelo presintió que *Guarda-polvo* iba á dar una de sus estocadas certeras, pues lo veía disponerse á ello.

El toro estaba frontero á Carmelo, y *Guarda-polvo*, de espaldas, había vuelto una vez la cabeza para darse cuenta de lo que al cornúpeto distraía, y hasta intentó, con la muleta por el suelo, cuadrarlo hacia la izquierda, para tener él mejor salida y acudir al recurso de sus ligeras piernas.

Carmelo fué alzándose del asiento poco á poco, y así que estuvo de pié, movió disimuladamente su capote, como si lo recogiera, y visto por el toro incierto, dió una colada que no esperaba *Guarda-polvo*, al tirarse como una exhalación á fondo.

Aunque el estoque resultó ladeado, pues su punta salía por uno de los codillos, rodó por el suelo el animal.

Guarda-polvo no se apercibió de lo ocurrido; vino á la presidencia á saludar, y al ver entre barreras á Carmelo, que bebía agua en un cántaro, le dijo:

—Mala pata, compañero.

—Al mejor cantaor se le va un gallo,—respondió Carmelo.

El clarín había sonado, y abierta la puerta del toril, salió uno de Miura, grande, fino, bien puesto de cuernos, cárdeno y bragado.

Arremetió contra el picador de la izquierda y le mató el caballo; acorneó otro jaco y lo derribó; pusiéronle delante otro jamelgo, tirando por alto al animal y piquero, á quien Carmelo hizo el quite, tocando al toro en el testuz y quebrándolo en los mismos cuernos.

El vocerío fué imponente.—¡Caballos! ¡picadores! ¡picadores!—gritaban todos, mientras el toro, escarbando y tirando derrotes, desafiaba.

Otro nuevo caballo fué herido mortalmente, puestas al aire sus entrañas y tripas, que con el estertor de la muerte, sangrando, se las enredaba entre sus cuatro cascos.

Tuvieron que echar mano de caballerías de reserva, y hasta cuatro más mató el toro; desatentado, loco, furioso, sediento de acorpear y de oler los borbollones de sangre que por sus heridas las víctimas manaban.

El público, de pié, vociferaba é increpaba con denuestos á la presidencia, que había hecho la señal de banderillas, y con clamoreo imponente y acompasado, comenzó á pedir que las pusieran ¡los matadores! ¡los matadooooores!!...

Carmelo miró á *Guarda-polvo*, y éste, cogiendo un par de ellas, vino y se las ofreció á Carmelo, el que lo saludó, quitándose la monterilla antes de agarrarlas.

Fuése Carmelo al toro y se las clavó al quiebro, juntas y en pié.

Abrió *Guarda-polvo* sus dos brazos, y cerrándolos y apartándolos, arremetió al animal y se le puso á pié firme.

Vino un banderillero de Carmelo é hincó otro par á *topa-carnero*, saliéndose ágil de entre los cuernos; corrió otro peón y le puso al toro en lo alto dos rojas de papel que prendiéronse y quedaron colgadas, cual dos alas abatidas, á uno y otro lado.

El clarín sonó á matar. Carmelo, muleta en izquierda y espada en diestra, llegó donde Beatriz estaba y brindó:

—Por las mujeres de corazón; por Francia y España; por Zafra; por todas las hembras; por todos los presentes, y por la Virgen de mi pueblo.

Y arrojando, con un movimiento de cabeza, hacia atrás la monterilla, fué al toro, que escarbando andaba.

No se oía el volar de una mosca. Carmelo extendió la muleta: firme, sereno, altivo, gallardo, lo esperó y pasó en redondo; tornó de nuevo á pasarlo, y mirándose de frente, se quedaron como dos gallos que se disponen á saltar el uno sobre el otro. El toro arremetió con furia, y lo pasó otra vez Carmelo á pié firme, viendo las puntas de los cuernos por bajo de su brazo izquierdo. Tornó Carmelo de nuevo á citar lo, y notándolo inmóvil, arregló el paño ante él, teniendo la espada sobre el suelo; dobló su cuerpo y la empuñó.

Estaba el toro cercano á la barrera, vuelto de rabo á Beatriz y de frente á Carmelo, que, mirándola, gritó:

—¡Por tí!

Y lo recibió hasta la mano, que sacudía después ensangrentada, mientras el de Miura revolcábase en el suelo, de medio lado la cabeza y con un cuerno en la arena hincado.

Se oyeron aplausos; sombreros por el aire volaban; lluvia de cigarros caía; el abanico que Aline, entusiasmada, hábale arrojado, lo apretaba Carmelo, y abriéndolo y abanicándose, caminó hacia donde Beatriz gozosa estaba oyendo á Curro gritar:—¡Bravo, bravo, vivan los hombres con calzones!

Y Beatriz, Pardales, Aline, el Marqués, que lloraba de alegría, y el Barón de Calatorao, que se les unió beodo, se encaminaron á la casa en donde la francesa moraba.

XIII

Aquella noche, á eso de las diez, después de la comida hecha en la fonda de la estación, Pardales dijo á Beatriz cuando se subía en el *break*:

—En su casa tendremos baile: el espada le prepara este jolgorio, y sepa que allí la espera todo el *flamenquismo* y gitanería, á que se ha dado cita para agasajarla.

El carruaje rodaba por la polvorienta carretera, y Beatriz comenzó á ojear á la derecha todo el ferial, iluminado por la suave claridad que la luna difundía.

El cielo estaba cubierto con nubecillas de todos tamaños y entonaciones semejantes á si caprichoso pincel las hubiera ido pintando unas junto á otras, permitiendo á intervalos ver trechos de intenso azul tachonado de estrellas.

La luna velábanla fugaces instantes aborregadas nubes; oculta entre ellas, veíasela transparentarse como entre lechosos vidrios; su claridad era suavísima y resbalábase de lo alto con gradaciones varias, semejantes á sutil lluvia de nácar, tenue, palidísimo ámbar, ú ópalo de matices multicolores.

Veía Beatriz los mismos rediles de ganados, asemejándosele aquellos montículos de lana que seguían las sinuosidades del terreno, témpanos polares que sobreaguasen unos contra otros con fantásticas formas, que iluminaban las llamara-das que despedían las fogatas encendidas por mayores y pastores.

El airecillo extendía el humo por encima de aquellos carneros, ovejas, borros y borregos, que en pié parecían dormidos bajo aquel mosquitero gáseo que, cual sedoso y sutil tul, formaba girones, llevado ondulante por las ráfagas de la nocturna brisa.

El coche iba despacio, al paso los caballos, tañendo los cascabeles con titín penetrante, agudo ó grave, á semejanza de un lejano repi-

quetear de campanillas varias que agitaran á diapasón.

Aquella semiobscuridad del entoldado cielo; las hogueras atenuadas unas, otras cual cráteres de rojo vivísimo, ora de chispas cobrizas, ya de escarlatas ó de color de gualda-amarilla; los baticientes y sombras de las estrechas calles entre redil y redil, que semejaban profundas zanjas; algunos pastores en pié, como centinelas, arropados en pardas mantas; tal cual perro aullador respondiendo á los ladridos de alejado can; canturreos melancólicos, silbos de zagales, el cencerrear de las esquilas de los mansos cabestros, las topetadas que repercutían cuando los carneros unos contra otros topaban y golpeaban sus retorcidos cuernos, asemejando el acompasado batir de mazos de toneleros, y frontero el terraplén de la vía férrea, que se extendía sobre el sombrero talud, con alguna que otra alcantarilla como tragaluz que daba vista á tierras oscuras, formaban el nocturno cuadro que Beatriz había columbrado.

El carruaje atravesó entre dos hileras de casetas de lona, alumbradas con linternas y candelas que del techo pendían.

Numerosos grupos de campesinos, hombres y mujeres, los unos envueltos en mantas políchromas y con sombreros ó gorras cubiertos, y las otras arropadas con mantones de todos colores y tapándose sus cabezas con pañuelos azules, blancos ó amarillos, anudados bajo la barbilla y dejando ver sólo el óvalo de la cara, á semejanza

de monjiles tocas, era linterna mágica encantadora para Beatriz.

Los mercaderes, tras del mostrador de sus improvisadas tiendas de lona, no se daban sosiego, despachando cartuchos de almendras, confites, rosquillas y turronecillos varios; los afamados caramelos de Almendralejo, alfajores, avellanas tostadas, panetelas y otra variedad de dulces, que compraban aquellas mujeres con chiquillos en brazos.

El coche tomó hacia la izquierda, y con no poco trabajo pudo el mayoral llegar frente á la puerta de la casa en que Beatriz se alojaba.

Desde el umbral ojeó Beatriz de nuevo aquel *Campo de Sevilla*, así allí nombrado, con la carretera á la derecha, la alameda oscura, muchos corros de hombres y mujeres que de pié hablaban, y la aglomerada muchedumbre que salía por la calle de Sevilla, los unos que venían, los otros que pugnaban por abrirse paso.

Beatriz miró la plaza de toros, aquella vía terriza, verdadero arroyo pedregoso agua abajo, y al columbrón y luz de las entreabiertas puertas de las casas, notó el vivaquear de los vendedores que dormían al raso, junto á sus costales de pié ó tumbados, repletos de nueces, castañas, y alguno que otro farolillo, sujeto á estaca en vilo, era prueba de que el mercader velaba, vendiendo á los que acudían.

De todas aquellas posadas y tabernas desparramábanse claridades, oyéndose voces, gritos y en algunas de ellas, fuera de la puerta, había tal

cual mesa de pino con botellas, copas y vasos, y mujeres que servían á los hombres vino ó aguardiente.

Las nubes habíanse ido uniendo entre sí y obscurecido el suelo, y en lo alto, en el éter, negros nubarrones ocultaron la luna, cuando Pardales, empujandola encajada puerta, dió paso á Beatriz, seguida del Marqués y el Barón de Calatorao, que no se les separaba, y de Curro, que llegó acompañando á tres gitanas.

En la habitación cuadrada que después del zaguán estaba frontera al patio y poco de jardín que tenía la casita, Carmelo con algunas *flamencas* y *flamencos* hallábase.

Dejaron sitio á Beatriz las *flamencas*, sentándola entre ellas como presidenta en la sala, y comenzaron á elogiarla el mantón de Manila que traía echado sobre los hombros, que era de fondo blanco y flores verdes en realce.

—¡Qué calor!—dijo Beatriz, y dejó escurrirse el mantón sobre el respaldo, mostrando su esbelto talle.

Beatriz estaba vestida con ajustada chaqueta corta negra, de paño, y falda gris, de lanilla suave, zapatitos escotados y peinada con los cabellos hacia atrás, formando una corona que le caía sobre la nuca á guisa de moño ó abultado nudo. De sus orejas pendían dos aretes en forma de media luna, de oro, con rubíes y brillantes salpicados, y los dedos de sus manos los tenía casi todos con anillos de piedras preciosas.

—Es menester—dijo á Beatriz una de las *fla-*

mencas, á quien llamaban Carmen,—que se haga usted un vestido propio para llevar mantón; no se parezca á los ingleses, que se ponen de *fraque* y calañés.

A Carmen la empujó con el brazo otra, diciéndola:

—*Polla*, no seas guasona;—y agregó á su vez, dirigiéndose á Beatriz:

—Tenga usted cuidado con esta niña, que es amiguita de tomar el pelo.

Otra como de unos diez y nueve años se había levantado, y puesta de pié ante Beatriz, la decía:

—Está usted... pero superior. Como que si yo fuera hombre... vamos, que yo...

—Sin ser hombre,—la interrumpió Carmen, apartando con el brazo á Paca, que era de mediana estatura, delgadísima, pero de bonita cara y sonrientes labios, pardos ojos y dulce y melancólico mirar, nítidos dientes, aguileña nariz, con varoniles formas, y gestos, ademanes y talante desvergonzados.

Paca traía sus castaños cabellos peinados á semejanza de los de Beatriz, y usaba blusa azul ajustada, falda de seda negra y medias verdes, enseñando el pulido pié, calzado con zapatito de charol, que era diminuto.

Había Paca tomado la mano á Beatriz, sentándose muy junto á ella, hablándola al oído, y abanicándose la decía quiénes eran todos los que hallábanse allí ó los que á la sazón entraban.

—Mire usted, comencemos por las mujeres. Esa que está riéndose es Carmen, que se trae mu-

cha guasa y tiene bastante partido cuando canta: siempre viste de negro desde que se murió el novio que la había perdido. La otra es Soledad: ¡vaya una *cantaora*... que hasta allí! Le da por las telas moradas y las *medias azules*; y esos pelos que parecen un nido...; pero cuando canta y echa gorjeos... con los ojos en blanco... se ponen los hombres como si les hubiera entrado el mal de *San Vito*. ¡Jesús y cómo los pone la *indina*! Aquella que habla con Carmelo es la Salomé: ¡vaya *caló*! ¡y qué gitanilla con sus veintidós Abriles! Mírela qué cintura, y ¡vaya un par de nalgas! y qué espaldas; y de muslos, piernas y pantorrillas hasta allí; y con los piés no toca el suelo cuando baila. Véale la cola de la bata, que es como la muselina; mírela por delante. ¡*Ajú!* y qué brazos y qué cabeza, cara, ojos, labios, boca y dientes; y qué pechos; no lleva corsé ni trae puesta más que la camisa; usa cortas medias negras y sin ligas, y esos chapines que á lo mejor tira por alto, como quiera ella que nos meemos de risa...

Beatriz, que miraba de hito en hito á Salomé, interrumpió:

—He visto un cuadro pintado y es bien así la Salomé de Regnault.

—¿Quién, ella?— preguntó Paca.

—Nó, un cuadro de un Museo en París.

—¿Y qué más cuadro de gitanas que esa y su prima, la delgadilla que está junto á Curro? ¿Le parece á usted poca pintura? Parece un muchacho; y canta que da gusto oirla.

Como Salomé, traía puesta una bata ceñida á la cintura, de larga y hueca cola de percal, con golpes rojos y negros sobre fondo blanco, y parecía, en efecto, un muchacho vestido de mujer, por lo delgada, escaso cabello, raso pecho, y peinado, que era un puro rizo, por tener corto el pelo, según dijo Paca.

La bata semejaba no alojar cuerpo bajo de ella, y los brazos desnudos eran flacos, con pequeñas manos y afilados dedos. Una cinta encarnada ceñía la garganta; chinelas de raso negro sus piés cubrían, y sus ojazos negros salíanse de las órbitas. Eran carnosos los labios y entre ellos blancos dientes y dilatadas comisuras dábanle aspecto extraño, más de india que de gitana.

—Es muy ardiente, y como se ahogare no cesa, y dale y dale, se está las horas enteras en el mismo sitio, sin mudar ni mover los piés, bailando que se las pela con todo su cuerpo, como egipcia: eso dicen de ella los extranjeros.

¿Y qué le diré de la chiquetina que está junto á ella? Esa es la mar con peces de colores: dicen que le habla á *Guarda-polvo*. Para que lo entienda, siempre que oiga decir de mujer ú hombre en Sevilla, «le habla», significa que ó son novios ó lo otro: ¿cae usted, mi alma? Esta niña cuando está á la vera de ese hombre, parecen la L y la I, pues no le llega ella á él á la cintura; es un decir; pero lo que tiene de pequeña le sobra de puro traviesa, ¡que es más malita...! Él lo sabe y es barbián que no se le escapa *ná*: si le hiciera una trastada y ella lo engañara con otro,

la arrancaba... ¡qué sé yo! como que es un animal, y no está aquí, porque estos matadores de toros, cuando no cumplen bien en la corrida, «quedando mal», como por acá decimos, se van á sus casas, acuéstanse con el morro á la pared, ni comen, ni beben, ni hablan, y no hacen más que decir: «que le den al ganadero almendras y á sus toros chuletas y Jerez, que son más mansos... que vamos»; y sueltan algún apellido que lleve cuernos. Pero sepa usted que es al revés cuando han salido con suerte, pues no se les puede aguantar: mire usted, se plantan en la calle de las Serpes de mi Sevilla la noche después de haber toreado por la tarde, y allí no se oyen más que estocadas por arriba y por abajo, y traigan vino; y después la cojen con una, y como nos *descudimos*, á golpes nos aporrean cuando estamos de *juerga*.

Para que usted lo sepa *tóo*—continuó Paca,—esa alta y flacucha es la *Remendá*: como sus cabellos en maraña, tiene el alma. Le habla á un banderillero; y porque supo que éste en Francia tuvo su *aquel* con una, ella lo emborrachó, y dormido, le cortó la coleta, y él, al siguiente día, la dió tal *meneo* que la hizo polvo: pero ella le metió unas tijeras por bajo del sobaco y por poco se muere; la tal ha estado presa más de dos años. Pero, amiga, canta con sentimiento, y siempre la verá toda de luto, y con sus pelos vueltos hacia atrás y esa cara llena de pecas como una criba y los dientes salidos; pero *pa* coplear, hasta allí: como su prima, esa rubita

que aún no ha cumplido los diez y seis y vuelve *tarumba* á los hombres con el cante y baile; vamos, los pone como tenga cuatro copas, saltándose y topándose como los carneros.

Beatriz se levantó, dirigiéndose á la próxima estancia, en que tenía su dormitorio, seguida de Paca, que hizo un guiño á Carmen, sacándole la lengua y poniendo los ojos en blanco.

Comenzaron á llegar más invitados; tres hileras de sillas habia en la sala; frente á los asientos reservados á Beatriz estaban varios tocadores, que templaban sus bandurrias y guitarras muy por bajo, y casi todos al mismo diapason.

En uno de los testers, formaban corro á Carmelo, Pardales, el Barón, el Marqués y dos ganaderos de reses bravas, que habían venido á dar la enhorabuena al afortunado diestro.

Era uno alto, grueso, de rojizo rostro, abultadas facciones, espesas cejas canas, como su bigote, mirada torva, ancho y cargado de espaldas; vestía traje de americana y pantalón de jerga inglesa, chaleco de fantasía como de estambre azul, con marcados golpecitos de seda negra, cuello de camisa en pié con dobladas puntas, corbata roja de raso con un alfiler simulando pequeñísima herradura de oro y brillantes. Sus manos, como los piés, eran enormes, enguantadas unas, y los otros con botines adatilados de becerro, con doble suela y respuntes á la inglesa, y cuando andaba hacíalo con alguna dificultad y entreabiertas piernas, llevando generalmente su mano izquierda metida en el bolsillo del pantalón.

Un hongo negro cubría su cabeza, y de los hombros hasta los tobillos un abrigo de los llamados *ranglán*, y á la moda. Altercaba con el otro colega, bajo de cuerpo y grueso, con cara redonda cual luna y mofletudo; barba rojiza, pronunciado abdomen, ataviado de americana oscura, apretada y corta, pantalón con cuadros negros y blancos y flexible sombrero de oscuro paño que entre sus manos estrujaba, diciendo:

—Nada, Don Eladio, sus toros llegará un día que no los mate nadie.

El otro sólo contestaba:

—Pues los tengo gordos; ahora he mandado una corrida á Játiva y me quedan siete que encajonar.

—Sí, no lo dudo; pero están cada día más difíciles.

—Están gordos,—y no había quien lo sacara de la gordura y «están buenos», sin contestar á las preguntas, ni daba más respuesta que bajando hacia el pecho la cabeza ó echándola hacia atrás, y sonriéndose.

Carmelo sostenía que mientras más bravos eran los toros, «más bien embisten á la muleta y mueren con más nobleza», decía. Y agregaba:

—A mí que no me vengan con toros de esos que cuandobrilla el estoque vuelven la cara para ver por dónde *juyen*, y no hay quien los mate.

—Pero oye—dijo el ganadero obeso;—¿tú crees que al *Frascuero* se le quedaban en pié?

—¡Qué he de creer, si ese *arrastrao* con la vista les daba *mulé!*

Rieron todos los que en la sala estaban bebiendo copa tras copa de aguardiente y vino que desde hacía media hora Curro y una chiquilla repartían á diestro y siniestro.

A la chiquilla, que llevaba la bandeja cogida con las dos manos, unos la palpaban, las mujeres dábanla besos en la boca, en los ojos y orejas, y Carmen, cuando la tuvo frontera, la besó casi debajo de la cintura por encima del vestido, diciendo:

—Vas á tener mas *aquel...*, vamos, como que ya cuando bailas dislocas á los hombres.

La chiquilla Coral le sacó la lengua, y, pasándosela de uno á otro lado entre sus labios la dijo:

—Que te limpies, guasona.

En el corral de la casa colindante una murga dejábase oír, tocando una pausada habanera. Al patio se habían salido muchos de la sala con copas y botellas en las manos, huyendo del calor sofocante y de la aglomeración que allí había.

Beatriz, teniendo á Paca á su lado, levantó cauta un visillo de la ventana que al patio daba y comenzó á ver los que bailaban la danza americana.

—Eso se llama el *agarrado*,—dijo Paca; y pasó su izquierda mano y brazo alrededor del talle de Beatriz, que buscaba un objeto en su saquito de viaje, que ante sí tenía sobre el poyete de la ventana.

Con su derecha mano, Paca sostenía levantado el visillo sin apartarse de Beatriz, que no paraba mientes en aquel estrechar.

—Mire usted—hablaba Paca—cómo bailan los *indinos* y qué juntos: están borrachos *perdidos*. Aquel gitanillo de chaqueta y todo de negro, es *Juanelo*: baila un tango que enloquece. Su pareja está *derretida*, ¿no la ve usted? Es la de marras, la *Remendá*. ¡Grandísima *arrastrá*, cómo mueve las caderas! ¡Y se pega como una lapa! ¡Mire, mire á la *Polla*, que le dije habla á *Guardapolvo*. ¡Ay, si la viera él, qué tollina la daba!

Bailaban todas muy arrimadas á los hombres, dando pausadas vueltas al compás de la cadenciosa murga, exagerando los movimientos de caderas y ciñéndose de tal modo, que sus cuerpos parecían uno, y los hombres las estrechaban con la abierta diestra sobre la espalda y otros con la otra mano las tenían agarradas el cuerpo por el costado opuesto, atrayéndolas hacia ellos.

Beatriz columbró á Aline con su boina caída de lado, bailando con el Barón, y tan junta y desmadejada que, extrañándose de ello y por no perderla de vista en aquella obscuridad del patio, siguióla con la mirada hacia el jardín, notando á otros que también bailaban allí, entre ellos el Marqués con un mozalbete gitano, gallardo y como el carbón su rostro, manos y traje de pies á cabeza.

—Ese que baila con el Marqués—dijo Paca—es el *Tieso*; toca la guitarra y se baila un zapateado que es el *disloque*—y se ciñó á Beatriz, que al fin había encontrado su portamonedas, lleno de luses de oro, costándola trabajo librarse de Pa-

ca, que al soltar el visillo la besó en el cuello y refregó sus labios, suspirando y diciendo:

—Huele usted á gloria... ¡Ay! qué aroma más rico el de su cuerpo y su pañuelo: como que dice Curro que es usted como un pato, que siempre está en el agua.

Y se dirigieron á la sala, que comenzaba á llenarse de nuevo por haberse detenido la murga y empezado á tocar las bandurrias y guitarras.

Beatriz, desde su asiento, teniendo junto á Paca, contemplaba todos aquellos ojos negros, semblantes cobrizos de hombres y mujeres con sus típicos trajes.

Las mujeres en sus miradas despedían chispas con los abiertos párpados, sonrientes labios, alegrías locas y movimientos que hacían con sus caderas, siguiendo el compás de la música. Aquellas hembras parecían enajenadas con la excitante movilidad que sus cuerpos sobre las sillas tenían, áempujones unas con otras, y lanzábanse sus pañuelos ó se embadurnaban con polvos de arroz, restregándose las moteras sacadas de cajitas cilíndricas que tenían en sus manos, mirándose en las tapas, que eran redondos espejos.

Salomé de un salto se plantó en medio de la sala y comenzó, moviéndose á compás, por ponerse un sombrero negro de anchas alas tumbado sobre los ojos, y se recogía la falda por delante con su diestra, mientras con la izquierda mano, estirando el brazo, desplegó y extendió la cola de la bata, que quedóse ahuecada cual si fuera un antiguo miriñaque.

Las bandurrias y guitarras apenas se oían, el palmotear era quedo, acompasado, suavísimo, y coreo semejante á gorgoritos, con acentos y respiraciones largas de Paca, ó aspiradas y breves de Carmen, mientras Salomé, bailando, describía los movimientos que la suavidad de sus voces marcaban, como maestro de orquesta, llevando á compás sus movidos brazos, transportado cuerpo y piés, que iban y venían, siguiendo el artificio de aquel canturrear, con aquellas voces graves, agudas, sonoras, contrapuestas á veces de suaves y alegres armonías, aunque diferenciadas en maneras varias con los acentos que exhalaban en diversas tonalidades, pues la de una era de tiple, la de otro de barítono, quién de bajo y hasta las había de tenor y contralto.

Arreciaron las voces: Paca y Carmen suavizaban las suyas al diapasón que descendían de tono las bandurrias, pues los dedos de los tocadores apenas raspaban con rasgueos las tirantes cuerdas.

Salomé desbordó su furia hacia atrás, hacia adelante; sus plantas apenas si tocaban el suelo, y su bata seguía el vaivén de su cuerpo, ondulaciones de sus caderas, como respondiendo á los gritos de ¡toma y toma! ¡dale y dale! ¡orza, orza! conque la jaleaban, pues el concurso animóse enardecido, mientras con las palmas sostenía la medida del canto y gozaba con los movimientos, desenfados brutales y arremetidas de vientre avante y atrás, con que la Salomé esforzabase anhelosa, hasta que suspirando largo

y entrecortado, con suave balanceo movía el cuerpo á uno y otro lado como quien cierne, y estremecíase á pié firme, disminuyendo los giros y vueltas voluptuosas que describía, dejándose, al fin, caer sobre una silla, á donde de un brinco llegó, tapándose la cara con las alas del sombrero, que ocultaba sus labios de arrebol.

De pronto, en medio de aquella algazara y trincar de copas de vinos y licores con que todos acogieron la pausa y asentada de Salomé, se abrió la puerta de la calle, entrando una tapada, que de un salto se plantó en la sala, interponiéndose y abriéndose paso por entre aquellos apiñados cuerpos de hombres y mujeres.

Todos la hicieron plaza.—¡Lolilla! ¡Lolilla!—gritó Curro, y ella, con su cabeza altiva, en greña, cual carbón, á cierra ojos, es decir, sin reparar en inconvenientes ni detenerse ante los riesgos que podían ofrecérsela, abriendo los brazos, dejó caer á un lado y otro el rojo mantón como dos alas abatidas; y apretada de pecho y cintura tal cual era, limpia en las sayas y vestido, como lindísima en su rostro y corte, con ademán brutal blandió en su diestra un cuchillo corto y afilado y arremetió á Beatriz, gritándola:

—¡Te voy á pintar un jabeque en el rostro, so gabacha!

Pero Curro, como un rayo, alargó el brazo y recibió la puñalada, á la vez que Pardales, con las dos manos, asióla por la espalda, tirando hacia atrás á la celosa vengadora.

Al ver á Curro herido ensangrentar el suelo,

las mujeres y hombres, empellón sobre empellón, fueron tomando la salida á todo gritar y corriendo.

Acudieron vecinos, pacíficos transeuntes y dos guardias civiles y un cabo que pasaban á rondar por aquellos alrededores, y despejaron la entrada de la casa, y prendiendo á Lolilla, quedaron en la sala esperando que viniera el requerido señor Juez, que acudió y tomó declaración á todos, ordenando llevaran presa á Lolilla, que sacada entre dos guardias por la puerta trasera del corral, se fué vociferando:—¡Franchuta, ya las pagarás todas juntas algún día;—y al oír esto Beatriz, se le fueron y vinieron los colores, se le anublaron los ojos y cayéronse sus brazos, desmayándose.

A Curro había comenzado á hacerle la primera cura Pardales á la presencia de los pocos que allí habían quedado.

Beatriz, vuelta en sí, tenía el rostro cual cera. Carmelo no se inmutó, y los otros estaban con caras cenicientas, azorados y acontecidos.

El señor Juez, que no había hecho más que mirar de piés á cabeza á la francesa, tras de una hora de preguntas y respuestas, se fué.

Á Curro le acompañó Carmelo con otros, y Beatriz y su criada se quedaron solas, diciendo la vieja de la casa:—No hay cuidado,—mostrando cómo ponían trancas á las puertas.

XIV

PARDALES había dicho al salir:—Allá voy; sigan ustedes;—y se dirigió por detrás de los puestos y chozas hacia la carretera de la estación.

Por qué diablos iba por allí, él no se lo explicaba: abría la boca, aspirando como pez con anzuelo; daba traspies, habiendo vomitado junto á un árbol, con ansias que lo hicieron agarrarse al tronco, encorvado de cuerpo y entreabierto de piernas. Después soltó un ¡ah! de satisfecho, y dirigióse á la carretera en dirección de hombres y mujeres, que junto á él pasaban transitando.

Por el balar de ovejas y apagados sonidos de los cencerros de los mansos cabestros, y algunas que otras voces de pastores y ladridos de perros, se dió cuenta de lo cercano que de él estaba aquella multitud de piaras, por entre las que había caminado con Beatriz casi toda la anterior mañana.

Echó á discurrir pié tras de pié, y casi á tien-

tas, sin dejar la carretera, llegó junto á las casuchas que había columbrado.

Oíase dentro de ellas por entre sus abiertas é iluminadas puertas con el resplandor de luces interiores, voces, gritos, risotadas, canturreos á medio entonar, y roce como de muchos vidrios que toparan unos con otros.

Las casetas se extendían en fila: eran unas diez á lo sumo, todas iguales, bajas de techo, cubierto con tejas, enjalbegadas de cal las exteriores paredes, y con puertas estrechas, no muy altas.

Pardales, guiado por la luz cual insecto, dirigióse hacia allí, y apoyándose en uno de los árboles de la carretera, miró hacia dentro de una de ellas, cuya puerta frontera á él estaba.

Era la habitación cuadrada y con ceniza cal teñidas las paredes. En el fondo de la estancia un tabique frontero tenía un hueco á guisa de puerta, y sobre él colgaba de arriba abajo una cortina de percal encarnado.

De la parte acá, había á la izquierda de la cortinilla, un mostrador de pino, lleno de botellas, vasos, copas y unas fuentes con comestibles.

Detrás de la mesita, sentada, una mujer obesa, con los hombros subidos hasta las orejas, rostro cual ovalada luna, hundidos ojos, aplastada nariz y gruesos labios y boca; despachaba vino y aguardiente á los parroquianos, que sentados en sillas de anea adosadas á la pared estaban.

Pardales contó con la vista hasta diez y siete personas dentro de aquel chiribitil, escondrijo bajo y estrecho en donde encajonados se hallaban tantos humanos cuerpos.

Pendía de las vigas del techo un farol que, alumbrándoles de medio cuerpo arriba, dejábales casi á obscuras de cintura abajo. Tenían copas en las manos casi todos los presentes, y sólo se levantaban de sus sitios, acercándose al mostrador, para que aquella mujer, hipopótamo de carne humana, se las colmara por turno, mediante los diez céntimos que por cada una iban tirando sobre la amarillosa bandeja de metal que ante sí tenía la bestia de desnudos brazos.

Eran los concurrentes en su mayor parte mocetones y mozalbetes, hombres de mediana edad y hasta alguno que otro viejo, vestidos con burdos pantalones, varios con zahón y las chaquetas colgadas de los hombros sobre la espalda ó tapándose por delante; otros en chaleco ó en mangas de camisa, habían enrollado las chaquetas con la faja y teníanlas sobre sus piernas para abrigarse el vientre.

Discutían sobre animales; en totalidad aquella asamblea era de ganaderos, zagales, porqueros y demás gente menuda, que tenían al otro lado de la carretera, en los rediles, las piaras de sus amos, bajo aquellas neblinas.

Varios de ellos, en pié, no se apartaban de la mesilla-mostrador, copeando sin cesar, ó fumaban y vertían sobre el terrizo suelo los buches, é inflábanselos como bolsas sus mejillas, al cerrar

la boca, llena de aquellas turbias aguas con que refrescábanse el interior de sus paladares y gargantas, ardorosas del aguardiente que sin cesar bebían y de cigarrillos que no se quitaban de los labios.

El humo hecho girones, en remolinos, flotaba sobre ellos, salía por la puerta en estela y reflejábbase, iluminando el suelo á alguna distancia de la entrada.

Pardales se había aproximado á la puerta y puesto de medio lado junto al marco, y asomando la mitad del cuerpo, dejaba libre la salida.

Desde allí escuchábalos departir, y sin parar mientes en que él estuviera, ellos proseguían su discusión.

—Cual la *Chatilla*,—dijo señalando á la obesa vieja un mozalbete como de veinte años,—no tiene ninguna mujer: ¡vaya una niña zalamera y cariñosa!

—Pues mira,—arguyó un muchachón gordo, al parecer de la edad del otro, con rotos zapatos, pantalones que enseñaban por las rodillas su cutis negro, en mangas de camisa y un pañuelo como venda alrededor de la frente, que le caía sobre las cejas. Tenía nariz aplastada y boca grande con dientes blanquísimos, ovalado rostro y dos orejas pequeñas y en forma de higos secos:—pues mira que la *Chipitina* aguanta, *camará*, lo que ninguna: ya lleva más de catorce esta noche.

—A callarse, y al avío,—dijo de detrás de la mesa la bestia humana que agitaba su mole sobre la silla, moviendo sus manos, que metía en un le-

brillo, lavando las copas en agua negruzca y que era una pura melaza,—cada una hace lo que puede: para lo que las pobres ganan...

Las palabras últimas de la vieja los alteró un poco; comenzaron todos á meter los dedos de las manos en los rajados bolsillos de los chalecos ó blusas, y entre risotadas, palabrotas, brutales ademanes de los que se esperezaban extendiendo sus brazos ó cuando alargaban sus piernas, tropezábanse unos con otros, y riéndose, se nombraban en chanza por los motes ó apodos con que se conocían.

Es frecuente entre la gente de campo ponerse motes: igual ocurre en las ciudades; pero entre los campesinos no lleva el estigma del ridículo, sino recordar alguna particularidad que distinga al así apellidado, ó de la familia de quien descien- de ó pertenece.

La maldad de las ciudades encubre otra intención al motejar á las personas ó familias; y los sobrenombres campestres abrevian el pronunciar apellidos que no siempre se recuerdan, siéndoles más fácil el pseudónimo que ellos se aplican.

—Oye tú, *Empalmao*,—dijo la vieja á uno altísimo, de pequeña cabeza y rostro, talle corto, largos brazos y descomunales piernas y piés desnudos y pequeños,—si quieres entrar otra vez, hasta que no pasen once, no puedes: te lo digo por si gustas ir junto, á la otra casilla, donde está mi sobrina, hazlo.

Rieron todos del *Empalmao*, llamado así, en

verdad, por ser de tan colosal estatura que no les cabía en la mollera fuera aquel mocetón con sus treinta años, de una sola pieza, como dijo un bizco pequeñito y sin dientes y por añadidura algo tartamudo, que tirándole de la blusa al *Empal-mao*, le tendió la mano, diciéndole:

—Anda, dame tres perrillas chicas que me hacen falta.

—¡Que te he de dar, escarba-dientes: yo no sé cómo el ama te deja estar aquí.

—Porque pago y tengo lo que cualquiera de vosotros. A ver, no parece sino que uno...—é intentó desabrocharse la portañuela; pero el ama le tiró el agua de un vaso, gritándole:

—¡Granuja! ¡Sinvergüenza!

—¡Es usted una guarra, cochina!—gritó el bizco:—¡ladrona, logrera, que está usted bebiéndose la sangre de esas mujeres!

—La sangre, nó; yo diría... vamos, pongo por caso,—agregó un vejete casi consunto y encorvado que rasgueaba entre ellos una guitarrilla y á quien la mujer no había querido dar una cajetilla de cigarrillos de contrabando que la exigió y pidió como precio de lo tocado;—la sangre nó, rediós; sino hasta los tuétanos saca á.... *pajolero* mundo: ¡si debían ustedes pedir á ésta que devolviese la mitad!...

Pero la mujer requirió un cuchillo que sobre su delantal tenía, y blandiéndolo, gritó:

—¡A ver quién es el guapo que me tose,—y lo movía á diestro y siniestro.

Comenzó á puntear el viejo y con apagada voz

cantaba unas coplillas, entre ellas una que decía: «Y ató á su pierna una encarnada liga,—¡y qué pierna! ¡pierna!»;—y todos repetían:—«¡pierna, pierna!»

La cortinilla roja se descorrió, saliendo dos mozalbetes: el uno traía colgado sobre el hombro el zahón, que llegábale hasta los piés; el otro debajo del sobaco apretaba su chaqueta y chalequillo, y con el sombrero hacia atrás y empuñando una chivata, dijo al compañero:

—¡*Camará*, y qué peonada! Como que la chiquilla es más zalamera que una becerra mamona.

—¿Y... pues la mía?—respondió el otro, teniendo puesto el zahón á manera de talma;—suspira que es el delirio.

Pagó unos cinco reales, una peseta en plata y en cobre el resto, y el otro, después de contar hasta quince monedas de diez céntimos, bebiéndose una copa de aguardiente, le tiró el puñado en un cajón que debajo de la mesita sacó y presentó la mujer, diciéndole:

—Haya salud; y que vuelvas, hombre. ¡Cómo has crecido, barbarote! ¿Qué edad tienes?

—Aún no he cumplido veinte y uno.

Asomaron tres mujeres las cabezas, habiendo descornado un poco la cortina, y gritó una de ellas:

—¿A quién le toca?

Pardales había introducido su cabeza por entre el marco de la puerta y las vió.

Uno de los presentes había casi descornado la cortina, asomándose tres mujeres, semejantes á

las tres Gracias. Algunos de ellos, extendidos sus brazos con copas en las manos, se las acercaron á los labios; pero ellas cataban y escupían el aguardiente.

Una era delgadísima, morena, fláccida de pechos y sólo la cubría camisa corta, con el cabello suelto y brazos, piernas y pantorrillas desnudos. Otra era de abultadas formas; estaba desnuda, y con una toalla bisunta por lo sobada, tapábase del cuello al bajo vientre, tenía puestas medias negras y ligas rojas y peinado en rizos todo su cabello. La tercera, casi una niña, llevaba una camisita de piés á cabeza, desnudos sus piesecitos y enseñando sus delgadísimos tobillos.

—¿A quién le toca?

—¡Qué! si yo estaba antes.... Acuérdate que *enenante el Cachorro*....

—Nó, si yo llegué cuando salía el *Jabato*.... ¿verdad que entonces...?

—¿A quién le toca?

.

A la vez que comenzaba á amanecer caía menuda llovizna, presagiando un día de Octubre húmedo y nublado.

Ráfagas de aire apiñaban en el cielo aquellos pardos nubarrones, y Pardales, balanceándose sobre sus piernas, veía el ferial al través de las sutiles neblinas.

Todo se agitaba; ruidos, voces, gritos, aglomeración creciente; de las bocacalles aflúan á centenares hombres y mujeres; llegaban mulos y

mulas en tropel, chasqueaban látigos, sonaban cascabeles, dábanse vivas unos á otros.

Pardales hablaba solo, diciendo:

—¡Canalla de gobernantes! ¡País imbécil, sin instinto de conservación para su juventud y que no sabe darse la forma de Gobierno que le hace falta!

Y mirando hacia las casillas gritó con los puños alzados y apretados:

—¡Atajo de carneros!

XV

Á los ocho días de herido Curro por Lolilla, se presentó en Villa-Aldaba, su pueblo, sano y salvo, alborotando como si tal cosa hubiese pasado: él solía hacerlo cuando iba á descansar en el intervalo de días que, entre corrida y corrida, le quedaba para solazarse entre los suyos.

Curro no tenía más allegados que una hermana mayor de edad que él, y como compañeros, sus galgos, perdices enjauladas que le servían de reclamo, dos podencos engarabitados, varios gallos ingleses de pelea y una jaca pelinegra, á la que él daba mucha fama, á pesar de que, por puro vieja, mansa y reparona á causa de faltarle la vista, nadie ofrecía por ella el más infimo precio.

Es Villa-Aldaba uno de los más lindos pueblos de la provincia de Sevilla y que conserva mejor aspecto de árabe.

Situado en la margen izquierda del Guadal-

quívir, su emplazamiento topográfico es original. Fronteras al río casi todas las casas, separadas de las márgenes ancha playa de guijarros y arena que parece expeler carmín: tan rojiza y brillante está cuando el sol alumbra.

Esta playa abierta, sin tarajal en sus bordes, sobre la cual sólo se ven algunos botes embarrancados y de medio lado, con sus quillas pintadas de azul ó verde; alguna que otra barca de las que sirven para pasar los transeuntes de una á otra orilla, barcas que van ó vienen con las tendidas maromas de cuerdas, de las que tiran los barqueros á pulso, haciendo hender las aguas á sus embarcaciones; redes acostadas sobre la arena, secándose ó pendientes de palitroques en vilo, formando cuadros como rediles, y ropas puestas á secar al sol, tales como camisas ó calzoncillos, refajos de bayeta amarilla ó encarnados como amapolas, le dan aspecto todo lo más africano que imaginarse pueda.

La calle central tiene su entrada entre dos casas de planta baja, con techos de tejas encarnadas y sus junturas y canalones blanqueados con cal.

Aquellas dos casas fronteras en que comienza el pueblo son dos ventas, y ante sus puertas hay cobertizos sin paredes, cubriendo sus techumbres frondosas parras que se extienden enredadas caprichosamente.

Vista desde la otra banda del Guadalquivir Villa-Aldaba, no puede ser más pintoresco el aspecto de su caserío: alguno que otro mirador y

azoteas, torrecillas y almenas, oscuros paredones, huertecillos y jardines con tal cual ciprés, eucaliptus, álamo blanco, algunas acacias, naranjos de elevada copa, corralizas de las casas, calles transversales que dan salida al campo, formando una cruz con la principal vía, que desde la entrada del pueblo, frente al río, comienza con empinada cuesta, lo atraviesa y desciende después para salir hacia el egido, y algunos huertos y matas de olivares cercados con pitas ó con vallas de tierra ó zanjas.

Las casas son casi todas de planta baja, con su entrada principal, ventanas con rejas y celosías ó puertas con cristales, y tanto las paredes como sus frentes, están encalados, cual si los acabaran de enjalbegar con nieve: tan blanco y fresco espejismo ofrecen á la vista.

Aunque la calle está en cuesta, hállase empedrada con gruesos guijarros y las aceras parecen mosaicos por los menudos y variados tonos de sus guijos en las entradas de las casas.

En los muros frontiles de algunas azoteas suelen verse macetas con plantas y flores, y en los tiestos y arriates de los patios que se divisan al través de las cancelas, también flores y plantas colúmbranse al pasar por ante las abiertas hojas de las puertas, ya pintadas de verde, ya de blanco, á que el tiempo ha dado cenizosa patina.

Ni grandes ni chicas, casi todas parecen iguales en su distribución interior, que consiste en puerta con zaguán de entrada, al que suelen tener salida dos habitaciones; portón de madera ó

cancela de hierro, verde ó blanca la pintura; salita con puerta al patio, y otras habitaciones que siguen á derecha é izquierda del mismo, y de ellas la última suele ser la cocina, junto al comedor; y agréguese á esto que cierra el patio alto muro, que lo divide del corral, y que en este sitio suelen estar el pozo y el pilón, algún soberado y muchas macetas, con alguna trepadora enredadera sobre las paredes, ya con jazmín, heliotropo, dama de noche y otras plantas de recreo, solaz de las mujeres y jóvenes que dedican sus ocios al cuidado de ellas, y á sus nardos, claveles y gallinas.

Yérguese la iglesia con torre semejante en forma, pero no en altura, á la Giralda; divísanse por detrás, hacia la izquierda del pueblo, un campanario de cierta ermita, y la chimenea cilíndrica y altísima de una fábrica que elabora aceite de orujo.

Los vecinos de Villa-Aldaba, en su mayor parte, ó son braceros que se buscan en el campo el sustento diario, ó colonos que siembran su pegujal por aquellos cortijos, repartidos á ellos mediante el pago de un tanto por aranzada.

.....
.....
Curro, con su alforja de rayas en colores al hombro, y el paraguas y la maletilla cargados por un muchacho, pues él traía el brazo herido en cabestrillo, subió la breve cuesta al salir de la barca, y sentándose en una silla de anea bajo la parra, gritó:

—¡Hermana!

—¡Jesús, Jesús, qué aparición! Pero ¿por qué no has avisado? Me dijo Frasquito que eso no ha sido cosa. ¡Válgame la Virgen! ¡Si es la más celosa mujer que hay en España esa Lolilla! Ya lo decía yo anoche á la comadre, que eso iba á acabar mal.

Y apareció desde el interior de la venta la que ella llamaba la comadre, una mujer de cabeza gorda, ancho rostro, cuerpo de cintura arriba disforme, con tetas como las de una vaca holandesa, que reposaban sobre su abdomen, asemejando toda ella, por delante y por detrás, un tonel, con gordos brazos y menudos piés y manos: era bizca, rubia, la boca con blancos dientes, y por todo tapamento á sus carnes, un monillo suelto y una falda de percal azul con puntos blancos.

—Y no será la última que haga,—dijo.— ¡Que si es celosa! Que se lo pregunten á Araceli: la volvió la cara al revés de *bofetás* porque le bordó á Carmelo las letras de un pañuelo para regalárselo el día de su santo.

—¿Querrás almorzar, Curro?

—¡Tengo un hambre!...

Y la comadre, agarrando las alforjas, la maleta y el paraguas encarnado, bamboleándose y arrastrando sus piés, que llevaba en chanclas, se internó en la habitación.

Remedios, la hermana de Curro, trajo una silla baja, y sentada junto á él, contó:

—Desde que te fuistes no he vendido más que café y copas de aguardiente, y de éste debo más

de seis arrobas; los otros barriles están en tu cuarto, sin abrir.

—No hay que apurarse, hermana, traigo para todo.

—Pero ¿qué *arrastrá* de franchuta es esa? Mira no sea una *pirandona* que le limpie al Carmelo y lo deje...

—¡Quiá! ¡Tiene ella más guita!... Y va á venir aquí...

—¡Santos cielos! ¿Y á dónde?

La comadre vino, y poniendo frente á Curro una mesita baja de pino, extendió una servilleta, diciendo:

—Toma jamón, una rosca, esa media de vino y carne de membrillo, y ahora te traeré los huevos fritos.

—Bueno está. ¡Válgame Dios! En cuanto uno falta de aquí cuatro días se lo comen ustedes todo. ¿Y las perdices en escabeche? Dejé seis...

—¡Bueno!

—¿Cómo bueno? ¿Dónde están?

—¿Dónde han de estar, *arrastrao*, sino en el buche de Paca y Carmen? Anoche estuvieron aquí y se las comieron, y en prenda me dejaron esta moneda.

—¡Por *via* del demonio! Esa es una moneda de cuarenta francos que les habrá dado la francesa. A esa mujer la *despluman*.

La noticia de haber llegado Curro la propaló el chiquillo, á quien dió una peseta por traerle los bártulos.

Corrió el muchacho y se lo dijo á su madre,

que vivía al final del pueblo, no sin ir antes vociferando por la calle: «Curro ha llegado.»

Como gallinas que cacareando salen del corral, fueron asomándose á las puertas de las casas las mujeres, muchachas y mozalbetes.

—Comadre, que ha llegado Curro.

—Oye, vecina, que Curro trae el brazo partido.

—Niña, ven, que á Curro le han cortado el brazo.

—¡Mariquita! ¡Mariquita!

—¿Qué quieres?

—Oye, mujer, que está en la venta de su hermana Curro, y al pobrecito le ha arrancado el cirujano el brazo y no tiene ni zoquete.

—¡Jesús! ¡qué atrocidad!

—¡Pues bueno lo han dejado!

Y muchas echaron á andar, y á poco rato no se cabía dentro de la venta.

Como Curro apenas contestaba á las preguntas, mirábanlo con avidez, y hasta algunas palpábanle.

Eran en su mayor parte mujeres de mediana edad, con pañuelos en la cabeza, especie de blusas sueltas, faldas en colores de percal y zapatos pardos de becerro. Las jóvenes, bien solteras ó casadas, tenían peinados á la moda, con la testa hecha una guirnalda, ahuecado el cabello, liso ó en rizos; y nardos y jazmines fragantes, que ensartados y formando ramitos tenían prendidos en su cuerpo, sobre el vestido, en la hendidura de su seno.

—¡Hola, *gaché!*—le dijo Araceli, joven de veinte y cuatro años, morena, flacucha, nalguda, de cintura anillada, delgadísimo brazos, ojos lánguidos, arremangados labios, con puntiagudos y blanquísimos dientes, cual si fueran de nácar, nariz aguileña, tendido el pelo hacia atrás y formando un grueso nudo que le caía sobre el codo.

—Adiós, mujer; ¿qué vestido negro es ese? ¿Por quién es el luto?

—Por tí: dijeron que te habían cortado qué sé yo...

—Siempre sería Paca, esa grandísima maricona.

—¡Jesús, qué cosas!

—Pues mira, esas voces corren.

—Pues estoy aviada: anoche se quedó en casa, y se empeñó y nos acostamos juntas.

—Te habrá retozado, no dejándote dormir.

—Lo que hace es no hablar más que de Beatriz. «Y qué carnes; y qué vestidos; y qué mujer saltando de limpia.»

—Eso sí: un pato; dos veces al día se baña.

—¡Jesús, qué aljofifado!

Y Curro, al ver aquel continuo charlatanear y murmuraciones de unas y otras, agarró con su mano sana á la Araceli, y, levantándose, se internó con ella hasta el patio, en donde bajo de otra parra, había algunas sillas y cuatro mesas de pino en que solían jugar al rentoy los parroquianos á la hora de la siesta.

Araceli, sentándose, dijo á la comadre:

—Déme una copilla de aguardiente.

Y Curro, en voz baja, dijo á Araceli:

—Oye, niña; yo me veo en un compromiso muy grande. La francesa quiere venir aquí á pasar el invierno, y he pensado que en ninguna parte mejor puede alojarse que en la casita de la ermita. Como tú y esa señora de Sevilla os entendéis... vamos, que sois amigas, si pudiéramos conseguir que se la alquilara, se le pagaría bien, por supuesto.

—No va á querer.

—Déjame de música; en habiendo *perras* por delante quién no se abre de patas.

—¡Jesús, cómo vienes, *chavó!*

—A cantar claro; es decir: tú vas á Sevilla, la ves, ahora ella ha tronado con el *barbián*, y le gustará, es un decir; le vamos á dar al año... media talega: para que lo sepas, quinientos duros.

—Y que está saltando de limpia; y como yo soy quien tengo la llave, ahora te la enseño, abriendo por la puerta de atrás.

Ninguna casa como esa.

—Andando—dijo Curro—yo me saldré por la puerta falsa, y allá voy.

Y media hora después, por la puerta de la ermita que al campo daba, entró Curro en el corral.

Este era cuadrilongo, con altos muros encañados, y tenía una puerta que comunicaba con el jardín.

Jardín primoroso. Las paredes estaban tapiadas y matizadas de yedras y jazmines: volaban

pajarillos por allí y caíanse las florecillas. En los cuatro ángulos había araucarias y esplendorosas higueras de la India.

Un merendero tupido por trepadores rosales formaba un kiosco y cuadros de macetas de albahacas calles, abundando las varas en vilo, cubiertas de abajo arriba de nardos que parecían colocados á propósito.

—Está preciosa, —dijo Curro— y parece una alfombra de nieve el suelo con tantas flores de jazmines diseminadas.

Y Araceli y él entraron en una salita baja de techo, que tenía su puerta al jardín.

Era pequeña y estaban cubiertos sus techos y paredes de carteles de corridas de toros y ferias, siendo los muebles solamente dos grandes meridianas, forradas de tela semejante á mantas de Morella, con franjas azules y encarnadas.

Dos jaiques, el uno blanco y el otro azul, pendían de los cuernos de una cabeza de toro disecada y colocada sobre un cuadro.

Cuatro sillones bajos con asientos de rejilla, una mesita al estilo árabe, era todo el menaje que se retrataba en el espejo, dada su original colocación, y que por lo grande daba vista en su lámina á toda la estancia, parte del techo, paredes, las dos meridianas, y el suelo con amarillosa estera de juncos y mimbres imitando mosaicos.

—Si te parece, Curro—dijo Araceli,—se colocan macetas de nardos aquí; hay más de trescientas; ya has visto que están todas floridas, y como

este cuarto comunica con la inmediata alcoba, allí puede ella poner su cama.

—Nó, arriba en el mirador; veo que la escalera es buena.

Habían pasado á la otra habitación, no pequeña, sin mueble alguno, paredes blancas y losetas rojizas por el suelo; el techo era de vigas pintadas de azul pálido.

—A mí me parece,—agregó á esto Araceli— que donde debe poner su cama esaquí.—Y abriendo una puertecita que no había notado Curro, penetraron en una habitación abovedada con alicatados azulejos como el zócalo, y que aún conservaba el sitio de un altar y una gran araña de cristales en colores que polvorienta pendía del techo.

—Pero oye, Araceli, ¿esto es todo lo que queda de la ermita?

—Pregúntaselo á Frasquito: él y la señora lo han ido vendiendo todo: uno para sus correrías; ella para hacer dinero y dárselo al otro; pero fijate, que esto está muy bueno, seco, con luz que entra por esas dos claraboyas en colores, esas dos puertas que parecen árabes, el piso, *camará*, con estas losas como seda, y junto... ven,—y lo condujo á una pequeña, estrecha y nada larga covacha abovedada, las paredes todas de losas blancas y en el fondo una pila en cuadrado de metro y medio de largo y uno de ancho, también con losas.

—Este es el baño; de arriba, por las canales, viene todo el agua á un algibe; detrás, en el rin-

cón, hay una bomba, se da á la rueda y se llena que es un primor. Y ya ves, desde esta ventana entra la luz, aunque la tapan un poco las enredaderas del jardín...

—Bien, pero no veo la cocina, y hace falta un dormitorio para la Aline; la cocina y lo otro y demás.

—Pues como no sea que hagamos una cosa... mira, el alto está acristalado en colores; sólo son veinte y ocho escalones: allí el comedor; en lo que acabamos de ver el dormitorio y baño; y en dos habitaciones que dan al otro lado, en una la cocina, pues hay un fogón, y junto la Aline. Oye, ¿es guapa ésta?

—Como un coral, y de tu cuerpo.

—Díme, ¿y se baña también?

—Lo supongo, mujer.

—Esto tiene la ventaja que da al campo: ya ves, en la parte de delante no hay huecos; es un paredón, y el huertecillo, por cierto muy bonito, que en renta lleva mi tío.

Y Araceli y Curro abandonaron la ermita.

.....
Aquella noche á la venta de la hermana de Curro comenzaron á acudir los amigos de éste, y se reunió el cónclave de los parciales y admiradores furibundos para quienes Carmelo era un semi-Dios. Tanta importancia daban ellos al toreo del Espada.

En la habitación larga y cuadrada que comunicábase con el patio, en donde bajo la parras estaban las mesas, congregáronse, ya senta-

dos ó de pié, los amigos, parciales, devotos é intransigentes, á escuchar á Curro echar puyas contra el toreo de *Guarda-polvo* y de otros *matadores*, á quienes apodaba bailarines y *jindamonés*.

—Nada, señores; el toreo está perdido: desde que estos hombres le tienen tanta querencia al *parné*, no se arriman á los toros ni á tres tirones.

—Pero no los cojen, *compare*,—objetó el tío Andrés, un antiguo conocedor de toros que, á pesar de sus sesenta y seis años, estaba ágil y vivía de sus siembras y de *arrimar* reses vacunas al Matadero de Sevilla.

Andrés, con su edad y autoridad de haber sido conocedor durante más de treinta años en una famosa ganadería, y el mucho trato con espadas, picadores y aficionados que en sus viajes tuvo, é innumerables corridas vistas y conocido á no pocos famosos matadores cuando él era joven, aunque de ellos no conservaba más que un remoto recuerdo, era un *vademecum* á quien todos los del arte escuchaban, y á pesar de su vejez se imponía por la tremenda, y, altísimo, de enjuto cuerpo, largas piernas y no cortas manos, manejaba con destreza el garrote, que en su puño llamaban *quiebra-costillas*: pues, cuando era necesario, se crecía, y, gritando y pegando, mandaba á unos y otros.

—Lo dices por la cojida del *Charo*: hombre, cualquiera se distrae; no siempre todos los sentidos...

—Pues, mira, tú lo hablas: todos los sentidos

son los que hay que poner delante de los toros; precisamente eso es lo que hace falta y no tirarse, como quien dice: «allá va eso, porque sí». Porque mira, esto del toreo es un arte: yo así lo comprendí cuando *vide* de torear al *Tato* y al *señó* Dominguez. *Tó* el asunto no es entrar; la cosa es tomar el olivo, hombre, la huida, sin descomponerse, y *salía* airosa que aquellos hombres tenían. De entonces acá ¡á qué pocos los he visto quedarse en buena postura una vez *pinchao* el estoque y *desviao* el bicho con la muleta!: ahí está *tó*, que parezca que el *mataor* y el suelo que pisa sean de una sola pieza, y que el bruto dolorido sea el que baile y tire derrotes al aire, pero al aire, ¿lo entiendes?, porque el otro no tiene *pa* qué moverse. ¡Como suena! y que no te se olvide, como que debe estar *libre de cacho*. Y díselo á tu niño Carmelo, que yo no le he de decir una palabra más; porque estos diestros de hoy día quieren ser más brutos que los cornúpetas. Si no es eso, hombre; si el toreo es todo artimaña; pero este artificio ha de hacerse con primor: vamos, más claro, como lo hacía *Lagartijo*, que *se quedaba* con los públicos.

Y alargando el brazo Andrés, se bebió una copa de aguardiente, y después de enjuagarse la boca con agua y arrojarla sobre el suelo y calzados de muchos de los que allí le escuchaban, sacó su petaca y se puso á liar un cigarrillo, á la vez que miraba fijo á Curro, que le respondió, comenzando por levantarse el sombrero y rasarse la cabeza:

—Mira, Andrés, ¿yo qué he de decirte de estas cosas que tú no hayas visto? pero antes contéstame á esta pregunta: ¿Los toros de hoy día son iguales á los de entonces?

—Sé dónde vas á parar—respondió Andrés,—y más en mi abono: por eso hay que traer con ellos más cuidado, porque han perdido la nobleza, la valentía y ferocidad, y no son más que unos buscadores de bulto, ¿estás? y los tienen echados á perder los amos, conocedores y mil cosas, traerlos y llevarlos y ver trenes, y las tientas á medias por el afán de dejar más de lo justo para las plazas.—Y por lo bajo añadió:—y yo no sé qué te diga; pero á mí, fuera de los Muruves y Saltillos, les encuentro, Curro, á los otros que han *perdido* la postura de toros de lidia: se han agrandado; mira los de...

Pero Frasquito, el Secretario del Ayuntamiento, uno de los oráculos del toreo en toda la provincia, que acababa de entrar y escuchar á Andrés, le interrumpió, diciendo:

—Mira, esto es hablar de la mar: son las doce de la noche y mañana es domingo y estará aquí el Marqués de Prenda Real: quiero que ustedes lo escuchen.

Y se fueron, saliendo todos uno á uno, quedándose solos Curro y Andrés, que dijo:

—*Camará*, así anda el toreo, teniendo de profeta á ese...

XVI

ERAN las cuatro de la tarde, pareciendo las diez de la mañana, que tal intensa claridad tiene la luz en esos días apacibles y suaves de primeros de Noviembre en esta tierra de la baja Andalucía.

No había una nube en toda la infinita extensión del cielo, cual si lo acabaran de esfumar y abrillantar con añil ó azul cobalto. Ruído de cascabeles se percibió al otro lado del río, á donde llegaron tres *breacks*, cada uno de ellos arrastrado por cuatro caballos.

Curro, asomándose, dijo á su hermana:

—De seguro son Carmelo y Beatriz; pues parece que á Frasquito le han mandado esta mañana un aviso diciéndole que venían á pasar aquí la tarde.

La nueva de que Carmelo y la francesa estaban del otro lado del río, cundió, y comenzaron á salir de la calle principal hombres, mujeres, jóvenes, muchachos, y en aglomeración creciente

se fueron colocando en extensa fila, fronterizos al desembarcadero de las barcas.

Una de éstas partió en busca de los que acababan de llegar, y los barqueros, azuzados por Curro, que iba con ellos dentro, tiraban con furia de la maroma, haciendo á la embarcación bogar de prisa.

Arribada á la orilla, pusieron los tablones, y subieron Beatriz, Carmelo, Prenda Real, y Don Miguel Cordona, un aficionado al toreo, otro oráculo de todas las corridas, pues no faltaba á una, subió el último, ayudado de Curro, por ser él muy melindroso y llevar puestas gafas ahumadas.

Era Don Miguel Cordona hombre de agradable aspecto y bien formado cuerpo, con estatura ni grande ni chica, ni grueso ni delgado y muy varonil. Tenía ojos verdes y vivos que miraban dulcemente, dibujándosele en sus labios un perenne reír, irónico, innato en él é hijo de su sutil perspicacia, y era de una flexibilidad tal de ingenio, que en las discusiones que á menudo tenía, lo mismo llevaba el pro que el contra, que de tal verbosidad de palabra le había dotado la Naturaleza. Su metal de voz era timbrado y enronquecido, pero de suave y dulce modulación.

Agréguese que á su buena *sombra* y agudezas acompañaba un tan grande y bondadoso corazón que no le cabía en el pecho y era causa de que él no supiera decir nunca que no á nada de lo que le pedían. Su largueza era proverbial, corriendo pareja con su indiosincrasia característi-

ca, y de tal modo era sensible, adaptándose á la situación de que veíase rodeado, que lo mismo reía que lloraba.

Era el paño de lágrimas de todos los indefensos que á él acudían, abogando igualmente por el que abrasaba hambre y sed de justicia, que por el huído y reclamado por los jueces; el que dió la puñalada; veíase cómplice en un robo de mayor ó menor cuantía; capitán de ladrones en despojado; escribano, notario ó juez venales y cogidos in fraganti; mujer adúltera; marido dilapidador; comerciante presentado en quiebra fraudulenta; ganadero de reses bravas que había burlado al empresario, dándole gato por liebre; empresario que á su vez no le salió la cuenta de la corrida y buscaba el desquite en que si los toros no fueron lo que se había estipulado; torero ó espada que no quiso, no pudo ó no le cumplían el ajuste y lo tratado; republicano perseguido, periodista en cárcel, menor á quien querían despojar; viuda indefensa; monederos falsos y gitanos ladrones de caballerías; que tales eran la diversidad de pleitos y causas que había defendido, gracias á su labia y facundia asombrosa, pues no ojeó un libro nunca, y de los mismo asuntos de que iba á informar en Juzgados y Audiencia, las más de las veces con aquellos legajos que ante sí poníase aparatosamente, y que no conocía ni por el forro, bastábale una palabra ó idea que le dieran el colega, notario, escribano ó juez, á quienes él solía acudir para enterarse y hacer las célebres oraciones forenses que

tanta fama le habían proporcionado como jurisconsulto.

Político escéptico, transigía y se dejaba llevar de unos y otros por donde las corrientes iban, pues igual le parecían los negros que los rojos, á quienes calificaba de *manguelas* nacionales. No se le iban nunca los piés ni la punta de la lengua con los toros ni toreros, de que él entendía muchísimo, según pública fama, y esperaba solo un motivo para poner paño en púlpito, criticando y aplaudiendo á los unos y los otros después de controversias y altercados, libaciones de vino añejo, risadas y donaires, chistes y agudezas con que acababa por tomar el pelo á todo bicho viviente, y hacer lo que le diera la gana, sin fijarse más que en su antojadizo albedrío y en sus caprichos, preocupaciones y azares, que lo rodeaban de la cabeza á los piés.

En mitad del río, mientras la barca se detuvo á petición de Beatriz, contó ésta á la ligera á Curro que había llegado con Carmelo por la mañana, habiéndole visto torear en Alcázar:—Ha estado feroz; tres toros, tres estocadas; ¡qué pueblo más feo!—decía,—pero, ¡qué país más bonito desde Lora del Río á Sevilla! ¡qué márgenes y orillas las del Guadalquivir! ¡Esto es el paraíso terrenal! Ya ve usted, estoy vestida de verano; llegué esta mañana, me bañé, almorzamos, y aquí me tiene usted, señor Curro; he dejado á Aline en la fonda. ¡Pobrecilla, quería venir!

—Mire usted el panorama,—dijo el Marqués. Se extendía el Guadalquivir entre las dos ori-

llas llenas de tarajales semejantes á prismáticas esmeraldas brilladoras y reverberadoras al ser heridas por los rayos del sol y alumbradas por aquella intensa y potente claridad.

Las orillas y barrancas que Beatriz percibía en lontananza, ya elevadas con tierras carminosas, ya cual si fueran tapiz de verde terciopelo, con entonaciones que la gradación de la luz producía sobre la grama, haciéndolas más verdosas, ó dándoles un matiz más obscuro, de contrastes encantadores á la vista, la extasiaban.

Los blancos caseríos que se destacaban á lo lejos; macizos de naranjales descollando como manchas oscuras; los erguidos álamos, los altísimos eucaliptus alrededor de norias, y aquellas lejanías de la esfumosa vega que perdíase de vista, la hechizaron de manera tal, que mirando con ternura á Carmelo, dijo:

—¡Qué feliz es usted con vivir en medio de estos campos, con ese cielo y este calor meridional!

—Pues, mire usted, también por acá hace frío, —respondió Carmelo,—y pronto sacaremos la capa.

La barca sobreaguaba, y á medida que destacábase la cercana orilla, Beatriz no perdía de vista todo el risueño costado del pueblo, la playa llena de un gentío que ella no esperaba, y que al llegar la nave al desembarcadero, prorrumpió en delirantes y atronadores ¡olés! á Carmelo, gritando Araceli que estaba allí cercana: «Vivan los toreros con calzones.»

Carmelo la miró de reojo, y la comitiva, saltando á tierra, subió por la empinada cuestecilla, antecedida de Curro, como estandarte, que los guió debajo de la parra.

Allí salió al encuentro de Carmelo su madre, y sollozando colgóse á su cuello, y besándolo apartábase para mirarlo y comenzar de nuevo á darle besos.

No se oía el volar de una mosca: las mismas respiraciones estaban entrecortadas ante la escena de la madre y el hijo.

La vieja tenía cubierta la cabeza con negro pañuelo de seda, anudado bajo su barbilla, que servía de óvalo á sus facciones cobrizas y rugosas.

Grandes las manos y negros los ojos, boca contraída y delgados labios, dejaban ver pareja y amarilla dentadura.

Un mantón negro cubría su cuerpo y morada falda de lana, sobre la que traía un delantal obscuro, y con zapatos negros y medias pardas se completaba su traje.

En una de sus arrugadas manos tenía empuñado un bastón y la otra la había posado sobre su pecho.

Estaban cercados de muchas mujeres madre é hijo, y ella preguntó á Carmelo, mirándolo al soslayo:

— ¿Quién es esa mujer?

— Una señora francesa.

Nada respondió la madre de Carmelo, cruzándose su mirada con la de Curro, que se inter-

puso, y con la de Beatriz, que sentada á distancia, la ojeaba disimuladamente.

La comadre había puesto varias sillas bajo el emparrado, y fueron tomando sitio todos menos Carmelo, que del brazo de su madre se marchó, diciendo:

—Vengo al instante: voy á acompañarla á su casa.

Detrás de ellos, en solemne procesión, caminaba el gentío, tropezando y empujándose unos á otros, entre el murmullo de las voces que daban al llamarse, y el repiqueteo de la campana parroquial que tocaba á vísperas y rosario, formando una estrepitosa algarabía.

Araceli, desde el umbral de entrada de la venta, no le quitaba los ojos á Beatriz, y fué tanta su insistencia, que ésta preguntó á Curro quién era.

—La modista del pueblo, ¡pobrecilla!, tiene una carga de familia, pues mantiene con sus puntadas á cuatro hermanillos huérfanos como ella: su padre fué un buen picador de toros; pero amiga, lo que la he dicho de los dineros del sacristán; se murió, llevándose la llave de la gaveta.

Se habían salido de la venta todos los que, como moscas, la comadre pudo oxear, con gran contento del otro ventero, que hacía su Agosto, pues á río revuelto ganancia de pescadores; y como allí no había asamblea torera, estaba aquélla como una venta robada, y, por llevar la contraria, era un parcial de *Guarda-polvo*,

cosa que los otros no se la perdonaban ni á tres tirones.

¡Buenos eran ellos para soportar que alentase en Villa-Aldaba uno que *urbi et orbe* no proclamase que Carmelo Reyes era el primer fenómeno, como matador de toros, que habían visto todos los nacidos!

Adrede el otro hacía propaganda entre los mozalbetes, dándoles á entender que no era oro todo lo que brillaba, y porque además él le debía á Lolilla, y es bueno decirlo, no pocos favores, y sabiendo los desdenes de Carmelo para con ella, sus infidelidades y lo ocurrido en Zafra, estaba desatentado, y la llegada de la francesa, que lo puso fuera de sí, lo decidió á predicar la guerra de exterminio contra ella y toda su condenada casta, y decía:—¡Valiente púa será la tal; que no venga Curro ahora, el alcahuete, á hacernos tragar piedras de molino!

Y se asomaba á la puerta de la venta y desde allí, lanzando miradas furibundas, entrábase á despachar, pues no tenía manos para servir á aquella avalancha de inesperados parroquianos que había lanzado la comadre á la calle.

Dentro de la habitación y detrás del mostradorcillo siguió su arenga de mal talante.

—Sí, lo que se ha hecho con Lolilla, eso no tiene nombre; ¡que nó! ¡por vida de...! ¡Que me la corten!—Y agarró un cuchillo de partir jamón que tenía sobre el mostrador de zinc y se lo pasaba á contrafilo por su cuello, murmurando.—¡Que me la corten, si ella no toma la venganza;

que no es de las que olvidan, y mayormente el que nadie fuera á verla á la Cárcel en Zafra, y dejarla con un ahí te pudras; ya verán Curro, la otra y hasta él, cuando ella salga, la puñaladita trapera que alguno se va á ganar! ¡Y no va á ser poco bien *dá!* ¡Por ésta!—Y haciendo la señal de la cruz con los dedos,—¡por ésta—dijo besándola,—que se van á acordar!

Uno de los parroquianos, mozo de pelo en pecho y amigo de Curro, aunque de los tibios admiradores del diestro, porque su ídolo era Mazzantini, respondió con un—¡*Ajú, ajú*, compadre!—que hizo reir á todos los presentes.

El ventero juró y perjuró que se habían de acordar.—Y si no al tiempo, y al buen callar llaman Sancho;—y el mazzantinista, que no hacía más que apurar copa tras copa, sólo le contestaba con voz ronca y por lo bajo:

—¡Menos!

—Que te digo que pasará; y si no, acuérdate.

—¡Menos!

—Mira, hombre: un palo en la sien dado á traición, de buena ó mala manera, quita á uno de en medio.

—Menos, te digo: menos palos.

Pero el ventero no quería camorra y sí dar rienda suelta á la ira que amontonada tenía contra Curro, la comadre y la hermana de aquél, y cambiando de tema, prosiguió diciendo que los papeles ó periódicos aguantaban muchos dicharachos sobre los toros.—Anda que les den, y á los toreros. Para mi gusto me llena *Guarda-polvo*: los

otros tendrán su mérito, pero ahora no van más que en busca de la *guita*. Sí, hombre, de la plata; más claro, agua.

.

.

Anocheceía rápidamente: en las barcas habían encendido farolas y el ventero de la banda de enfrente también su linterna, que alumbraba en lo alto como un faro.

Algunas nieblas se habían extendido sobre el río: el cielo estaba de un azul turquí oscuro, como lo es siempre el sexto color del espectro solar.

Estrellas brillaban en lo alto á granel, y la luna simulaba rodar en aquel aéreo espacio.

Frasquito había mandado razón á Curro que encaminara á Beatriz hacia la ermita, pues allí les esperaba una sorpresa, y allá se fueron, dando un rodeo para entrar por detrás del pueblo y no ser vistos, Curro que iba delante, Beatriz, el Marqués y Don Miguel que, receloso, se apoyó en el brazo de Andrés, quien le dijo:

—Ande sin temor, que ya estamos allí.

XVII

FRASQUITO el Secretario y gana voluntades, otorgador de beneficios ó de venganzas y represalias, Alcalde detrás de las cortinas, Depositario de los fondos municipales, que no salían del cofre sino para darlos á réditos ó trapichear en compras de granos, era hombre de mucho *pesqui*.

Alto, enjuto, con macilento rostro, grandes bigotes grises, único que usábalos en Villa-Aldaba, vestíase siempre de negro, y del mismo color eran su sombrero y botas de satén. Afeitábase el barbero todos los días su recia barba; cambiaba casi á diario de camisa, calzoncillos y calcetines, y hasta solía empapar sus pañuelos con agua olorosa de Colonia que él fabricaba.

Era viudo sin hijos; había sido galán joven en sus mocedades, pero desde que murió su esposa, que malas lenguas decían si tuvo ó no que ver antes de casada con cierto título adinerado que le dejó el riñón bien cubierto, á su muerte, con la

manda vitalicia de uno de aquellos cortijos de la vega, retiróse de estas aficiones.

El titulado señor era de Carmona, y á la vejez viruelas; le entró la tarántula por los naipes y en Madrid perdió parte de su mayorazgo, que no era escaso; pero no basta el oro del Potosí cuando el juego ciega á uno de sus adeptos.

Frasquito se quedó, pues, viudo, sin muchos dineros; pero tenía entendederas y guardaba aún resabios de la vida de teatro, que no le fué próspera, y su flaqueza era asomarse por esta mirilla.

Los toros y las muchachas le hacían perder el tino, aunque los primeros le divertían; las hembras eran causa de no pocos resquemores.

Con el pretexto de vigilar los consumos, andaba de madrugada por las afueras á picos pardos, y sus citas eran al raso. —«No hay nada, — decía en confianza á Curro, que era su confidente y escudero, — como el amor bajo los olivos ó junto á las cercas.»

Frasquito ideó aquella tarde algo pasmoso, como dijo á Araceli, y se la llevó al Ayuntamiento, y sacaron de allí alambres y farolillos á la veneciana, de los que guardaba para la fiesta del pueblo, colgándolos en el jardín y dentro de la sala de los carteles, que era su embeleso.

Recogió sillas de anea á granel y las mandó allí con el Alguacil y sus tres hijas, y llevóse una botella de su agua de jazmín y la esparció por la sala.

Puso en fila las sillas, y sobre el velador va-

rias copas y botellas de un vino jerezano que le había regalado Carmelo, de una caja que le mandaron de agasajo ciertos amigos del Puerto, y preparado su convival, lo miró tosiendo fuerte, y dijo á Araceli:

—*Camaraita*, esta va á ser sonada. Avisa á tu prima Rita.

—Mire usted que es guasona.

—Avisa á la Dolores.

—Mire usted que esa, como está *comprometida*, y cuando va á Sevilla el otro la pide cuenta...

—Que venga: yo debo presentar aquí hembras que tengan cara de mujer, y de paso tráeme una cajetilla de cuarenta del estanco; y á ver si con cualquier excusa viene la estanquerilla, que la tunanta...

—Ya lo sé; anoche le dió á usted el gran plantón. ¡Qué mico!

—Maldito pueblo, que todo lo habla...

—Nó: si fué que la pobrecilla, como era sábado, no daba abasto á vender tabaco á los de los pegujales que venían á vestirse. La chiquilla lo quiere á usted bien, y nadie sospecha nada.

—Tú, que eres una lagarta que lo averiguas todo.

—¿No sabe usted que á las modistas nada se nos oculta? Desde que le hice esas camisas con ojales desde el cuello hasta los tobillos, me dí trazas en averiguar para qué era ello, y caí. Sépase quién es Calleja, amigo Frasquito; por lo que se hacen las mujeres pobres, de trapos, sabe una cómo andan de honestidad; porque para

estar bien limpias, no hace falta más que lo natural, y la que busca esos muestrarios, para enseñarlos será...

Rióse mucho Frasquito de los muestrarios, y desplegando tres mantones de Manila que habían sido de su esposa, uno sobre rojo, otro negro, y blanco y azul el más pequeño, los extendió sobre las meridianas y, mirándolos estaba tan de hito en hito, que no oyó los pasos del Marqués de Prenda Real, que, á la callandica, se coló en la sala, gritando:

—¡Piramidal! Ni los cuentos de las mil y una noches...

—Ni el gabinete del prócer que usted conoce, —interrumpió Frasquito, —ese que de rodillas ante el Espada...

—¡Jesús y qué cosas! ¿Pero á usted quién le ha contado eso? Dígamelo, decídmelo, que me muero anonadado. ¡Qué feliz mortal!

—Lo que era menester ¿sabe usted?, á ese, sí, hombre, claro...

—Mire usted, amigo de mis entretelas; en materia de lubricidad no hay... Mire usted, haré un retruécano; es un lubricar, para que lo entienda, resbaladiza pendiente y no se sabe dónde se parará.

Oyéronse pasos y entró Curro seguido de Beatriz, que, con su traje azul marino claro, estaba guapísima, y quitándose el sombrero y los guantes, se sentó en la meridiana, cubierta con el mantón rojo bordado, en realce, de colores.

Andrés y Don Miguel tomaron asiento en si-

llas: el Marqués, en medio de la sala y debajo de un montón de farolillos con varios colores que formaban piña, miraba extasiado los carteles y decía dirigiéndose á Beatriz:

—Vea usted; es de la feria de Sevilla, ¡cuántos claveles! El otro Córdoba, y mire el de más allá, la bella Málaga. Y no digamos nada del zaragozano y de ese de San Sebastián. ¡Y qué primores! Pero oiga usted, Curro, este aposento es muy original, y me huele y sabe á gloria: la apotheosis del amor; deje que entre un rayo de luna. Nó, nó, cerrar la puerta. Sí, esto está que da ganas...

Curro se le acercó y al oído díjole...

—¿Qué? ¿Digo mal, no me explico?

—Sí, eso es, usted no se explica: desde que en Zafra le han herido la zurda, está usted desolado: lo siento, que se la pongan articulada y movida por la electricidad.

Echaron el trapo todos á reir, menos Beatriz, que no entendió las satíricas palabras del Marqués, que muy orondo de la gracia que había dicho, se sentó y miraba de reajo á Curro, que en un descuido de Beatriz simuló sacar una navaja, á la vez que decía:

—Mala *puñalá* te dén, *asaúra*.

Y fueron llegando las invitadas, sin faltar una, con sus rostros embadurnados con polvos de arroz, sus cuerpos ceñidos con faldas de lanilla, y peinados voluminosos, adornados de nardos y jazmines, que se prendieron, cogiéndolos á granel en el jardín antes de entrar.

Allí llegaron, uno tras otro, casi todos los concejales, que Frasquito ordenó vinieran, y varios aficionados á toros; un diestro retirado del toreo en flor por una cornada; dos banderilleros de la cuadrilla de Carmelo, un piquero, un conocedor que había venido á pasar el domingo en su pueblo y era muy parlanchín y que estuvo aquel verano en varias ciudades de España, donde fué llevando toros y hablaba hasta por los codos en cuanto tenía en el estómago cuatro copas de aguardiente, que es condición del alcohol hacer frsele la lengua á los más parcos de palabra.

Carmelo llegó á su vez, acompañado de Curro, que había salido á buscarlo al ver que tardaba.

—No lo he podido remediar,—dijo Carmelo á Beatriz, acercando una silla; y después de sentarse sacó de sus bolsillos tres huevos de gallina y se los ofreció, agregando:

—Frescos de hoy, no como los de la fonda.

Beatriz con un alfiler les fué abriendo un agujerito y los sorbió uno á uno, dejando los cascarnes como si tal cosa hubiera hecho, pues las muchachas que los tomaron en sus manos se admiraban diciendo: «—Si no se conoce el hoyo.»

Brindaba copas de vino una chiquilla, hija del Alguacil, que tenía doce años, según dijo Curro, y era pelirroja, vestida toda de encarnado y con adornos amarillos el cuerpo y falda, pareciendo el de una bolera.

—Ese traje no lo he hecho yo,—dijo Araceli al tomar la copa que Frasquito la ofrecía.—Y

tornándose éste á Carmelo, y mirándolo fijo, empezó á decirle:

—Anoche, el amigo Andrés y Curro altercaban sobre toros, y esto es hablar de la mar, porque en cuanto se juntan seis aficionados no hay quien los ponga de acuerdo y cada uno ve las cosas de distinto modo, por aquello de que todo depende del color del cristal con que se mira. ¿Tú qué dices?

—Hombre, yo, así á quemarropa, qué te he de decir, sino que los mato lo más bien que puedo; y si no lo hago mejor, es porque no sale ó no sé.

—¡Olé los hombres!—dijo Don Miguel, subiéndose las gafas, que se le venian á menudo á la punta de la nariz.

—Señores,—agregó con meliflua voz el Marqués:—permítaseme que dé algunos pormenores á esta señora sobre los toros y el toreo.

Hizo gestos á los demás Frasquito de que callaran; y Don Miguel agregó:

—Dejadlo, que va á hacer un buen discurso en teoría, y después los maestros hablarán.

Fuése al testero el Marqués, y poniéndose entre tres sillas formando púlpito, le dijo á Araceli:

—Cubra la parte de delante, que no hay nada tan poco gallardo como que á un orador se le vean las piernas.

XVIII

Y comenzó, habiéndose antes estirado los puños de la camisa:

«—Señoras, bellas hijas de Villa-Aldaba; caballeros: permitidme que antes os diga, porque huélgome mucho de tener conciencia literaria, que lo que vais á oír lo debo á la erudición de Argote de Molina, Moratin, Cronicón de Don Pelayo, Obispo de Oviedo y otros eruditos, castizos y eminentes escritores.

»No soy de los que se engalanan con plumas ajenas ni le robo sus primicias á nadie: nombrados, como lo he hecho y rindiéndoles este tributo, de ellos, y no mío, es lo que vais á oír.

»Los toros, ya se los considere como espectáculos circenses, ya se los mire como recuerdos caballerescos de la Edad Media; ora se los califique con filosófica imparcialidad, ora se los alabe y encomie como vanagloria nacional, como muestra del esfuerzo y bizarría española, merecen toda aquella atención que sobre sí llaman los

hechos constantes y de forzosa repetición que nunca se desmienten, y que sufren y saben resistir el transcurso de los siglos, y lo que es más admirable todavía, el trueque de las ideas, cambios de costumbres y la revolución de los Estados.

»La nacionalidad española, menguada hoy día, hasta casi reducirse á breve cerco, si se compara con sus antes innumerables dominios, combatida de modos mil por los novadores y reformistas de toda talla y de todo disfraz, siendo esclava alternativamente de la influencia francesa ó del ascendiente inglés, y con monarca por cuyas venas corre sangre sajona, desconocida en sus costumbres, dividida en sus creencias y aficiones, sólo conserva un recuerdo que ha sobrevivido á todo, y que, pese á quien pese, da muestras de perdurar eternamente, y éste es la gentileza del circo hispano, cuyos torneos han traspasado y toman carta de naturaleza allende los Pirineos.

»No es cosa fácil, por cierto, señalar los tiempos, fijando la época en que comenzaron en España los espectáculos grandiosos que, sin ceder en magnificencia y poderío á los juegos circenses de los romanos, tienen sobre ellos la ventaja de presentar á los luchadores no como siervos envilecidos, sino como hombres valerosos, ágiles, diestros y denodados, suspendiendo nuestro ánimo al admirar las gentilezas y bizarría de sus personas.

»Lo grandioso de este espectáculo es que es español neto, castísimo, y por más que he rebuscado en autores de todas épocas é idiomas, de esos

que nos llevan de la mano para asistir á festejos, juegos, convites, termas, teatros y naumaquias, nada han escrito de usos y cosas que, por ser tan importantes y de tal grandiosidad, no hubieran escapado á sus curiosas investigaciones: de modo que téngase por cierto, y ténganlo por tal todos los nacidos, que los espectáculos taurómacos de España no tienen consanguinidad ni parentesco ni con los romanos, ni con las luchas de la ferocidad goda: es nativo, puro de esta tierra de María Santísima.»

—¡Bravo, señor Marqués!—dijeron todos á voz en grito.

El Marqués había sacado dos pañuelos de seda, uno rojo y otro verde: se los pasó por el rostro con entrambas manos y los puso extendidos en los respaldos de las sillas que ante sí tenía.

Don Miguel le llevó una copa de vino y se la acercó á los labios, y tomándole la barbilla, le dijo:

—¡Por *via* de...! Lástima no sea usted mujer, porque me lo comía á besos, sin exceptuar nada.

—Ande usted—respondió el Marqués,—que para el caso es lo mismo.

—¡Nó, *córcholis!* que este Miguel, hijo mío, sólo hace á hembras.

—¡Que siga, que siga!—dijeron á la vez todos.

«—Continúo, señoras, señoritas y hombres machos.

»He dicho que el toreo nació en la tierra de María Santísima, porque, en primer lugar, las ganaderías y toros de los países allende el Elba, an-

tes que aptos y feroces para los combates del circo, se han tenido siempre más bien como adecuados sólo á las pacíficas faenas de la agricultura, ó para rendir la cerviz humildemente de un puntillazo en los mataderos.

»Y nótese que si tales luchas fueran originarias de los pueblos godos ó teutónicos, hubieran dejado algún recuerdo por los países en que peregrinaron, y diversas regiones en que estableciéranse desde que conmovidos del sitio de sus desiertos y selvas, invadieron los reinos dilatados de Europa y Asia, y nada hay que atestigüe tal cosa.

»Hay quien ha escrito en España, y en nuestra parla, que tales ejercicios tienen carácter oriental ó africano, y los atribuyen exclusivamente á los árabes en cuanto á su origen, y su antigüedad en España á contar desde la irrupción sarracénica.

»Pero en ninguno de los cronistas árabes que tan nimia y escrupulosamente han escrito de sus costumbres, así cuando vivían entre sus oasis y arenales en pequeñas tribus, como cuando comenzaron á conquistar los reinos é imperios del mundo, se encuentra la más leve reminiscencia de semejantes ó parecidos espectáculos, y sólo en el libro de la historia de los reyes de Marruecos, libro comunmente conocido por el *Kartas*, se cuenta de un rey de los almohades que murió entre las astas de una vaca en una montería ó regocijo. Pero el desastre de este rey, Jusuf-al-Mortasser-Bilah, hijo de Annasser Miramamolín, que

perdió la batalla de Las Navas; la muerte de este rey entre las astas, más parece azar inmotivado que no la resultante probable de un combate peligroso; y por otra parte, acontecido ya este suceso en época muy avanzada, cuando tales ejercicios eran, no sólo conocidos, sino hasta familiares en España, en donde los almohades tenían grandes establecimientos y en donde fijaban con gran frecuencia su corte y morada, la sola deducción que pudiera sacarse sería que algunas de las destrezas de los cristianos españoles y árabes de la Península, solían ensayarse en los alcázares de Fez y Marruecos.»

—Pero oiga, señor Marqués,—dijo Andrés,—¿de dónde vienen las castas de toros?

—Dejadle seguir,—decían todos, mientras Don Miguel le arrimaba una nueva copa, de la cual el Marqués apenas bebió nada y sí sólo hizo gárgaras, que pulcramente escupió, tornándose á la pared con rapidez; y abriendo ambos brazos, dijo:

«—Para que los espectáculos de la lidia de toros ofrezcan los lances y encuentros que forman el grande interés de ellos, es indispensable el que los toros tengan cierto grado de valor y ferocidad.»

—¿Lo oye usted, señor Curro?—gritó Andrés.

—¡Callarse!—dijo Carmelo, vivamente interesado con las modulaciones entonadas del discurso del Marqués, que siguió sin parar mientes en Araceli y Frasquito, que iban y venían, cambiando las velas de las linternas que consumíanse, ó sustituyendo las apagadas, así como en

algunos que de puntillas agarraban copas llenas de vino, ofreciéndoselas á las jóvenes ó se las bebían ellos cuando no les aceptaban el agasajo.

«—Creo que estas cualidades de ferocidad no se despertaron en las ganaderías sino mucho tiempo después de la dominación romana, pudiéndose asegurar que tal mudanza en la condición y naturaleza de esta raza no pudo nacer sino del cruzamiento de especies diversas. Si este cruzamiento ó fenómeno tuvo lugar en virtud de la mezcla de las indígenas con las castas que en sus reales y campamentos traían los godos y vándalos, ó de la mezcolanza con las razas africanas, es cosa muy difícil de deslindar.

»Además de esto, hay alguna consideración que puede explicar satisfactoriamente esa energía rabiosa y esa ferocidad que distingue á los toros de las campiñas de Castilla y de la Mancha y á los de las antiguas soledades en que estaban las ganaderías de la parte baja de Andalucía.»

—El toro,—interrumpió Andrés con voz profética,—más que otro animal alguno, crece en ánimo y coraje á medida que vive en lugares más apartados y desiertos, en sitios más selváticos y rústicos, sin oír la voz del hombre y viendo sólo los riscos, hierbas, tarajales y aguas.

—Allá voy, señor mío,—dijo el Marqués mirando y riéndose, á la vez que daba chupadas á un cigarrillo egipcio que Frasquito habíale traído, encendiéndolo Carmelo en el de Beatriz, que oía atónita la verbosidad del orador, que ni daba se-

ñales de cansancio por estar de pié, ni por su mucho hablar.

—Para oradores, los españoles,—dijo Frasquito á Beatriz.

—Lo que es el pico del Marqués, es de oro,—decía Araceli á la joven estanquera, que le respondió casi al oído:

—Lástima de labia que no la emplee para conquistar mujeres, porque mira tú, á mí me pone que me bailan las piernas, y cuando oigo una charla como esa, todo lo que me piden lo doy.

—Chiquilla, ¿qué estás hablando?

Don Miguel, dijo á esto:

—Descanse un poco, Marqués, que está usted divino.

—Como que tengo tela cortada para rato; ya verán ustedes qué *record*, como ahora se dice, me queda aún que hacer.

—¡Es la mar!—dijo Frasquito,—en hablándose de toros sale á colación lo divino y lo humano.

Y en esto estaban, cuando aparecieron la comadre y Curro con sendas bandejas llenas de fuentes con lonjas de lomo crudo, ruedecillas de salchichón, y cubierta con un plato, una taza que, destapada á la vista, resultó tener chocolate muy espumoso.

Después llegó la hija del Alguacil, y abriendo una cesta nueva de mimbre, dijo á Carmelo, que hablaba con Araceli:

—Aquí están las pastas del Suizo de Sevilla, fué al galope mi primo y corriendo las ha traí-

do. Tenga usted un duro que ha sobrado de los cuatro.

—Guárdatelo.

Y ella, mostrándolo á Araceli, le tocó las nalgas suavemente, y dejándoselas ésta palpar, dijo á Carmelo:

—Es menester que saques otra vez á torear al hermano de ésta.

—Bueno, lo haré; pero dile que no huya tanto; ¡si está como un mico, siempre subido á la barrera y no hace desde allí más que *jú, jú*, que parece que se ahoga!

Rióse mucho Araceli, y repitió Carmelo que sí, que lo sacaría...

Y el Marqués dijo:

«—La lucha de siete siglos que la diferencia de origen y el odio religioso estableció entre los árabes y cristianos en España y la laboriosa cuanto sangrienta progresión y superioridad que éstos fueron alcanzando sobre aquéllos, establecía diversidad de fronteras entre unos y otros en el territorio español, fronteras que duraban siglos enteros, hasta que una conquista importante ó una batalla decisiva como la de San Esteban de Gormaz, la de Las Navas ó la del Salado, afirmando á los cristianos en sus posesiones antiguas, iban á buscar otras nuevas fronteras. La perseverancia de los unos por conquistar y la tenacidad de los otros por defenderse, las convertían bien pronto en un desierto sangriento. Las huertas, los viñedos, los arbolados desaparecían y con ellos toda clase de cultivos. Los pueblos,

las alcarias, aldeas, granjas y quintas se trocaban si acaso en algún castillo sombrío ó en esta ó aquella atalaya. Todo bienestar, toda riqueza se aniquilaba y todo se reducía á grandes hatos de ganados de varias especies. Esta riqueza, por su cualidad de semoviente, era la sola que en los casos harto usuales de arrebatos, algaradas, entradas y correrías, podía salvarse, poniéndola á buen recaudo de la rapacidad reciproca de los fronterizos.

»Las circunstancias y condiciones de aquella vida pastoril y guerrera, son el origen de estos espectáculos, que comenzaron indudablemente por muestra de esfuerzo, acaso necesario en los campos, en las selvas y en los abrevaderos, no sólo para salvar la vida, sino también la afición que desde luego se despertó para tales ejercicios y la esplendidez y gala con que al punto se pusieron en práctica.

»De quien he tomado estos datos demuestra auténticamente que en el siglo XI no había festividad alguna en que con las fiestas ó torneos no entrasen los toros por principal parte del regocijo, y como según testimonios, ya había dos siglos que Burgos habíase fundado, sirviendo alternativamente de frontera las orillas del Duero ó del Jarama, sienta como premisa y con verosimilitud que estos combates, muestra de fuerza y habilidad y alardes de gentileza y de gala, aparecieron en nuestras costumbres desde el siglo IX al X.»

—¡Ajú qué hombre! ¡Á donde ha ido á parar!

—dijo el Alcalde de Villa Aldaba, que era un labriego sin bienes, y por tanto insolvente, y que con cangas de mulas que prestábanle y con trabajos mil solía sembrar unas aranzadas en arriendo, sirviéndose de su mujer y dos hijas mocetonas que le ayudaban en sus faenas. Frasquito dábale de los fondos comunales tres pesetas diarias por ser Alcalde, y el tal firmaba sólo su nombre, lo único que había aprendido á escribir; pero esto era un secreto que entre los dos guardaban.

Riéronse todos del *ajú* del Alcalde y de donde había ido á parar el Marqués.

Comenzaron todos á hablar, entre ellos Andrés, diciendo:

—Todavía no le veo la punta á la cosa, porque el Marqués nos está hablando de Adán y de Eva.

Curro y Frasquito con Don Miguel altercaban, y Carmelo, charlando con Beatriz, reíanse ambos del manoteo que tenían las muchachas unas con otras, tirándose caramelos que había sacado de su bolsillo Carmelo y los lanzaba como proyectiles á sus faldas.

La estanquerilla estaba rubicunda y no hacía más que reír, sentada sobre Araceli, y hablándola la decía:

—Pero oye tú; ese Marqués sabe mucho: ¡qué labia! ¡y como guapo lo es, y dicen que se gasta la *guita* con las mujeres.

—Y en juergas con los hombres,—respondió Araceli.

—Pues mira: si quiere darme cincuenta duros, le enseño la camisa con ojales...

—¡Chiquilla! ¿qué estás diciendo?

Y la estanquerilla, aprovechando que un corro de comentadores las ocultaban y puestos delante y de espaldas á ellas discutían, le dió un mordisco en la mejilla á Araceli, que la dijo:

—Tú estás borracha.

—Verdad, y ardiendo: por ésta.—Y cerró su mano, agregando:—Que... vamos...

—Oye, Araceli—acabó por decirle la estanquerilla:—esta noche me quedo en tu casa, porque se lo dije á esa mujer.

—Mira, allí va á dormir en la sala el Marqués.

—¿En cuál?

—En la que está en la izquierda, entrando.

—Sí, de ese modo estará entre dos puertas, la de la calle y el portón. Lo dejas enchiquerado al muy lamioso: ¿no ves qué meliflúo y qué saca la lengua, y qué voz tan fina? ¡Si parece una cursi! ¡y qué modales gasta!

—Oye: por la puertecilla de la sala que da al cuarto de junto lo vamos á ver desnudar; tiene la cerradura un agujero.

—Verdad: y tú verás las cosas que haces: ya le llevaron á casa la maleta, según me dijo Curro.

—¡Chiquilla qué noche!—Y se levantó y trajo una botella del *Fino gaditano*, y ofreciendo una copa á Araceli, que no la quiso tomar, bebióse ella dos, una tras otra.

—Vamos á ver si terminamos de un tirón— dijo Frasquito al Marqués:—son las diez y estos señores quieren irse á las once.

El Marqués se estiró los puños, y callando todos, prosiguió:

«—Pero hay que saberlo: las primeras manifestaciones ó apariciones del arte del toreo fueron á caballo. Además de la riqueza y apostura que ostentara en su persona el jinete y én sus arreos ó paramentos del caballo, no parece que en aquellos tiempos pasasen las suertes y lances más allá de recibir al toro en el coso con la lanza armada, clavándosela con acierto y pujanza hasta quebrantarle la cerviz y desnucarlo.

»Ello era algo así como las leyendas de aquel tiempo que nos presentan al Cid castellano cuando mancebo, ganando por su arrojo y gallardía los plácemes y vivas de dos pueblos enemigos, pero congregados en un propio palenque para presenciar los azares y peligros del festejo de los toros.

»Sólo los caballeros y altos personajes eran los que podían tomar parte en tales ejercicios, pues como lances de peligro y de gala, y en que la riqueza de los arreos competía con el valor de los caballos corpulentos, pareciéndoles mal dejarlos al alcance de los plebeyos y pecheros, y sí sólo en grandes ocasiones de festividad, ó para dar mayor boato á este ó al otro galanteo ó atractivo y amenidad á la fiesta y al torneo, salían al circo los mancebos de la nobleza ó los paladines de la frontera y de las Ordenes.

»Sépanlo ustedes, y sirva esto de mentis á cierto cronista taurómaco, que hasta el tiempo de los Reyes Católicos no acordaron las ciudades señalar lugar determinado para tales festejos y darles concierto y fisonomía con las ordenanzas y prevenciones que el caso requiriese. Por más que debo hacer notar que, sin embargo del fuero de Zamora, se deja entender que en aquella ciudad, y en tiempos más antiguos, había sitios señalados para las lidias de toros.

»Los arreos con que los caballeros cabalgaban para rendir un toro, eran los de la gineta, casando en ellos lo más vistoso y de lucimiento, con lo más firme y adecuado para la lid. Si por acaso se da ejemplo de que algún caballero haya aparecido á la brida en la arena, tal cosa debe tenerse por rareza y como una falta en la pauta general adoptada para estos ejercicios. La gineta ya se sabe que era modo de cabalgar á lo árabe ó berberisco.

»Los arzones habían de ser muy elevados, los estribos cortos y los arrices ó arricises, ó sean cada una de las hebillas con que se sujetan á la silla de montar las acciones de los estribos, en concordancia con lo que digo.

»El ginete debiera montar muy recogido; el caballo mandarse sólo por el freno, excusando todo cabezón, y las riendas prolongadas por todo extremo para con ellas castigar al caballo. En cuanto á espuela, sus ayudas, avíos y castigo no iban por cierto á dar en la parte inferior del vientre, sino en el vacío ó ijar, hiriendo no de

martillejo, como solía decirse, sino de repelón ó resbalando.

»Sin tomar en cuenta estas diferencias, la más notable que se deja ver entre la gineta y la brida, es que la brida enseña y adiestra al caballo con rigor y violencia, valiéndose para ello del cabezón y otros castigos, y la gineta sólo se servía del freno y del mucho pulso, cuidado y miramiento en la mano de la rienda.»

—Eso es, sí,—dijo Andrés,—no esos rajadores de bestias que hay hoy con espuelas y que se llaman picadores.

—¡Jú!—repitió el de marras, creyéndose subido á la barrera.

—Nunca dijo bien la crueldad con la valentía,—agregó el señor Cura de Villa Aldaba, que enterado de aquella asamblea, había venido con sotana y bonete echado hacia atrás, y que fumando tamaño cigarro que le había dado Carmelo, no perdía palabra del Marqués.

La estanquerilla, no pudiéndose contener, se había sentado en una de las sillas que formaban púlpito al Marqués, dándole la espalda, y éste, aprovechando aquella pausa y trincar con que casi todos se agasajaban, metió su mano por entre la nuca y descote del cuello del vestido de la estanquerilla, y palpó á su placer, con gusto de ella, que zarandeaba su cuerpo y aposentaderas sobre la silla. Pero Araceli vino y asiéndola por la muñeca derecha, se la llevó diciendo que estorbaba al braceo del señor Marqués, á quien sacó la punta de la lengua, restregándose con ella los labios.

Beatriz dijo que no tenía cansancio, pero que muchas palabras del Marqués escapábansele, y D. Miguel y Carmelo, que junto á ella estaban, agregaron que todas aquellas eran teorías, á lo que á su vez dijo el joven señor Cura:

—Sí, esto es literatura por todo lo alto, y es lástima de echar perlas á...—Y no acabó, por mirarlo de mal talante el dómine de Villa Aldaba, que se las traía con el señor Cura, burlándose de sus sermones y de los terroríficos castigos que esperaban en el infierno á los lujuriosos, que era el tema favorito de las pláticas de aquél anatemizar los pecados contra el sexto mandamiento, que, según él, era de lo que más flaqueaban sus feligreses, sin distinción de sexos ni edades.

—Voy á terminar,—dijo el Marqués, por habersele acercado Carmelo y dicho en voz baja:

—Acaba ya, guasón, que te *duermes en la suerte*.

«—Señoras, señores y jóvenes de hermosuras límpidas.»

—Mire usted, acá nos bañamos en el río,—respondió la estanquerilla. Y le hacía al Marqués con la cabeza que sí, que sí.

«—Dejando para otra vez las diversas gentilezas de á caballo, proseguiré ahora en la explicación de los lances con el toro, hasta llegar al estado en que hoy se encuentran nuestras corridas.

»Pasemos por alto las lanzadas á caballo, el quebrar rejonés en el toro, que era la suerte

más común en las antiguas corridas, conservándose ahora este lance en España sólo para funciones reales de desposorios, nacimientos ó juras de Reales personas.

»Pero aquellos caballeros en plaza (y dirijo esta puyita á quien le toque), sin perder su gentileza, no corrían de un lado á otro sin sombrero para tomar caballo, ni se acostaban sobre el cuello del corcel, pareciendo de una sola pieza, ni jamás desgarbados, tomaban posturas inadecuadas ó deslucidas.

»Advierto de pasada, que en aquellos tiempos benditos de Dios, los primores de los peones, sus recortes, juguetes, banderillas ó arponcillos, burlas y saltos no habían llegado al punto en que hoy se encuentran.

»Fué el caso que desde los principios del siglo XVIII, y estamos en el XIX, los primores de la gineta, y singularmente el torear, fueron quedando en desuso por el desdén con que la corte comenzó á mirar aquellos ejercicios, desdén que, como siempre sucede, lo aceptó y remedó inmediatamente toda la nobleza.

»Desde entonces los actores para luchas semejantes comenzaron á reclutarse sólo,—perdonen ustedes, que yo hago historia y tengo que ser verídico,—sólo se reclutaban de la gente más plebeya, no diré soez, sino adecuada, de las ciudades y mataderos de una parte, y por otra de los jayanes membrudos y feroces que habían nacido y crecido en las llanuras de Castilla y soledades de Andalucía, entre las ganaderías de toros y ca-

ballos: de éstos se reclutaba la gente montada, y con los otros formábanse las cuadrillas de peones ó chulos.

»La suerte del rejón vino á ser menos frecuente y familiar, reemplazándose por la garrocha ó vara larga de detener.

»Este lance, desde el monte y los campos, en donde era muy en uso entre los conocedores, vaquerizos y yegüeros para apartar, castigar, derribar y rendir las reses, adoptado á las plazas y circos de los pueblos, cautivó desde luego la atención de los aficionados.

»Es, en verdad, asombroso y portentoso y digno de admiración, el grupo de una fiera que rabiosamente y con terrible impulso embiste á un picador ginete, pudiendo éste, por su valor y destreza, no sólo resistir aquel empuje y castigar al toro, sino burlarlo también, y salir del lance con gloria suya, dejándolo sangriento y dolorido.

»Pero ¡cómo han cambiado los tiempos!, lo digo desolado; porque en los primera época en que apareció esta suerte, y como remedo de lo que pasaba en el campo, en los que se criaban mejores caballos que en el día, la suerte se verificaba á caballo levantado.

»Era premisa sentada como verdad del arte, que toda ofensa recibida por el caballo desde la concha á la reata era azar no imputable al ginete, y que toda herida desde la cincha al pretal era prueba de su ningún arte.

»Fué Francisco Romero, el de Ronda, el que inventó la muleta, presentándose á matar el toro

frente á frente y con el estoque en la mano. Su hijo Juan Romero y los hijos de éste, Francisco, Benito y sobre todo Pedro Romero, hicieron llegar el arte hasta el punto de donde no parecia posible pasar. *Costillares* dicen que inventó la suerte del volapié. Juan Conde introdujo, y nadie lo ha igualado, la del toro corrido. Cándido, dejando el calzón y justillo de ante como traje poco galán y de escasa bizarría, introdujo el vestido de seda y el boato de los caireles y argentería.

»El licenciado de Falses, con mil juguetes y suertes que ejecutaba, fué el primero que puso las banderillas de dos en dos, ejecutando la linda suerte de clavarlas al cuarteo. Delgado (a) *Hillo*, con su desgraciada y lastimosa muerte, hizo más dolorosos los recuerdos de sus gracias y donaires con la capa y el toro.

»El arte taurómico, que comenzó á descender desde la muerte de Delgado (a) *Hillo*, con las guerras y otras cosas, volvió á resucitar con las lecciones de Romero en Sevilla y el ejemplo de Montes (a) *Paquiro*.

»Ahora permitan que les diga que en otra ocasión les hablará nuestro Don Miguel sobre la moderna tauromaquia.»

—¡Bien! ¡Bravo!—gritaron todos; y fueron dando la mano al Marqués, sacudiéndole el brazo, y las muchachas le arrojaron flores.

Entre tanto el Marqués, á la vez que se defendía de las embestidas, ojeaba á la estanquerilla, que le tiraba besos con los dedos.

Don Miguel, emocionado, había en estrecho

abrazo ceñido al Marqués; el torerillo *Jú* le agarró la cara, besándosela y diciéndole:

—¡Bendito sea ese pico de oro!

—¡Es un Catedrático, amigos!— no se cansaba de repetir Andrés.

Y Frasquito reía con Carmelo y Beatriz, que á su vez aplaudían al orador.

Beatriz le llamó hombre de letras, y el cura agregó erudito literato; y el maestro de escuela, diciendo una gracia, á su vez también le echó un piropo, denominándole la flor y nata de los modernos cronistas taurómacos.

Habianse agrupado las jóvenes en torno de Beatriz, y quién tocaba con disimulo el fino paño de su vestido; otro mirábala por detrás; cuál acercaba su mano abierta al talle, como para medírselo, y no la dejaban punto de reposo: tales cosas la decían elogiándola.

Visto lo tarde que era y la fresca temperatura, hubo quien propuso que no se fueran á Sevilla; pero Don Miguel, mirando su reloj, dijo que á la una estarían en Sevilla, á lo que Beatriz respondió:

—Muy buena hora para tomar la cama.

Araceli, en un descuido, dijo á Carmelo:

—*Quéate.*

Hizo éste un gesto y señaló con la cabeza á Beatriz; pero ésta, imantada por los deseos de Araceli, dijo á Carmelo que se quedara, pues alegraríase de ello mucho la madre; por lo cual salieron todos á acompañar á Beatriz, que prometió volver pronto con Aline.

Curro fué de los que se marcharon con Beatriz y Don Miguel, y los otros amigos del Espada que de Sevilla vinieron con él y que no podían tenerse de pié, pues tanto vino amontillado habían bebido.

Carmelo no consintió que lo acompañaran pueblo arriba.

—Dejadlo, hombres.—decía Frasquito á los que le querían dar convoy; y dando ejemplo se fué solo á su casa.

XIX

CARMELO, con astucia, esquivó á los curiosos, y entrando por la puerta del corral en casa de Araceli, dijo á ésta:

—¡Buen esquinazo les dí!

Se había quitado la faja y fué de la cocina, que era la única pieza alumbrada, al corral, y á poco tornó con la chaqueta sobre los hombros, sin enfundar los brazos, y despojándose de las dos botas de charol, dijo:

—¡*Condenás* botas, y qué me aprietan! Desde Alcázar que apenas si me las he quitado.

—¿Tú no vas á casa de tu madre?

—Nó: le dije que me iba, y daré cualquier disculpa. ¿Qué tienes de comer?

—Niño, bien poco: voy á ver, porque esta semana no he tenido huéspedes; y tú sabes que una mayormente no compra más que lo indispensable para el día; pero algo habrá.

—¿Y el Marqués está ya roncando?

—¡Bueno! Pues si cuando llegó dijo: «No oigo ni las campanas gordas de la Catedral, aunque me las repiquen junto á las orejas.» ¡Pero qué charla esa criatura!

—Como que toda la fuerza se le va por la boca.

—¡Quizás!

—Y sin quizás: á mí me tenía mareado; y si no hubiera sido por la francesa, le doy dos *guantás* para que se callara; pero ella no hacía más que decirme: «Muy curioso, muy interesante todo eso.»

—Y esa mujer ¿qué?

—Pues, *ná*.

—¿Cómo que *ná*?

—Como que *ná*; lo que oyes. Eso dicen que es *plantonismo* ó *platonismo*, y mala *puñalá* le den á los platónicos; no he visto gente más *desaboria*: mirar y retemirar y los ojos como carneros que degüellan, y apretones de mano... y vamos, que lo que es á mí...

—¡Tendría que ver que te fuese á torear; chiquillo!

—¡Le doy una... pero hasta la muñeca!

—¡Menos *estocás*!... Esa, mientras no esprima el limón, no te suelta... y si no, ya verás lo que te saca.

—Como no me saque...

Pero Araceli le tapó los labios con una mano, y sentándose en sus rodillas, se abrazó á él, diciéndole:

—¡Parece mentira! No me has mandado decir una razón desde que te fuistes; y eso que te escribí á Alcázar.

—Para razones estaba yo con *Guarda-polvo*, que me trae la sangre frita.

—Mira: la otra mañana pasó por el pueblo á caballo, y parecía que le colgaban las piernas de la jaca; ¡qué *arrastrao*! ¿Pues no le dijo á la estanquerilla: «Cuando tú quieras te doy cincuenta duros», y está la polla desde entonces que charla por los codos? ¡Como que se le ha metido en la cabeza lo de los cincuenta duros, y no hay quien se lo saque de la mollera!

—¿Y esa niña de qué la da?

—Una infeliz: vino de Sevilla con su madre, que es atroz, pues todo el pueblo dice eso... lo que oyes: y aseguran que la niña le habla á Frasquito; pero hasta ahora que si quieres... porque la *indina* lo que desea son los cincuenta duros. Y va á venir, pero pronto: como que algunas noches se queda aquí huyéndole á la otra, que para mí no es su madre.

Y mientras Araceli comenzó á hacer café y á tostar unas rebanadas de pan y freir dos chorizos en una sartén, diciendo:

—Esto, y gracias.

Carmelo, que se había levantado y bebido tamaño jarro de agua, que llenó en la tinaja que en

un rincón estaba, notó dos huevos dentro de una esportilla, y sacándolos dijo:

—Los voy á freir.

Se abalanzó á él Araceli, intentando quitárselos de la mano, á la vez que decía:

—No los estrujes; mira que no son míos.

—¿De quién, hombre?—preguntó Carmelo, que seguía descalzo, sin chaqueta y desabrochado el chaleco y sin abotonar los pantalones, habiéndose además abierto el cuello de la camisa.

—De la estanquerilla.

—Pues mira, que se los meta...—Y al dicho acompañó el gesto, estrellándolos dentro de una fuente que sobre el fogón estaba.

Lo miró Araceli con tamaños ojos abiertos, y con voz ronca y corajuda, le respondió:

—No faltes, que aunque pobre, soy honrada; y para que no te se olvide, pero para siempre, sabe que soy mujer, pero muy mujer, ¿estás? y á mí el que me goce ha de hacerlo con las cabales, ¿estás tú? No parece sino que una anda tirada á los perros. Lo que es, que tú y todos los hombres estais hechos unos *charranes* y no sabeis distinguir, midiéndonos á todas por igual rasero y tratándonos como á esas pobres mujeres, á *bofetás* y *patás*.

—¿Te he pegado yo á tí?

—Es que hay palabras que más valiera fueran *puñalás* de muerte.

—Á mí no me vengas con *belenes*.

—Tú lo que estás es *curda*, y los borrachos á dormir la *mona*.

Al oírse llamar borracho, Carmelo, con pres-teza, asíóla por las dos muñecas, y recostándola de espaldas sobre el fogón, la gritó:

—¡So marica, que lo eres!

La cocina era baja de techo, vigas negruz-cas, estrecha y pequeña, con ahumadas paredes. Había una ventana que daba al corral, con barro-tes de hierro, una puertecilla de salida y otra es-trecha entrada, comunicándose con inmediata ha-bitación.

Sólo tenía como muebles tres sillas de anea y una mesita baja de pino. El suelo de ladrillo muy aljofifado y rojizo, manando agua; una alacena, dos tinajas, y sobre el fogón, pucheros, cazuelas, sar-tén, platos y vasos y el candil de tres luces, de las cuales alumbraban dos.

Araceli, forcejeando, consiguió soltarse de Carmelo, dándole un fuerte puñetazo en la meji-lla izquierda; y desgredados sus cabellos y los ojos fuera de sus órbitas, gritó:

—¡A mi no se me insulta; so cobarde; porque una te ha querido siempre bien y te ha saca-do de tus apuros, dices esas cosas! ¡Charrán! ¡Sí, te lo diré, eres un cobarde; no le pegas más que á las mujeres, y le faltas á una sin venir á qué, mala *bebía*; sí, que en cuanto tomas dos tragos te acuerdas de lo que toda tu vida has sido; sin corazón; porque te lo digo; eres muy mala perso-na, para que lo sepas; sí, oye, y más claro agual Conque andando, á la calle, que estás en mi ca-sa y no quiero granujas; pobre, pero honrada.

Carmelo estaba azorado, sin saber qué parti-

do tomar, y mirábala, habiendo su cuerpo echado hacia atrás al notar que Araceli tenía un puntiagudo cuchillo en su diestra.

—Oye, mujer, mayormente me parece que el dicho no ha sido para que tú también te propases á faltarme; y eso de cobarde no lo dirás por mí... me parece que...

—Que *ná*, mala sangre; sí, cobarde.

—¿Cobarde yo? Por *via* de... mira que tú no sabes lo que has dicho,—y de un puntapié tiró por alto una silla que cercana á él estaba, y rechinándole los dientes y desatentado, agarró la tumbada silla, gritando:

—Que me traigan... me hago la tal y la cual; por *via* de...

—A la calle; ya te lo he dicho y te lo repito, cobarde; lo que has hecho con Lolilla, no lo hace el que tiene corazón.

—Por *via* de...

—Acaba ya, hombre, acaba; ¿por qué no dices por *via* de Lolilla?

Al oír Lolilla, Carmelo quedóse como paralizado; temblaba de piés á cabeza, y alargando el brazo cogió el jarro de lata, lo llenó de agua, bebióselo casi entero y salió al corral.

Se había sentado Araceli en una silla baja, tapándose el rostro con entrambas manos, y en esta postura estaba cuando entró la estanquerilla, y viéndola llorar, la dijo:

—¿Qué tienes?

—Nada, ese animal de Carmelo...

—¿Pero, está aquí?

— Sí.

— Pues me voy; le tengo mucho miedo á ese hombre.

— No me dejes sola con él; á ver si se le pasa la borrachera que trae el *indino*.

— ¿Qué te ha hecho? Tú has llorado. — Y quiso besarla; pero Araceli la apartó suavemente, diciéndola:

— Déjame, no tengo nada; cosas de la vida; yo quiero mucho á este hombre y él no lo ha comprendido.

— Pues mira; no es la hija de mi madre la que había de pasar berrinches por ningún hombre; *guita*, y sacarle los ojos.

A pesar de su aflicción, púsose Araceli de buen humor, mirando la bata de percal rojo con puntos negros, que la estanquerilla traía puesta.

Ella, notando que se la observaba, la desabotonó hasta la cintura por delante, enseñándole la camisa con ojales, y Araceli sonrió, añadiendo:

— Estoy que ardo de la coragina.

Carmelo entró inesperadamente, y venía limpiándose los labios con un pañuelo de seda verde que metió en la faltriquera derecha del pantalón, á la vez que mirando á la estanquerilla, la dijo:

— He arrojado hasta el alma.

— ¡Qué descansado se habrá quedado si le ha salido eso!

— ¿Por qué?

— Qué sé yo; porque se me figura que, según

el oficio, así debe de ser esa quisicosa que no sabe una lo que es. Mire, yo lo que puedo decirle es que un mocito que en Sevilla pelaba la pava conmigo por una reja baja, no hacía más que decirme una noche, «¡mi alma!» «¡alma mia!»; hasta que yo le dije:—Acaba ya, guasón, de declararte y que sepamos qué labia traes.

Araceli se había puesto de espaldas al fogón, y sin tornar la cabeza, le preguntó á Carmelo:

—¿Tú vas ó no á comer los chorizos?

—¿Y mis huevos?—dijo á su vez la estanquerilla.

—Allí los tiene en el...—señalando; pero al irlos á coger, Carmelo la apartó el brazo, y, asiéndola por el talle, la arrimó hacia él.

Ella le hacía señas como diciendo que mirara á Araceli; pero él, sentándose y posándola sobre sus piernas, mientras la sujetaba con su izquierda mano, con la derecha agarró la chaqueta, haciendo que ella sacara la cartera del bolsillo interior, y así que la tuvo abierta, quedóse atónita al ver los billetes que tenía dentro.

En esto púsose de pié la joven de espaldas á Araceli, y mientras ella abría las divisiones de la cartera, Carmelo la acariciaba.

Araceli pasó rozando de costado á la joven sin mirar, y al internarse en la obscura habitación, dijo:

—Voy al horno de junto por pan.

—Oye, tráete una botella de vino, y si tienen tortas, también,—agregó á su vez Carmelo.

La estanquerilla había separado y reunido

diez billetes de veinticinco pesetas, y mirando á Carmelo le dijo:

—Esto para mí, ¿verdad?

Él se echó á reír, y sentándola á horcajadas sobre sí la preguntó:

—Pero qué capricho es ese de los cincuenta duros?

—Mira: á mi prima Rosario eso le dieron... ¿y yo por qué he de ser menos? Ya que una... en fin... Y apoyando el rostro sobre el hombro izquierdo de Carmelo, á la vez que sollozaba, decía:—¡Qué pensarás de mí! Pero no se lo digas á nadie...

.....

Volvió Araceli, y, al verlos, dijo:

—Animal, si habías de hacer una de las tuyas.

Fidela, que así se llamaba la estanquerilla, respondió:

—Pues mira; si alguno había de ser el primero, más vale que lo sea él.—Y se puso de pié como gallina clueca que sus plumas abulta.

—Buena la has hecho, hombre,—continuó Araceli,—y en mi casa. No parece sino que soy tu más aborrecida enemiga.—Y sin mirarlos, puso sobre la mesilla dos roscas calientes, un plato de tortas de aceite, una botella de vino blanco y montón de pestiños de harina enmelados que en un cartucho de papel traía.

Carmelo cogió un pestiño, y partiéndolo, dió la mitad á Fidela, que comenzó á comerlo, pasándose la sutil lengüilla por los labios y mi-

rando de soslayo á Araceli, que iba y venía de mal talante de uno á otro lado, hasta que, entrándose en la habitación contigua, encajó la puerta.

—Más bueno, más bueno,—repetía Carmelo cuando la vió marcharse, sirviendo un vaso de vino á Fidela, y brindando:

—Por tu cuerpo.

—Por el tuyo.—Y sentóse en sus piernas, y besándolo decía:—De verdad, ¿me quieres tú, mi alma?

Comenzaron á tañer las campanas en la iglesia, y Carmelo, asomado á la puerta que daba al corral, dijo:

—Ya se va ese tunantillo de lucero.—Y mostrándosele con el dedo pulgar á Fidela, empezó Carmelo á observarlo de nuevo, diciendo:—«Anda, terror de labriegos y campesinos: anda ya, *Matagañanes*, que no rijes para mí. Bastantes años no he escuchado más que «levanta, muchacho, que ya asoma el lucero; chiquillo, ¿no ves que con él viene después el día?»

—Pero ¿qué es eso?—preguntó como azorada Fidela, mirando.

—*Ná*, hija; que esa es la vida: que para unos ahora empiezan las fatiguitas negras, y ya tu ves, nosotros nos vamos á recostar.—Y entrándose ambos, la besó de nuevo, teniendo que sujetarla: como que ella se bamboleaba, cimbrándose sobre sus piés.

.....
.....

—Mira, Fidela: yo tengo que ir sobre las once á Sevilla, y lo mejor será que, como tú has dicho, te fueras al camino, y sin pasar la barca, te subes en un carro de esos con toldos, y yo te esperaré en el Puente de Triana.

--¿De veras? ¿Y no me vas á engañar?

—Niña: ¿tú á mí por quién me has tomado?

—Te digo eso porque no quiero que me engañes. Si luego te has de aburrir de mí, á lo hecho pecho; y si había de ser otro, mejor tú que nadie, y no ese látigo de *Guarda-polvo*, *pelmaso* y *guasa viva*.

—¿Pero ese...?

—Lo que tú oyes: y para que lo sepas te diré la verdad. Esa mujer no es mi madre; me sacó del Hospicio con papeles *fingios*, y me ha hecho pasar el *sino*. Ella no es más que una grandísima alcahueta que lo que quiere es *guita*, y lo que una gane no es justo se lo gaste ella en sus borracheras y *juergas* la muy candonga, que no quiere trabajar y sólo gusta de los chavales.

—Bueno; más bueno si te libro de ella. En la calle del Amparo tengo yo una comadre que me aprecia, y allí te pondré una sala en su casa; pero niña, *ná* de *timarse* con nadie, porque si pasa eso, no te queda un diente sano.

—¡Ay de mí! Mire, yo, hasta ahora me parece que no puede quejarse: ha sido el primero, y.... vamos, estoy corrida: le digo que sobre eso á los que salgan al paso, con decir: «á otra puerta, hermano»; porque en no queriendo una mujer, aunque la abran en dos tajadas....

Y se abrazó á Carmelo, y besándolo y tomándole la cara, lo miraba y remiraba diciéndole:

—¡Valientes ojos, chiquillo! ¡Me vas á charlar!—y arrimada su cara á la de él, entonó con suave y bien medido diapasón:

«Pusistes tu cara junto á la mía
y me sentí perdía....»

Carmelo se la comió á besos, y apartándose, abrochó el cuello de su camisa y chaleco; y alargándole el extremo de la faja, hizo que la sostuviera extendida, y dando él vueltas con su cuerpo ágil y flexible cintura, quedó enroscada, prieta y sujetísima la faja, poniéndose después la chaqueta.

—¡Olé! vivan los hombres ligeros.

—Al avío, niña: conque ya lo sabes,—y mirando el reloj,—las cinco y media van á dar,—acabó por decirla.

—Oye, prenda: me comprarás un relojillo, aunque sea de latilla, para saber las horas cuando tenga que esperarte.

—¡De latilla...! ¡De oro, y de la casa de Anzola el de la calle de las Sierpes, ¿estás?, ¡que quien me va á charlar á mí vas á ser tú! ¡Valiente niña! ¡Cuando la vean! ¡Y no tiene ojos! ¡Y eres poco querenciosa! ¡Si te creces á la puya! ¡Jú, jú!—Y haciendo como si se tirara á fondo, dando una patadita sobre el suelo, gritó: —¡Jú!... hasta la mano.

Mirábalo ella embaucada con las promesas de la sala y el reloj, y palpaba en el fondo del bolsillo ancho que su bata tenía los cincuenta duros

en billetes, y él metiendo la mano en el chaleco, la dió varios duros y unas pesetas sueltas; y al notar que entre ellas había una pieza de oro, francesa, de cuarenta francos, recogióse la diciendo:—ésta *nones*, que me la tiró la francesa la primera vez que *vidome* torear.

Fidela arrugó arqueando el entrecejo, cerró sus ojos, y restregándose los, añadió:

—Por vida del demontre; qué mala suerte tengo: en cuanto me aficiono á un hombre, *pata*.

—¿Pero tú antes te has aficionado á otro, alma mía?

—Nó, niño; es un decir: que como te tengo clavado dentro de mi corazón, se me ha subido el calor á la cara en cuanto te he oido nombrar á la francesa.

—No hagas caso; esa es una *pastiri*, pero de las grandes, para que lo sepas.

—Sí, pero ella te quiere.

—Pero nó, nada, la guasona, mirar y rete-
mirar.

—Será que no sabes trastearla.

—Será.

—Todas las mujeres tenemos un resorte que, en cuanto nos lo tocan, se abre la caja.

—¿Qué caja?

—¿Qué caja ha de ser, so *lila?*: el corazón.

—¡*Ajú, ajú*, y qué labia de niña!

—Pues mira tú que para labia el Marqués.

—Ese es un músico....

—Anda, vamos á despertarlo, que antes cuando fui á lavarme entré en su cuarto y llevé el ca-

bo de vela, y.... ¡que si quieres!: con la *jeta* á la pared no hacía más que *júz, júz*, y ni la campana gorda del Giraldillo lo despierta. ¡Pero qué sueño! ¡*camará!*; es para mearse de risa.

—Anda, que me marchó y que no quiero que me vean salir, y despertándose el Marqués pueda verme y....

—Irá ese á....

—No es *chivato*; eso sí, no se le va la lengua; más *callao* que un ganadero que conozco yo, que siempre dice: «Carmelo, que están gordos». Mal tiro le den á los....—Y no acabó la frase.

Entraron á la chita callando en el cuarto del Marqués, y al pasar por delante de la habitación de Araceli, Fidela observó que la puerta estaba cerrada con llave, lo que hizo notar á Carmelo, que sólo dijo:

—Que le dén...

—Anda, pobrecilla, que te quiere mucho.

—Que la compren dulces.

El Marqués dormía boca arriba, con el embozo de la cama tapándole de la cintura abajo, y cubierta la parte alta del cuerpo con una camiseta de seda anaranjada con mangas cortas, que dejaba ver sus abultados bíceps, redondos brazos y blancas manos con sonrosadas y limpias uñas.

Carmelo miró alrededor de la habitación, notando en el suelo la palangana, una toalla colgada sobre una silla, y un frasco de cristal con etiqueta, que dió á leer á Fidela, pues dijo que sabía, y como pudo pronunció: «*Eau de Lubin*».

Todo el traje del Marqués estaba sobre el po-

yete de la ventana, y encima del mismo los calzoncillos y camisa, doblados, y en lo alto los calcetines sedosos.

—Mira, niña, lo mejor será dejarlo: está reventado de lo que echó por la boca esa persona: ¿tú no oistes lo que *rajó*?

Y Fidela le besó en los ojos antes de irse, haciéndole saber que á su casa no iba porque estaba en la mitad de la calle, le dió á guardar los cincuenta duros, y atrancó la puerta de la casa.

Araceli no quiso abrirle ni contestaba, y á fuerza de mucho golpear la puerta, oyó Fidela que respondía:

—¡Que no abro: déjame dormir!

Y Fidela, perpleja, se puso á mondar una naranja, que en la salita vió sobre la camilla, y de puntillas, se dirigió al cuarto del Marqués, y tanto lo zamarreó, tocó y palpó, que despertado, y sentándose en la cama, dijo:

—¡Oh tú, ninfa matutina, que me despiertas de mi profundo sueño! ¡Oh tú, zagala virgen que mondas y libas naranjas de la Siria!...

—Mire usted, eso no...

—¿Cómo es eso?

—Cuénteselo á Carmelo.

—Quién ¿él? ¡ahhh!: el vampiro bebedor de sangre juvenil; espada flamíjera que taladra lo mismo cerviz cuerosa que nardos y azahar troncha: feliz hijo de Marte, que ha blandido su espada y hundídola en capullo de rosa. Ven y que te bese: ven, vestal á medias, que te olisquees y

aspire tu candor, que se desprende como efluvio de lirio purísimo.

—¿Pero esa jerga qué es?

—Lo vas á ver: dame mi *chaquet*: nó, ese no es; el otro.

—Cuál, ¿ese *futraque* con faldones?

—Ese á la inglesa para los oradores: tráemelo y verás.

Lo puso sobre la cama, y el Marqués, sacando su cartera, separó dos billetes de cien pesetas y dos de veinticinco, y doblándolos se los ofreció.

Fidela no sabía que hacer, y cerrando la puerta con el cerrojo, demudada de rostro, acostóse en el sitio que la hizo en la cama el Marqués, que gritaba:

—Donde ha pasado Aquiles, bien puede pasar...

—¿Quién?

—Yo.

—¡Pero qué labia tienes! Y le abrazó, juntándose toda ella al cuerpo de él, exclamando:

—¡Mi alma!

XX

Á las dos y media de aquella tarde acababan de almorzar el Marqués, Don Miguel Cordona y Carmelo en la fonda de *Las Delicias*, en Sevilla, cuando llegó Curro á buscarlos, diciendo:

—La francesa hacia acá se encamina á comprar perfumes en el Bazar.

Pagó Carmelo la cuenta, y á buen paso, seguido del Marqués, Don Miguel y Curro, dieron en la plaza de la Magdalena con ella, que seguida de su perrito, paseándose allí, tomaba el sol.

Tenía Beatriz puesto un sombrero en forma de plato, de fieltro peludo y negro, con bombeadas alas: por encima extendíase de un lado á otro un encaje negro formando lazo, sujeto con un broche que simulaba una mariposa. Casaquita azul marino de finísimo paño, abierta por delante, y tres cuellos formaban como una pelerina que apenas caía sobre sus hombros, de mayor á menor, y uno de ellos era de cachemira crema, y las solapas de la chaquetita de paño rojo,

dibujando sus contornos botones de oro, y sobre ellas encajes; el cuello de su blusa, crema de color, oprimíalo un collar de perlas.

Los puños de las mangas de la casaquita llevábalos abiertos, y las bocamangas también estaban de seda forradas.

La falda era como la casaquita, de paño azul, y escurridiza, con cinturón rojo de seda, que sólo se veía por delante, y pendiendo de él, á su costado derecho, y hasta medio muslo, sobre el vestido, una larga cinta roja como de cuatro dedos de ancha, bordada en su extremo con un anagrama en oro, como de semejante metal era el fleco con que acababa.

En sus orejas perlas negras, gruesas como chícharos; brazaletes en su muñeca que por broche tenía un diminuto reloj de oro, rodeada de rubíes la esfera, y guantes gris perla de piel de Suecia.

Sus zapatitos escotadizos eran de charol y casi sin tacones.

Cuando Beatriz, el Marqués, Carmelo, Don Miguel y Curro, desde la plaza de la Constitución, á donde habían ido á parar, pues quiso el Marqués que desde allí viera Beatriz perfilarse la Giralda, se dirigieron á la calle de las Sierpes, llevaban detrás de ellos gran gentío. Codiciosos y husmeadores, seguíanla mirándola, y con nariz respingada la olfateaban todos, los que iban como los que venían, ó asomándose á las puertas de las tiendas, contemplábanla, y hubo empujones, codazos y carreras, y aquello de ¡valiente mujer! y ¡olé y viva Francia! y ¡bendita sea tu madre! á

lo que Carmelo, orgulloso junto á ella, á la vez que iba respondiendo á los saludos con las manos, apartaba á los muchachos boquiabiertos que les entorpecían caminar, diciéndoles: «Por *via* de...» Por cierto, más de uno parecía un can, y todos algo semejante á perros que siguieran á perras como galanes, al sentir los efluvios de la hembra.

La calle de las Sierpes es peculiar, quizás una de las pocas que hay en España con fisonomía y carácter propios. Encanto de los extranjeros, que al pasar por ella la primera vez, quedan embaucados con su aspecto, atmósfera y sevillana manera de ser.

No buscad en ella lujosas tiendas, deslumbradores escaparates: estrecha y con abigarradas edificaciones, su nombre es adecuado, y como verdadero reptil, extiéndese en aquella parte de Sevilla semejante á un resto borroso de pasados tiempos, y en embrión de lo que la piqueta demolidora pueda derribar en lo futuro.

Su especialidad son los cafés, los círculos y casinos, con sus puertas y ventanas acristaladas, tras de las cuales los socios están de tertulia, tomando el *moka*, fumándose puros de todas clases y viendo pasar los pacíficos transeuntes, pues el piso invita á discurrir perezosamente.

Los embetunadores, tiendecillas de aperitivos, barberías lujosas á diestro y siniestro é innumerables tiendas de todo linaje forman su comercio peculiar y todo ello completa el rompecabezas más original que á la imaginación del paseante se pueda presentar como acertijo.

La frecuencia con que cambian las tiendas de amos y la mutabilidad de comercio, indican á las claras que no es calle en que se enriquecen los industriales, y sólo algunas de especialidades ó de crédito y fortuna, sostienen allí desde luengos años el muestrario de su industria, como, por ejemplo, la guantería de Gely, tal cual tienda de joyas de similor y algún sombrerero ó barberil rincón, pues la mayor parte de los otros andan á menudo con los muebles sobre la cabeza.

Es muy raro ver por ella pasear señoras; efectúanlo temerosas, de refilón, ó en los días de gran solemnidad, como Miércoles y Jueves de la Semana Mayor, á la vuelta del *Miserere* cantado en la Catedral; Jueves y Viernes Santos cuando pasan las Cofradías, donde suelen sentarse en las sillas; la vispera del *Corpus* y la mañana de este día, antes y después de la esplendente procesión. En esos días y noches de gran festividad, un gentío imponderable hace dificultoso el andar entre aquella aglomeración de cuerpos humanos, apiñados y prensados, tropezando los unos con los otros, sin que se pueda avanzar un paso.

Beatriz dijo al Marqués:

—Es muy original esta calle, y debe tener muy curiosa historia: usted, que todo lo sabe, cuéntemela y le estará agradecida.

—Señora: antiguamente la llamaban de los Espaderos, porque en ella vivían los fabricantes de espadas. He leído en cierto libro de Félix González de León que el nombre de Sierpe lo tomó de una quijada de sierpe que estaba sobre la puerta

de un mesón que había en esta calle; pero tengo por falsa esta etimología, y creo más bien, y es lo cierto, que el nombre de Espaderos lo perdió cuando vivía en ella el nombrado prócer Don Alvaro Gil de las Sierpes, cuya casa dejó á su descendencia, y debe llamarse de las Sierpes ó de los Sierpes.

Cuentan sobre una pelea que se efectuó en esta calle entre una sierpe y cierto caballero; pero creo que es algo parecido á cuentos de rebuscadores de archivos ó comentaristas de nuestro preclaro ingenio Cervantes, á quien le cuelgan cada sambenito, que si él resucitara verían esos señores qué turulatos se quedaban al ver la honesta distancia á que de ellos se ponía.

Muchas cosas hay que forjarse de esta calle, porque hoy no se ven: siguiéndola, se encuentra lo primero (hablo de tiempos pasados), el convento de Santa María de Pasión. Este convento fundóse el año de 1585, en el mismo sitio y casa que dejaron las monjas de Belén, cerca de los Cuatro Cantillos, collación de San Gil, con rentas que para trece doncellas le dió Gabriel Luis, mercader caudaloso. No está averiguado en qué año se trasladó á esta calle el convento; pero debió ser pronto, porque en el año 1594 murió la primer monja, que se llamó Sor María de Santa Cecilia, y se enterró en el patio principal de este convento, donde tiene losa que expresa estas circunstancias.

—Al grano, —dijo por bajo Carmelo, viéndolo engolfarse en hacer historia.

—Posteriormente, á la salida de las monjas, se habilitó la iglesia para decir misa, y en el convento se estableció la imprenta del *Diario Sevillano* y la oficina litográfica que había en esta ciudad.

Siguiendo la calle, en la pared del convento de San Acasio, casi al piso de la calle, existía una lápida con una inscripción romana que decía, traducida al español: «*Quinto Fabio—Quirino—Fabiano, natural de Silurco y también ciudadano de Córdoba, hijo de Quinto, de edad de 44 años, con los suyos está aquí sepultado: séale la tierra liviana.*»

—Que así sea—dijo Curro, mirando á Carmelo, que agregó su muletilla de «¡Por *via* de...!»

—Más adelante de la calle se encontraba la portería de las monjas Mínimas, que las echaron con la música á otra parte cuando la revolución gloriosa de Septiembre de 1868, y en dicha portería había un nicho con la efigie de San Francisco de Paula de tamaño natural.

Continuando la marcha, se llega á la cruz conocida por la de la Cerrajería: su verdadero nombre es como la llamaban, Arqueros, y había cuatro sierpes que formaban los pescantes para sus faroles.

Más adelante estuvo el retablo de Nuestra Señora del Carmen, que se trasladó á las gradas del Salvador, y más arriba, casi al final de la calle, se encuentran las casas que fueron de los caballeros Tellos, que guardaron la excepción y privilegio de que delante de sus balcones parasen

los carros donde se representaban los autos que era costumbre ejecutar el día del *Corpus*, excepción que duró hasta que desaparecieron los tales autos.

Cosa curiosa: junto á estas casas estaba situada la Cárcel Real, cuyo origen sería extenso contar, y en donde estuvo preso Cervantes. Lo cierto es que en 1418 ya estaba en este sitio, porque en él la reedificó la insigne y nobilísima dama sevillana Guiomar Manuel.

Después de muchas peripecias, y de cierto pleito con el Cabildo eclesiástico y debate con la Santa Iglesia, que llegó el caso á *cessatio Divinus*, y que duró desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, se arregló amigablemente, y hoy, como ya ve, es el Círculo de Labradores.

La escobilla de los blanqueadores, que todo lo enjalbega; los revolucionarios de pacotilla, verdaderos furibundos picapedreros, han dado al traste con lápidas que había por doquier en estos sitios, y que eran muy peregrinas y hasta amenas y que serían el encanto, en estos modernos tiempos, de arqueólogos y *touristas*; las nuevas edificaciones, todos esos frentes de casinos y cafés, han venido á quitarle mucho de su antiguo carácter...

Beatriz, á su vez, dijo:

—Ya hemos oído al Marqués; señor Don Miguel, ahora á usted le toca.

—Pues, oiga usted, señora: lo *sui géneris* de esta famosa calle es su psicología: sí, permitame cierta expansión; viene al caso decir lo que por ella pulula y pasa. Pues, advierto á usted, señora

mía, que está en Sevilla; y tiene que tener quince sentidos, que no bastan cinco, pues los sevillanos son agudos de ingenio, sagaces y avisados y ladinos, y andamos en un centro intrincado y versado en bellaquerías y diabluras, como las que va usted á oír.

Por aquí pasan, pululan, se estacionan, discurren, alientan, medran y viven todos los ingenios y malas artes, pues lo mismo se ve, desde el principio al fin de la calle, á los pacíficos transeuntes que estiran sus piernas paseándose de punta á punta, que á la exhalación del que va y viene en busca de alguien; el que trae un recado, como el que lo lleva. El manso; el iracundo que discute á grito pelado con el de grave voz, que responde apenas; mientras uno ríe otro calla; quien taciturno casi no ve donde pisa, como el que tropieza con la fuerza aceleratriz de sus pasos; que anda á caza de lo suyo ó de lo ajeno, con el acicate del amor, hambre, codicia, celos, lujuria, ira, con aquello de Cristo melleve, y transporta en volandas su pasión ó sus deseos. Paséanse graves y sesudos Magistrados, ó de curia, como los que ejercen la abogacía, buscavidas de ajenos caudales, Jueces mal retribuidos para hacer justicia, y tal cual señor Cura ó mundano Canónigo, vestidos de seglar, aunque mal cuadre á su señor Arzobispo. Y eche usted guindas de estudiantes que en estos cafés, cafetines, cafetuchos, aperitivos, casinos y colmados, aprenden lo que no quieren oír en las aulas. Y no digamos nada de corredores con tamañas carteras llenas de

negocios reales ó fingidos, de que hablan y no llevan á término y que sólo en su magín sustentan, como maná que esperan les llegue á la abierta boca.

Pues, ¿y el labrador ó ganadero que, olvidado de «hacienda, tu amo te vea», se contenta con mirar al cielo, y como las ranas pide agua para sus siembras, hierbas y arboledas, y tras de los cristales de los grandes casinos fuma y habla de todo menos de lo que es su pan de cada día?

Así verá usted cómo bajo este cielo azul, que no entoldan pardas nubes, muchos miran hacia arriba, pero son los que no saben de dónde les venga el bollo; y aquí discurre un cesante que acosa al compañero ó embiste al político, pidiendo la credencial que nunca llega, y entre tanto pasa hambre, le oirá criticar, clamar, tronar que lo existente es insostenible y que su estómago demanda á voces un cambio de gobierno, y dice famélico: «Acudo á usted, Don Fulano, para que me preste un duro; mire, señor, la carta; pronto llegamos á mandar; ¡como que están al caer estos pícaros bribones que nos arruinan!; por caridad, que su noble corazón no me deje sin consuelo.»

«Tengo á mi mujer con las últimas boqueadas; sólo esta medicina puede hacer el milagro: ya lo ve usted, una cosa baladí, seis reales; para usted, no van á ninguna parte.»

«Caballero, de su buen corazón é hidalguía lo imploro: no puedo dar tierra á mi hija» (y con igual stratagemata la entierra por trimestres).

«Acabo de saber que está grave mi esposa en Cádiz y me faltan once reales para el billete: tenga usted una de sus corazonadas, y haga que recoja su último mirar y suspiro.»

«Mi situación es gravísima; todo téngolo empuñado, todo: vea las papeletas; déme con que sacar siquiera estas prendas, á ver si mejor vestido consigo colocarme en algo.»

«Vea esta letra que me han aceptado» ó «este giro mutuo que me ha remitido un tío; pero me exigen cédula, me piden los sellos móviles.»

«No puedo más; Sevilla es chica para mí: concluidos los fondos que traje, no sé por dónde tirar: mire usted, he pensado arrojarme al río; pero ¡qué barbaridad! no puedo dejarlos en la indigencia: hágalo usted por la memoria de su padre, que en gloria esté; he visto hoy el recordatorio en el periódico y en un día como éste no sabrá usted decir que nó.»

«¿Usted no me conoce? Nó, sí, lo sé, no he tenido nunca el honor de dirigirle la palabra; pero hay días fatales en la vida que la desesperación del hambre ciega; no mira uno ni el sitio: ¡Jesús, qué mal pensamiento!... ¡qué mala consejera es el hambre! Me siento capaz de carpentear, morder, hacer.... Mire usted mi título de maestro de enseñanza, sí, soy dómine: déme usted para tirar un par de días lo que sea de su voluntad.»

«Caballero, el arte está fatal, no hay quien compre un cuadro»; ó aquello de: «No hay medio de que encuentre contrata: representamos el verano pasado varias comedias en algunas ferias,

y así que se acabaron las frutas, que han sido mi consuelo, estoy que no me puedo tener de pie. ¡Quién lo diría! tantos aplausos, y ahora el desdén de aquellos á quienes convidé y pagué sus alabanzas.»

«Señor mío, bien sé que su respetabilidad y años.... pero es el caso.... mi sobrina Elena me encarga le diga que puede ir ahora á verla, está sola y desea hablarle.»

«Ha llegado de Ecija cierta pucela que es una rosa; véngase y aproveche esas primicias, por aquello de que «cuando pasan rábanos, comprarlos.»

«Dueño mío, al fin me aparté de mi mujer; aunque guapa es guapa, pero la cabra siempre tira al monte.»

«Permítame, Don Custodio, que le acompañe; lo avanzado de la noche, su corta vista y por aquellos barrios... no es prudente vaya solo...»

Por esta calle pasan el sesudo y el sabio, que si vendieran por arrobas lo que creen saber, écheles usted libras á su derecho romano, canónico y civil, ó quien dice, á la arqueología, literatura, política, ética y estadística; á su prosa cervantina, á sus comedias ó novelas ó libros didácticos que nadie conoce, á la influencia de su periódico, su saber administrativo, servicios á la patria, sangre y años por ella vertida y sacrificados; y no digamos menos del que ostenta lo mismo blasones y armas del tiempo de Hércules que del de ayer, Marqués consorte, y el que de Maestrante alardea, ó de Santiago ó Calatrava

su cruz muestra; como el caballero, comendador ó banda que luce en cofradías ó procesión del *Corpus*, aunque se cumpla en él aquello de «en tiempos de las bárbaras naciones, de cruces colgaban á los ladrones; y en el siglo de las luces en el pecho de los ladrones cuelgan cruces.»

¡Que se dan casos!

Corren parejas con el viento el que acude á ver si el marido, el amante ó el que paga, pasea, fuma, juega, habla ó está quedo, para irlo á burlar; ó el que devánase los sesos con la cuadratura del círculo, pensando en el pan nuestro de cada día; y lo mismo el mal vestido que el acabado de engalanar y viene sólo á lucir como lechuguino, el flamante traje á la inglesa, capa brillosa, gabán y botas nuevas, sombrero salido de horma, guantes sin patinas de uso, corbata recién recibida ó cansada de ver en escaparates; que á todos y cada uno les incita, predispone, anima y mueve sus pasiones, apetitos, alardes, vanidades y manías.

La calle es la gloria de los militares que pasan batiendo marcha y que no oyeron silbar una bala; cazador que todo lo mata; ginete que todo lo desbrava; cochero que á los troncos rinde; chulo que á su *sombra* torea; espada cuyo estoque hace trizas á los cornúpetas; matón que pega; tahur ganancioso; galán ó pisaverde á quien todas se entregan, ó cuantas mujeres mira, de él se enamoran; guapa moza que todos admiran; niña que lesalió en ella el novio; mujerzuela que arrastró tras sí al incauto forastero; la que fingiéndose

criada que va de compras, cautiva al burlador de mujeres; el que su dicha encuentra en ella, hizo el negocio, engañó al prójimo; y para los que estorban el paso, formando corro con tantos chulos, vagos, golfos, colillerillos, toreros y toreretes, desocupados, engreídos, extranjeros y forasteros que van de paso matando el tiempo, ú otros que en ella campan, viven ó pasan el día y la noche como en paraíso terrenal.

Infierno es para los mercaderes, que reniegan de los tertulianos que tapan escaparates, parroquia de fumadores y charlatanes que nada compran y que son como el perro del hortelano, que ni comen, ni á los demás dejan hacerlo; para los que sufren hambre y sed de justicia, llevan afrenta, afligen penas, guardan resquemores, ó la cruzan, ora de día, ora de noche, con continuo gritar, pregonando sus mercancías ó periódicos, *El Porvenir* y *El Noticiero*, el gordo, el 22.346 «que en la lista lo vereis»; como el que de día es ciego y de noche ve, cojea á la luz del sol y corre que se las pela con la luna, recibe pisotones si es míope, encontrón el distraído, manchas el pulcro, desdenes si ofrece su ambulante comercio, denuestos si en las esquinas estorba, y rabia, arde en ira, envidia, cuando no tiene lo que ve; ó el que sólo habiendo comido acelgas, huele, contempla y nota viandas, pastas, aromas, efluvios de *moka*, vinos de carmin ú oro y le flamea la cara humo de cigarro de la Habana; para el que mira el descuido del paseante y apoderase de su reloj ó cartera y lo prenden, como

para el que perdió de vista al que seguía para pedirle ó darle un *sablazo*, robarlo, quitarle honra, ó correr la voz de que está aquí, mientras otros acuden á descerrajar la puerta, efectuando el escalo que sobre este suelo han planeado; que sitio es á donde acuden muchos á todo género de cábalas, las buenas como las malas.

Sí, señora; infierno para la infeliz mujer que tiene que pasar por ella; y líbrela el santo del día del que la mira, requiebra, palpa, insulta y sigüe después como perro podenco que va tras de conejo que corre á encerrarse; del que no consigue el corretaje; no encuentra el empleo; para los avecindados que detestan el ruido las noches de cofradías y no pegan ojo; los chulos y chulas; los colilleros, á los que á puntapiés maltratan; la pobre ramera que la expolian, burlan y no consigue llevar en pos de ella al que hizo la rueda y que siguiéndola la dió esquinazo; la criada que vela los pasos del señor por encargo de su ama, mientras recibe al querido, y para el que tiene por haberes la noche y el día.

Y por esto, y por lo otro anteriormente dicho, ya está usted servida y apercebida, y sabe cómo, cuándo y quiénes pasan, viven, vejetan en esta sevillana calle de las Sierpes.

—¡Muy interesante, muy curiosa esta calle de los hombres; muy sevillano, señor Don Miguel!

—Está bueno, hombre—añadió Carmelo;—lo que usted no *especulice* no lo hace nadie, que es mucha su labia.

Y se entraron en la Cervecería España.

XXI

LA Cervecería, verdadera jaula cuadrilonga, con sus paredes y techos pintados y todo el frente de cristales, estaba concurrida; departían los parroquianos matando el tiempo, y eran en su mayor parte, los allí presentes á aquella hora, tres de la tarde, los de coleta, sus *adláteres* y amigos, que no escaseaban sus comentarios y alabanzas, recordando las arrogancias, proezas, estocadas y honra y provecho que habían recogido en sus correrías de verano los espadas, banderilleros, picadores de tanda, peones esforzados, sin olvidar á persona alguna de las que por algún lance creían dignas de que se les recordase, encomiara ó criticara, haciendo girones de sus honras, ó exaltando sus hechos cuando eran amigos y estaban allí presentes, que la lisonja es un buen bocado y el escucharla de otros del oficio la levanta y hace más dulce al oído.

Al encuentro de Carmelo salió Julio Bandera, mozo de *trapio*, con buena ropa, rostro mo-

reno, bigote, negros ojos, estiradas cejas y simpática persona, y sin dar tiempo á que Carmelo se sentara junto á Beatriz, el Marqués, Curro y Don Miguel, dijo Julio al Espada:

—¡Por la Magdalena, que te he estado buscando toda la mañana con el empresario de la plaza de toros de México, y que si quieres! ¿Dónde diablos te metes, que parece que te ha tragado la tierra?

—Pues *ná*, hemos estado dando caballadas calle arriba y calle abajo para que la francesa viera las tiendas, y el *arrastrao* Marqués y Don Miguel no acababan sus discursos.

—¡Como que es la mar lo que esos condenados *rajan!*

—Mira tú si *rajan*, que la emprendieron desde el principio de los siglos y han llegado hasta la fin del mundo. ¡Es la mar, chiquillo, la fuerza que gastan por la boca!...

—Como que el Marqués es ambidextro; para tu capote, ¿estás? Y ojo, que se abalanza como un jabato: y niño, ahora que trae *moneas*, que ha sacado este verano *tirando de la oreja á Jorge*, no te digo nada: ¡va á poner más pisos por esos barrios!...

Carmelo había tornado la cabeza dos veces para mirar á Beatriz, que escuchaba atenta al Marqués; y Julio, que comprendió el por qué de aquel ojear, le dijo, agarrándolo por un brazo y llevándosele á sentar junto á una mesa sin parroquianos:

—Oye, para que te enteres y no mires más:

la francesa sabe la *marchita que se trae* el Marqués y ni *pa el gallo se cuele con él*. ¡Tendría que ver!... ¡vamos, eso sería la mar! ¡Que no, hombre, que no puede ser!

—¡Si no entra á la muleta!

—Ya entrará, *so lipendi*; ¿no ves que está tomando el terreno? A esa vas tú á tener que hacerle un trabajo fino. Que te vea despegado, y en cuanto ella comprenda que tomas tablas para huir, salta la barrera tras de tí: la has de poner chocha; como que te lo digo yo: ¿no ves tú que cuando la *vide* el otro día mirarte al salir para Villa-Aldaba, pensé: ¡valiente *estocá* va á dar; vamos, hasta la cruz, ¿eh *gaché*? Y Julio lo abrazó efusivo, y pusieronse á hablar con el empresario de los toros que llegó á la sazón, Curro y Don Miguel, que vinieron á meter baza en el comenzado conversar que traían.

El Marqués, que estaba solo junto á Beatriz, empezó á su vez á galantearla con halagos, zalamerías y requiebros, pero apercebido de que no estaba el horno para tortas, comenzó á adorar el santo por la peana, ponderándole la bravura de Carmelo, su temerario valor, alma bien templada y corazón lleno de ternuras como el de un niño.

Esforzábese el Marqués en decir más de lo que sentía, y fué tan allá que le pareció á Beatriz un enamorado pregonando su idolatría por una mujer encantadora.

—Mire usted—decía el Marqués,—estos hombres no tienen más flaco sino que á veces les sue-

le dominar el vino; subyúganles las vanidades, ríndenles los halagos, embáucanlos mujercillas; ciéganlos las pasiones y rencores, enemistades y odios, antagonismos y envidias, y al lado de ellos tienen los celos su estancia favorita, que sus amores son de verano, y si te ví no me acuerdo; su querer á merced de la veleta de sus caprichos del momento; alarde de buena fortuna vanidad, apetito, ó fantasías pagadas con mala moneda, que todo ello lo trae aparejado la vida que han llevado y la que llevan, y el jugarse la existencia á cada instante cuando están frente á los toros. Si, señora mía, siempre sus amores acaban en dramas, y por doquier pasan hay mujeres desesperadas que sienten, lloran, rabian, maldicen la mala estrella de haberlos conocido y amado.

—Pero, señor Marqués, todo eso será ó no será; permitame le diga que habrá...

—Sí, señora, como en botica: yo le esbozo á usted el cuadro bajo todos sus aspectos y colores.

—Sí, colorista; usted es muy colorista; y ya lo he observado y fijádome en que con su palabra amontona lo real con lo fingido y á veces exagera: la nota debe ser justa y nunca extremada.

—Pues, mire usted, yo detesto la realidad, la prosa de la vida: córteme las alas de la fantasía y entonces no doy pié con bola; en medio de todas mis visiones y ponderaciones yo le aseguro que suelo dar en el clavo, y que pocas veces machaco en hierro frío.

—No lo dirá usted por mi; me parece no...

—Efectivamente, usted no me ha dado pie para ello, ni yo me propositaría á ir más allá y meterme donde no me llaman.

Beatriz, agarrando con afectación la copita que ante sí tenía llena de anisete, y bebiéndosela, sacó su bañado pañuelo en esencias de nuevo heno, que su perfume favorito era, y pasándoselo por los labios, dijo al Marqués con un tonillo entre agrio y dulce:

—Mire usted, seamos buenos amigos; me es usted simpático.

—Y usted á mí persona muy grata...

—Está bien, gracias, se lo agradezco; pero deseo comprenda que soy una dama.

—En España solemos decir toda una real moza.

—Es usted incorregible; deje esos cumplidos: ustedes los españoles siempre tienen el corazón en la mano y...

—Y cada uno el alma en su almarío.

—Déjeme acabar, —añadiendo en francés:— *mon cher ami*; usted es un *enfant terrible*.

—No lo crea, soy de cera.

—Bien, quiero que sepa ante todo que amo muchísimo á Carmelo y le profeso verdadero y real afecto: ya ve usted que sin esto no hubiera venido á España. Me encanta lo salvaje que es, sea dicho entre nosotros, lo poco que habla, sus miradas que despiden fuego y lo primitivo que calculo será en sus ideas, opiniones y manera de juzgar la vida.

—Mire usted, señora; ese es un sondeo inson-

dable, y si usted cree llegar á comprender esa alma, se equivoca: es una psicología que se la doy al más pintado. Ustedes tienen en Francia un Paul Bourget que andaría á ciegas.

—Para nosotras las mujeres son más fáciles esas exploraciones; no hay hombre que tenga secretos para su almohada. Imagínese usted lo que quiera y comprenderá lo demás.

El Marqués se llevó la mano al ala del sombrero, y saludando á Beatriz contestó:

—Todo lo puede el amor, ó la pata de cabra, y ante su belleza se rendirán los bronces y las estatuas.

—No quiero estatuas; pero es menester antes saber apoderarse de mí...

—De su albedrío.

—Me ha encantado su dicho; eso de que los amores de los espadas acaban siempre en dramas me seduce; estoy enajenada.

—Sí, señora, los amores con estos hombres de capa y espada terminan siempre de manera trágica. Atienda, escuche, sea toda oídos, que la historia que voy á contar es por demás peregrina y no hay que echarla en saco roto, que al lado de estos hombres se hace carne y la vida se tiene siempre en un tris.

Sucedió que hace pocos años, pues lo acaecido está, como quien dice, aún muy fresco en la memoria de todos, que cierta dama, también francesa, se enamoró de otro torero y lo vino siguiendo á España. Aquella desgraciada, víctima de su pasión, fué la más inteliz de todas

las mujeres. ¡Cuán hermosa era y qué corazón tiernísimo tenía! Mas no le valió su belleza sino para su propia desgracia, ni la escudó su bondad para que la trataran como á vagabunda, que por cierto no mereció su amor ser pagado con la moneda que lo fué.

¡Qué peregrinación y qué calle de amargura tan agobiante llevó!

Al principio sus amores fueron dicha y contento, alegrías desatentadas, pero así que él tuvo el apetito satisfecho, la hizo pasar por las horcas caudinas. Ella iba en pos de él por las plazas donde toreaba. Ella anduvo con él y entre toreros en los vagones donde viajaban. En las fondas y casas de huéspedes en que se hospedaban, aquí el uno la requebraba y allá el otro enseñábala á los amigos que acudían, divulgando el secreto de sus amores, y acullá, quién ebrio requebrábala y solicitábala; y mientras tuvo dinero, que gran talismán es, miráronla con buenos ojos, porque la iban desplumando hasta que la dejaron sin blanca. Sufrió ella vejámenes, tolerando insultos, vióse escarnecida, embriagábanla de intento, despojándola casi á viva fuerza de sus ropas, siendo aquellas desnudeces acicate á los deseos de los que la palpaban, no guardando á su sexo el más nimio respeto, pues todos á una gozábanse en mofarse, escarnecerla, sirviéndoles de hazmerreir.

¡Cuánto sufrió y pasó aquella infeliz mujer al verse burlada, dándose cuenta real de su triste situación! Mire, señora mía, acabó aquella aven-

turade manera tan ruín, que más le hubiera valido cegar, que así no habría visto lo que fué su muerte; y «ojos que no ven, corazón no siente».

Al cabo de meses y tras toda clase de pesadumbres, á aquella mujer, que notó «no es oro todo lo que brilla», escarnecida, pervertida y burlada, llegaron hasta abofetearla otras mujeres, y abandonada, fué á morir en un hospital.

Postrada estaba ella en el lecho, herida de muerte y sin remedio humano alguno, cuando el espada acudió á torear á aquella ciudad.

Súpolo ella y le envió recado, rogándole viniera á verla, y á la persona encargada de esta misión la mandó él á paseo y sólo tuvo para la infeliz una grosera palabrota. Hábiale, en sus viajes por Andalucía, quedado grabada una coplilla que le produjo gran sensación y cuyo final triste con apagada voz recitó antes de morirse aquella pobrecita tísica:

«Al pié de un árbol sin fruto
Me puse á considerar
Qué pocos amigos tiene
El que no tiene que dar.»

Sí, señora mía, téngalo por fidedigno, no abrigue duda alguna, cierto estoy de que siempre estos amores, si no acaban mal, no se guardan de ellos recuerdos halagüenos. Terminan prosáicamente. De toreros no esperar la lealtad de quien se ha hecho señor del corazón y pensamiento, porque la vida que llevan lo trae aparejado, que van con la espada por doquier rajando y matando. Sepa usted que yo he explorado algunos corazo-

nes de sus víctimas, y las que no lloran maldicen con sus ilusiones enterradas, y desengañadas, se avergüenzan de sus debilidades. Ponga usted, pues, los ojos en Francia, figúrese que es paloma mensajera, á la que dirigen la puntería, que «al ave de paso, cañazo», y procure, atienda y prevéngase para no ser una de tantas y que á la postre la traten como á la más aborrecida enemiga. En conclusión; sepa salirse por piés de la suerte y que no la coja el toro, y no sea usted una de esas mujeres que forman el rosario interminable de las que por ahí lloran, que tras del gusto sigue la tristeza.

—Admirable, el luchar me encanta,—dijo Beatriz.

—Sí, que no cabe usted en su pellejo, es decir, que la baila todo el cuerpo: y podrá ser que consiga usted concluyan sus amores como la mayor parte de las comedias de nuestro clásico teatro, es decir, casándose.

—¡Oh! es usted un gran jocoso: creo que así se dice: tiene mucha, como diré...?

—Diga usted sandunga.

—Bueno, sandunga, la cosa,—y se reía enseñando sus carminosos labios de fresones, nacarados dientes y lengua y paladar semejantes al coral.

Aquella última risotada de Beatriz hizo balancear sobre el asiento de la silla á Carmelo y decir:

—Por *via* de....

—Por *via* del demontre—le contestó Julio,—

todo eso, para que lo sepas, es jarabe de pico: la divierte el Marqués; más claro: te la pone como un guante.

—Sí, hombre—dijo Curro brutalmente,—salida, para que lo sepas.

—Ese hombre es el diablo...

—Me parece que te hace gracia.

—¡Quita allá!—dijo Carmelo escupiendo casi al aire y por entre los dientes, bebiéndose después la copa de ron que ante sí tenía.

Julio, después de gargarizar con la suya, y mordiéndose los labios, dijo á Carmelo:

—Veo que si yo no intervengo, este asunto no se arregla. Mira, lo que el señor te propone es la mar: el viaje pagado á tí y á la cuadrilla; gastos de fonda; diez corridas garantizadas, fijate, chiquillo, y veinticinco mil pesos oro, óyelo bien, puestos en España, libres: ¡vamos, hombre!

Carmelo miraba hacia Beatriz, y Julio viéndolo titubear, lo hizo levantarse de la silla, y sentándose juntos en inmediata mesa y solos, de quedo, le dijo:

—No seas animal, perdona que te hable así, alma de cántaro: ahora entra el invierno; no tienes nada que hacer; digo mal, vas á emprenderla con los gallos, las cacerías, tus borracheras, cuatro chavalas que te sacan el dinero, amén de las cogidas que te dan; acuérdate de la que te curó Pardales: y á propósito; ¿ese *barbián* qué?

—Es un buen amigo.

—Mas bueno, porque su voto pesa en la opi-

nión. Conque lo dicho; á aceptar el ofrecimiento: la prueba de que es *chipén*, la tienes en Don Miguel y Curro; ya lo has visto; están más callados que en misa. Mira, tú no sabes las mujeres que hay por las Américas; vas á venir cargado de retratos de ellas, pañuelos, medallones, brazaletes; no te van á caber las sortijas en los dedos, y de relicarios con rizados de cabellos, como prenda de amor, esos cuéntalos por cientos; y agrega sombreros de jipijapa, bastones de carey, cajas de cigarros y la legión de mujeres llorosas que vas á dejar enamoriscadas.

—Mira tú, Julio: el recurso de ir á las Américas no me parece que es para mí, sino para los que buscan dinero....

—No está demás.

En esto Beatriz vino á sentarse junto á ellos, al notar que Julio la invitaba por señas á efectuarlo cuando con Carmelo argüía, diciendo éste:

—Por *vía* de... que no me explico.... digo yo que esos que no piensan más que en venga dinero y más dinero, me dan asco; tú sabes que yo con una pringada me basta y me sobra, y que sólo me alegro de ganarlo bien por mi madre, ¿estás?; y es menester que te enteres que con la competencia que yo traigo con *Guardapolvo*, no le puedo dejar despejado el terreno.

--Mas bueno, Carmelo: habrás trabajado allí el invierno dándoles cada estocada á los toros que será la mar; como que los de allí son de bizcocho....

—Peor; si tú sabes que lo que yo quiero son

toros que embistan, ¿oyes? para que te enteres: en este arte que traemos mientras más bravos sean, más bueno. A mí me parece que eso de ir á América, es recurso de....

—De listos, so tontina: un paseo por el mar, y allí sales del paso....

—Eso nó, camará: yo toreo lo que *pueo*: ó me coge, ó lo mato; ¿estás tú?

—No seas bruto.

Beatriz juntóse todo cuanto pudo á Carmelo, sintiendo el tibio calor de su persona, topábanse de lado sus cuerpos, brazos, muslos, piernas, y ella, de puro emocionada, le tenía puesto uno de sus piés encima del suyo.

Carmelo miró á Beatriz, y callaron un instante.

—Yo creo—dijo ella,—que tiene razón Don Julio, usted debe ir.

—Pues, claro está, y á la vuelta le lloverán las contratas.

—Mira, Julio, mi cartel lo tengo yo en España.

—Que no; vamos, hombre, hay que ir allí á traer honra y provecho.

—Déjame de *belenes*, no te acuerdas del vómito y... vamos, que no me pide el cuerpo...

—¿El qué?

—Andar ahora por el mar.

—Si vas á ir como á cuerpo de rey, ¿tú qué te has figurado? ¡Vamos! estás más loco que ¿quién?... que los revisteros que escriben de memoria.

—Podrá ser, *gaché*; pero lo que es este hijo de su madre no pasa el charco.

Carmelo se bebió otra copa de aguardiente de Cazalla, probólo Beatriz, y dijo:

—Es muy fuerte;—á lo que añadió Julio:

—Pero mire usted, este licor es la mar; las mujeres, en cuanto tienen cuatro buches en el cuerpo se ponen como melcocha, y es el disloque. Y hubo una ligera pausa, transcurriendo unos segundos.

Agregóse Curro al grupo, y mirando á Carmelo que tenía la vista baja, anonadado con el contacto del cuerpo de Beatriz, dijo á su vez:

—Oye, niño; no te hagas de rogar, porque espadas sobran, y si no has de embarcarte, al pan, pan, y á vivir, que otro irá.

—Usted debe ir, no hay que titubear,—dijo á su vez Beatriz, fijando en él la vista.

—¿Yo? ¡Por *via* de...! De modo que usted también me *carga* para que me *largue*. ¡Vamos, pues esta sí que es buena!

—Sí, hombre; los que te queremos bien, eso te aconsejamos; ya ves que no será por *ná*, porque lo que es este Curro, no vuelve más allí, ni por *tos* los dineros.

—Como que te ibas á ganar todas las cargas de tomates y papas, en cuanto te vieran; sí, ¡hombre! como aquellas de marras.

Rieronse todos de la gracia de Julio; repitióla Carmelo en alta voz para que la oyeran Don Miguel y el empresario de Méjico, terminando el es-

pada con estas sentenciosas palabras, dichas de pié:

—Eso de ir á América es un pueblo; será ó no será, lo consultaré con la almohada.

XXII

AL anochecer acudió Carmelo á la entrada del puente de Triana, y se entretuvo en mirar al río, cómo alumbraban los faroles de los barcos, venir de paso las cigarreras de la Fábrica de Tabacos y artesanos de sus quehaceres, que Triana es barrio populoso y su puente crúzanlo muchos por las mañanas y otros tantos por las tardes, aumentando el tránsito los carros que vienen tirados hasta por seis mulas en hilera, que aún hay pueblos para quienes el ferrocarril no da entrada ni salida á sus caldos, cereales y mercancías nacionales ó extranjeras y llegan á Sevilla á la puesta del sol los tales vehículos á descargar para abarrotarse al siguiente día, continuando su tráfico.

Dentro de un carromato de dos ruedas, con asientos de cuerdas en forma de red, conducido por dos caballerías de reata, una detrás de otra, y con su toldo de cañas forrado de lienzo ordi-

nario, casi acostada sobre sacos de trigo, vió Carmelo á Fidela, la que al fijarse en las señas que éste le hacía, rogó al conductor parase, y de un salto se echó abajo, recogiendo un bulto de ropas que, dentro de colcha roja parecida á percal, traía formado con muchos nudos.

—¡Mi alma!—dijo Fidela á Carmelo cuando junto á él hallóse;—y siguiéndole fueron á parar á las gradas de la Catedral, habiéndose él levantado el cuello del marsellés, ocultando la parte baja del rostro, y ella con el pañuelo puesto en la cabeza y el mantón negro, ceñido también, iba tapándose cuello, barbilla y boca.

Carmelo la empujó dentro de una berlina que allí esperaba parroquiano, y entrando él, dijo las señas al cochero.

Apenas rodó el carruaje, Fidela besólo amorosa, y sin parar mientes en los que pasaban por la calle, recostada la cabeza en el hombro derecho de Carmelo, decía con melosa voz:

—Mira tú, niño, que la *arrastrá* de esa puerca de mujer tomará una *perrera* como para ella sola cuando se entere de que me he escapado; pero no me vió, porque, ¿estás tú? yo tengo más *pesqui* de lo que te figuras, ¿estás?: hice el bulto, por el corral lo tiré al campo, me salí diciendo que iba á casa de Araceli, y dando la vuelta, recogí mi lío, y piés para qué te quiero: me fuí, corre que el diablo me lleva, al vado, y allí estaba para pasar el carrero: no quería traerme: pero le dí un duro, que la *monea* todo lo ablanda, y he pensado más en tí por el camino...

si no me esperaré, ó si habrías dicho «si te ví no me acuerdo»; pero á mí no me pesa que hayas sido tú, y á lo hecho pecho. ¿Y dónde vamos?

—¡No te lo dije, *arrastrá?*

—Mira, he imaginado que lo más bueno será me lleves con mi prima Rosario: ella le habla á uno así como cajero en calle Francos. y allí tiene una sala: anda, por tu salud; no quiero ir á esa casa, que me da vergüenza.

Dijo las señas Fidela á Carmelo; repitióselas éste al cochero, que tornó el caballo, dirigiéndose en contraria dirección de la en que iba.

Entre tanto rodaba el coche, Fidela tenía cogida su diestra á Carmelo, y besándolo y acariciándolo, le repetía:

—Oye tú, mi alma; ¿verdad que no te aburrirás pronto de mí? Quiéreme mucho, *gaché*, que estoy perdida por tí; pero de verdad, por ésta, que mala *puñalá* me den si no es la *fiya*. Mira que yo no he querido nunca á nadie, para que lo sepas; y como tú has sido...

—Acaba ya, *pelmasa*, que no haces más que traerlo en los labios, pamplinoso.

—¿Te parece poco?

El coche se había detenido al comienzo de la calle de Matahacas. Pagó la carrera Carmelo, y siguiendo á distancia á Fidela, la vió entrar en un portal, tocando en la puerta de la izquierda, de las dos que había, fronteras una de otra.

Abrieron presto la puertecilla y Fidela entró, y como titubeara en seguirla Carmelo, le dijo:

—¡Acaba ya, *asaura!*

Estrecho corredor daba paso á una salita con ventana baja acristalada y rejas á la calle: por muebles sólo tenía un espejo en la pared; camilla con faldamenta y negro hule encima; cuatro sillas de anea, una cómoda charolada como de caoba, sobre la que estaban dos floreros de loza y flores de papel, y entre ellos, que guardaban distancia, destacábase un cuadrito con la imagen de un santo, vaso de cristal que servía de lamparilla, ardiendo en el aceite, y apoyado sobre una botella un retrato de hombre.

En el suelo felpudo de esparto, y sobre la camilla botella de vidrio, dos copas y canastilla de costura.

Rosario, la prima de Fidela, que al revés de ésta era alta, gruesa, de abultadas facciones, moreno rostro, ojos grandes, chata, labios gruesos, apretado pecho y cintura y salientes caderas, tenía puesta una blusa de lanilla verdosa y hueca falda. Mirando á Carmelo y á la muchacha, les dijo:

—Pero, ¿qué es esto?

—Pues *ná*, que me he escapado con este hombre.

—Sea por muchos años, si te conviene.—Y fijándose en él, continuó:

—¡Calle, si es Carmelo Reyes! No le había conocido.

—Mire usted—respondió Carmelo—«con ésta y otra serán dos veces las que nos habremos visto»; pero me parece que su prima, ó lo que fue no pierde *ná*: quizás sea por su bien.

—Vaya que sea. Conque al grano, niña, habla tú.

—Pues mira, Rosario, yo le hablo á este *gaché*: quería llevarme á otro lado; y como yo sé tus buenos *centros*, le dije que me trajera aquí, pues mientras busco un piso, más vale que esté en tu casa que no...

—No acabes; aquí tengo yo para tí una sala.— Y los condujo por el corredor, y después de enseñarles su dormitorio, que sólo tenía una cama de hierro color bronce, dos sillas de rejilla, alfombrita de cordoncillo y pequeña mesa de noche con su tapa semejante á mármol, hízolos entrar en la contigua habitación, amueblada con un catre de tijera y dos sillas, y trayendo Fidela el bulto, lo tiró sobre el catre.

Sentados alrededor de la camilla, avivó Rosario con la badila el brasero, y Fidela, metiendo su mano en el bolsillo derecho del chaleco de Carmelo, sacó tres duros, y, enderezando el mantón, dijo:

—Voy á buscar comida.

—¡Quita allá!—le respondió Rosario.—Voy á ponerme el vestido é iremos á comer...

—A la fonda de San José—contestó Carmelo.

—Oye, ¿dónde está eso, mi alma?

—Nó, lo mejor será ir á la taberna de los *Valientes*—objetó Rosario:—es sitio excusado: cogemos el tranvía aquí cerca, nos bajamos á la entrada de la calle de la Mar, y allí á un paso...

—Más bueno: conque, andando, pero de golpe, —á su vez dijo Carmelo.

Y momentos después salieron todos camino del tranvía.

Las tabernas en Sevilla, desde inmemorial época, han sido famosos centros de idólatras de Baco, pasatiempo de ociosos, añagaza de bobos, solaz de holgazanes, cátedra de picaros, cónclave de virotos, refugio y morada del que tiene por oficio halagar al engreído, explotando al dadivoso; comedores de paniaguados; cárcel en la que el que entra sale preso, pues por sus piés no puede andar, ó va que se lo lleva el viento y con las de Caín, si es iracundo. Entran unos ricos y conviértense en pobres, y otros que los bolsillos tenían llenos de aire, sácanlos repletos, que para todos hay y donde las dan las toman, pues suele de ellas salir trasquilado el que va por lana.

Pero es lo cierto que acuden desde el alba y continúan durante la mañana, mediodía, tarde, noche y madrugada toda clase de parroquianos: lo mismo se ve entrar al que de la noche hace día, al que de paso toma un trago ó á la callandica las recorre como si hiciera estaciones en estos tabernáculos, ó al que sufre del estómago, falto de confortadores alimentos, que el hambre es causa de que se busque calor; y no dejemos para otra ocasión al que tiene en su cuerpo solera y le pide trasiego en ella, ó vive alcoholizado, como el que sus alegrías cuenta ó malandanzas llora; que es moneda corriente entre borrachos cambiar entre ellos, arrojando por los labios en toma y daca, lo que en sus corazones como caudal amontonan.

Frecuentan, pues, estos manantiales el buscador de elocuencia que acrecienta su oratoria; fluidez el que la péndola enristra; ideas el ayuno, estéril ó pobre de magín, y baila bailando, corre á escribir alcoholizado lo que quieto no discurre ó no acierta á parir su ingenio, aunque el parto luego sea el de los montes, que esta aula poco enseña ó es fugaz lo aprendido, como llama que arde, brilla, se evapora... y la del humo.

Suelen las tabernas de Sevilla tener su clientela *sui generis*, y rara vez acuden á ellas parroquianos de otras, pues todas y cada una poseen su tonel de nombradía; y como hay para todos los paladares, cada hijo de su madre visita á donde le suelen dar en la vena, ó lo que es igual para el caso, conseguir fácilmente su deseo, que á buen alquimista no hay quien gane al tabernero, pues para ello tiene profundos pozos, aunque no de claras ni bien olientes aguas. El aroma tráenlo en sí los vinos del Condado, Manzanilla y Sanlúcar de Barrameda, todos puro néctar y ambrosía, que saben á muchos á gloria; ó los que con sólo olerlos, dicen: «ya que no bebo en la taberna, huélgome en ella».

Pero los tiempos cambian, y á las antiguas tabernas de esquinas ó aquellas situadas en rincones oscuros de noche, donde Venus y Baco estaban en consorcio, han sucedido lujosas tiendas que, si aún conservan de tabernas el nombre, no tienen su aspecto, estructura, usos, parroquianos y mostos

.

XXIII

ROSARIO y Fidela tomaron, al apearse del tranvía, por la calle de la Mar, como ellas la nombraban, siguiéronla, entrando en la de Harinas y volvían la cabeza para no perder de vista á Carmelo, á quien se le había unido, mal de su grado, cierto joven como de unos veinte años, flaco, con traje aún de verano, que daba frío verlo, tan claro de piés á cabeza iba, incluso el sombrero de paja de Italia que llevaba. Era de estatura mediana, rubios sus cabellos é incipiente barba, labios rojizos y pálidas mejillas, azules ojos, zancudo y de andar tieso y reposado.

La taberna tenía puertecilla ó especie de mampara semejante á caoba en la calle de Harinas, y por ella entraron Rosario y Fidela en la pieza baja de techo, con vigas pintadas de azul, de las que colgaban de trecho en trecho cuatro luces de gas en forma de lira; suelo de losetas rojas, paredes encaladas, y á uno y otro lado de la estancia, fronteros y con corredor en medio, cuartitos de pintada madera en blanco, que llaman camarotes, con pequeñas puertas que abren hacia fuera y que, por no llegar al suelo, dejan ver los piés de los que están sentados en bancos ó sillas junto á las tablas divisorias de unos y otros

de estos cuartos, habiendo una mesa estrecha y larga entre las dos hileras de asientos.

Entraron Carmelo y el joven en uno de los camarotes, cuya puerta habían dejado ellas entornada, y tocando palmas, apareció el mozo, fornido montañés, en mangas de camisa, con faja negra y obscuro pantalón y piés enchanclados.

—Yo—dijo Rosario—quiero para comenzar pescado, si está fresco, y jamón...

—A mí me trae usted langostinos y aceitunas—agregó Fidela.

—Pues á este amigo lo que pida—añadió Carmelo,—y á mí, ¡qué diantre, si no tengo maldita gana! Mire usted, que frían huevos con chorizos y... allá veremos.—El joven pidió á su vez que le sirvieran chuletas de cerdo y roscas de Alcalá.

—¿Y vino?—Fidela quiso *Fino gaditano*, pero el joven objetó que esa era bebida de mujeres, y con voz campanuda dijo al mozo escanciara á las hembras dos botellas de manzanilla de la *Corona*, otras dos de amontillado *N. P. U.* para ellos, y presto, para hacer boca, salchichón en ruedecillas, aceitunas aderezadas, una lata de sardinas y una cajetilla de pitillos de cuarenta.

Habíanse escurrido ellas los mantones: de un lado estaban sentados Fidela y Carmelo, y del otro Rosario y Paquito, que así él mismo se nombró, diciendo cuando una copa del amontillado bebióse de un trago:—¡Cuándo te verás en otra, Paquito!

Rióse Carmelo de buena gana y le llamó *gatera*, y comiendo aceitunas comenzó á decir á aquéllas, señalando al joven:

—Acá es muy amigo mío, y lo aprecio: es periodista, y hace, como él dice, las crónicas de toros; pero aunque pobre, todavía está por ver que le haya pedido ni tomado una *perra chica* á ningún torero.

—Pobre, pero con vergüenza,—interrumpió Paquito.

—Así es, y con la verdad por delante; yo le quise antaño dar treinta duros para mercarse un traje y me respondió: «¿Usted á mí por quién me ha tomado?»

—Así fué, y yo sigo las huellas de las crónicas taurinas de *Carrasquilla*, que no hay en España quien las haya escrito como él y son un primor de literatura, donaires, gracias y sutilezas; pues á él tampoco ha habido quien le dé ni una *perra chica*; selas hubiera tirado á la cara; imprimía sus revistas, vendiéndolas como pan bendito.

—Ese es amigo mío, y es un *barbián*; pero ese trae la guasa y verdad por delante y ésta siempre duele.

—Oiga usted, andan por esas capitales de España muchos revisteros que medran del sudor de los diestros y cómicos y son causa de muchas desgracias, pues se cobijan al sol que más calienta, echándolos á pelear unos con otros. Yo doy á cada año lo suyo, y los *maletas* que se corten el pelo.

—Eso, eso, eso, que somos muchos y parece que no cabemos en el mundo, y para torear ahora hace falta mucha vergüenza, ¿estamos? y de aquí —y señaló el lado del corazón,—porque con este

trasiego de ganaderías que van de unas manos á otras....

—Bueno, sí; sé lo que usted quiere decir: con tanto niño adinerado amigos de vestirse con plumas postizas y de la fama que otros han sabido acrecentarse, están los toros que es la mar; pero *camará*, que cada cuatro días tenemos un ganadero nuevo... y los hay tan *infundiosos*, que al día siguiente de hecha la compra ponderan la bravura de su ganado, y por ser de ellos la hacen superar á los de más cartel y antigüedad.

Carmelo con un pedazo de pan se ingeniaba para comer los huevos fritos con chorizos y salsa de tomates. Fidela y Rosario habían dado fin del jamón y de los langostinos, y Paquito, con hambre canina, de las chuletas, que le sabían á poco.

Las botellas estaban vacías: pidió de nuevo vino Fidela, diciéndola Paquito:

—Que la va usted á tomar, niña, y va á ser sonada.

Y ella, riéndose, contestó:

—Como que le tengo unas ganas á esa *franchuta*...

Al oírla nombrar Carmelo echó una risotada, y tomando la cara á Fidela y besándola en sus labios impregnados y olientes de tan diversos comestrajos como había hecho, comenzó á hablar, teniendo un cigarrillo inclinado hacia la comisura izquierda de la boca.

—¡La francesa! Eso es hablar de la mar: para que tú sepas; á esa mujer no le he puesto un dedo encima, pero que no te se *olvie*.

—¿Jarabe de pico será?—preguntó Rosario.

—*Na* más; hablar, mucho palique, mucho ir y venir con su *postin*; ¡que lleva detrás más hombres con los ojos *encandilaos*!... Pero amigas, es una mujer que me dió mucho cuidado cuando la última cogida, y ella podrá traer sus cábalas; pero lo que es á mí no me ha costado un real.

Sentíase ruido de gentes entrando y saliendo, puertas inmediatas de otros camarotes que se abrían y cerraban, oyéndose palmadas y voces de los que pedían á los mozos los manjares y licores que más apetito les despertaba.

Era la hora de los trasnochadores, cuando acudían gentes de todas edades y condiciones; pero casi todos hombres: las mujeres han desertado de estos lugares; apenas si rara pareja amorosa acude á tales sitios; sólo alguna tapada ó casual conquista de forastera, traída á remolque, con premeditación, alevosía y ensañamiento; tal galán que satisface el capricho de su hembra, que solicita este requerimiento del alcohol que calienta y bríos da; algún sargento de ingenieros ó artillería que ha hecho rabona á la hora de entrada, ó con permiso se solaza en algún camarote con la paisana del pueblo que le lava la ropa ó que tiene el marido ausente; tal cual celestina que acompaña á fingida doncella; alguna moza de junto á la taberna que trae tamaña cafetera para que se la llenen de café, á la vez que su presencia despierte la codiciosa idea de que por allí junto hay casa de trato, como la llaman ciertas gentes.

Rosario estaba ebria, hablando hasta por los codos, refiriendo á Carmelo que no era prima de Fidela ni había tal parentesco: verdad que juntas estuvieron en el Hospicio, y que á ella la acomodaron de lavandera las beatas en la tienda en que conoció al cajero, y gustándole á él se la había declarado y.... vamos, como no era de piedra y á las primeras de cambio el hombre la tomó el piso, dándole cincuenta duros...

A lo que agregó Paquito:

—Dádivas quebrantan peñas.

—Sí, y si había de ser otro.... que la mujer no tiene más guiso...

—Eso creo yo,—añadió Fidela, mirando á Carmelo, que la dijo:—Si llegas á ser muda, revientas.

Riéronse todos de buena gana. Era ya tarde y propuso Rosario el ir á su casa á terminar la noche, y en esto estaban cuando percibieron sonar quedo una guitarra, que nunca falta quien taña y cante en tales sitios, y embobados con la música, continuaron oyendo y hablando bajo, pues los había requerido uno, gritando: «¡A callarse!..»

La voz era de mujer, suave, triste, y cantaba dando suspiros y quejidos.

Al poco rato dijo Paquito, mirando su reloj de níquel:

—¡Diablo, la una!: tengo que hacer la noche é ir á las Casas de Socorro á ver lo que pasa de nuevo para irme á la redacción.

—Déjate de eso,—le objetó Rosario mirando-

lo al soslayo y recostándose sobre él, que la sintió gustoso.

Salieron corredor adelante Carmelo y Paquito y, dando la vuelta, llegó Carmelo á otra pieza, que era como un medio círculo; en donde estaba el despacho: detrás un gran armario acristalado lleno de botellas de vinos, y sobre la tapa de caoba del mostrador, platos de fiambres, pescado frito y vajillas, cucharas, tenedores, cuchillos y gran cafetera cilíndrica de dorado metal, con pito vibrante que el hervor hacía sonar.

En los testers de la sala veíanse, colocadas unas sobre otras, sendas pipas con sus canillas puestas, y dentro del enjalbegado marco de los tales toneles, rótulos, fechas y números.

El amo de la taberna, amigo de Carmelo, lo saludó tendiéndole la mano. Era hombre entrado en años, vestido todo de negro, con chaqueta más larga que de ordinario se usa: de cara afeitada, con nariz enorme, boca de mascarón de proa, ojos pequeños, orejizas, gorra de seda con la visera echada hasta las cejas, y abierto cuello de camisa que dejaba ver cuán velludo era, cumpliéndose en él lo de «pelo en pecho». Agarró el billete de quinientas pesetas que le dió Carmelo, y levantándolo lo miró al trasluz, y abriendo el cajón comenzó á darle la vuelta que le restaba, que, según dijo en alta voz, eran cuatrocientas veintidós pesetas, justas y cabales.

Había allí varios parroquianos de pié, trincando, y entre ellos uno que al reconocer á Pa-

quito, encarándose con él le llamó pillete, añadiendo:

—So granuja: ¿pues no escribe que siempre á los toros pico en el rabo, y que *pa* salir á la plaza me lleno la panza de aguardiente? ¡Ahora verás!—Y al intentar darle una bofetada, saltó hacia atrás Paquito, apuntándole con un revólver; pero el picador, que era de la cuadrilla de *Guarda-polvo*, no perdió el ánimo, sino que lo alcanzó con tamaño estacazo sobre el hombro que á poco lo derriba.

Fidela y Rosario, que estaban en sus mantones arropadas, lanzaron chillidos: gritó el tabernero imponiéndose con el cuchillo de cortar el jamón é intervinieron otros parroquianos, consiguiendo librar de los puños del picador á Paquito, pues el tal vociferaba:

—¡Déjame lo, que me lo voy á merendar como una lonja de jamón! ¡So *chulo aburrio*....

Altercaban todos á la vez, y éste cogía á Paquito, aquél arrastrábalo y otro dábale de empujones para librarle de los tremendos puntapiés que, enfurecido, hacia él dirigía el sujetado y desatentado picador, blasfemando por su aguardentosa boca y espumosos labios.

Salieron de los cuartos muchos parroquianos.

—No es nada;—decía el amo, temeroso de que alguien se le fuera sin pagar el gasto.

Carmelo, ebrio y apoyado sobre el mostrador, no acertaba á reunir los billetes y plata de la vuelta que le dieron y repetía:—¡Demontrel! ¡Por *via* de...!—y diciendo esto, así que habíase

guardado el dinero, echándose el chapeo atrás, arrogante, gallardo, altivo, provocador, gritó:

—¡Me hago la tal y la cual! ¿Quién se come los niños crudos?—y metió la mano en el izquierdo bolsillo interior de su marsellés como para sacar un arma.

En este lance estaban, cuando tres serenos llegaron, y el mágico resplandor de la luz de los tarolillos, al irradiar sobre los rostros, los dejó á todos callados y suspensos.

El amo juró y perjuró que no era cosa mayormente: guiñó al sereno de la calle como para que se fuera haciendo la vista gorda, pero apareció como alma en pena el Brigada, y enterado, mandó detener á los contendientes, hombres y mujeres; y:—¡Al Ayuntamiento á dormir la mona!—dijo.

Á pesar de la tarjeta que Paquito enseñó cumpliése aquello de más vale obedecer que sacrificar, ó lo que es lo mismo, tuvieron que doblegarse al mandato del allí entonces superior.

Á las diez de la mañana, á fuerza de remitir tarjetas Paquito al Teniente de Alcalde, á cuya disposición estaban, vino un pase de salida del Secretario del Ayuntamiento, siendo él quien despachaba, ilustrando á aquel edil de vara de lo que era falta ó delito, pues tan escaso andaba de alcances.

Rosario y Fidela, en greñas y arropadas, se subieron en una berlina, y Carmelo y Paquito, en otro semejante vehículo, fuéronse á la casa de ellas.

Cuando éstos llegaron estaba la puerta del piso abierta, y Rosario, sentada junto á la camilla, contó á Carmelo que Fidela se desnudó durmiéndose, y que ella estaba que se la podía ahogar con un cabello, pues no pasábala nada que digamos, pero *ná*; que como era domingo había venido su señor y, con *qué mala pata*, en el momento de llegar ellas, y sólo le dijo entrando en la habitación «Toma los trescientos reales de la quinceña», que eran las setenta y cinco pesetas que allí se veían sobre el hule de la camilla, y que al salir añadió con mucho retintín: «Hemos terminado»; y tomó las de Villadiego.

Fuése Carmelo hacia el cuarto de Fidela; echó Rosario aguardiente en una copa, bebió como la mitad de ella, y cerrando la puerta, se dejó estrechar y besar de Paquito, y sin acordarse de que se juntaba el hambre con la necesidad, le decía:

—¿Verdad que tú me querrás, mi niño?

XXIV

TRES días estuvieron de encerrona, palique y guitarreos, comilonas y jugando sin trampas ni engaño al tute, brisca y rentoy, por ser Rosario maestra habilísima en el manejo de los naipes, pues su pasatiempo habían sido con el señor que antes la cortejara y dejó colgada y soplándose las manos, bien que corrida de haber malogrado la ocasión de echar los piés por alto y haberle dicho cuatro frescas, que tras del gusto sigue la tristeza.

Paquito, cuatro mañanas después, al verse con sesenta duros, que había ganado, dijo á Carmelo que sentíalo, pero aquel dinero era para él como llovido del cielo, pues pensaba fundar *El Argos Taurómaco*, y dicho y hecho; se despidió de todos, marchándose á comprar un traje, pues el puesto, aparte de que daba frío el verlo, no tenía sitio que no estuviera lleno de manchas.

Carmelo ajustó cuentas, diciendo:

—Parece mentira, mujeres, pero me habeis ganado...

—Yo—dijo Rosario,—sólo noventa duros.

—Y yo once,—que á su turno enseñó Fidela, contándolos sobre la camilla, junto á la cual bebían los tres café.

—¡Buena, buena ha sido esta!—continuó Carmelo:—me parece que no me he portado mal: que no se diga que habeis pasado hambre, y en cuanto á *parneses*, bien los *teneides* ganado. ¡Por *via* de... que desde el sábado acá no hago más que sacar...!

—Oye, mi alma; ¿no más...?—dijo Fidela. Y echándose sobre él, lo besaba á la vez que de quedo le pidió devolviera los cincuenta duros que le había dado á guardar aquella noche en la cocina de Araceli.

—¡Quita allá! ¿*Pa* que los gastes en moños?

—Pero no es justo que te quedes con ellos.

—¿Quién dice eso?

—No, si me parece que son míos; á no ser...

—¿A no ser qué?

—*Ná*, hombre, si yo no los quiero *pa ná*; con que los vea Rosario, me basta.

Y Carmelo, poniéndose en pié, sacó su cartera y de ella los cincuenta duros que en billetes de á veinticinco pesetas tenia en una de las divisiones, y dándoselos á Fidela, ésta se los devolvió de mal talante, acompañado de una desdeñosa subida de hombros, y tornándose de espaldas empezó á gimotear arrimado su rostro á la pared.

Al verla Rosario, comenzó á gritar:

—Pero oye, niña, ¿qué papeles son esos?

—No son papeles; pero mira tú, ¿qué voy á

hacer yo con eso si no hay para empezar, si ha de ponerme piso?

—¿Qué piso ni qué niño muerto? Aquí en mi casa seguirás; una mujer sola siempre da que hablar, y más siendo tan *chavala* como tú.

—Bueno, pues ya lo oyes; me parece más bueno lo que dice Rosario, y al *avío*.—Y recogiendo los cincuenta duros Carmelo, esperezándose y extendiendo en vilo los dos brazos, soltó su «¡por *via* de...!» y mirándose al espejo que sobre la cómoda estaba, se arregló el cuello de la camisa, bebiéndose tamaño vaso de agua que le sirvió Rosario, la que, por lo bajo, dijo:

—Está muy *metida* la chiquilla; si no ha de seguir con ella más, no la engría; yo me hago cargo del vivir que con tu oficio traes, y ella, vamos, no merece...

—¿El qué?

—Pues que se la dé una *patá* en el trasero, y ahí te pudras, y si te ví, no me acuerdo; que para ese viaje no se necesitan alforjas.

—Mujer, yo, me parece que...

—Mire usted, á las mujeres, no siempre el dinero nos priva, que más vale comer un *soldao de pavia* á gusto, que *vivir* junto á un *desaborio mal alma*; después de todo, me he *alegrao* que el hortera se las *guille*, que ya tengo la cómoda llena de las medias que el *arrastrao* me traía, y las hay hasta de cinco duros el par, pues le gustaba á él mucho verme con sedas las piernas;—y alzándose las faldas, enseñó más arriba de las rodillas sus joyantes medias encarnadas.

—Conque, *al avio*; ¿usted le va á hablar á esta niña, sí ó nó? se lo canta claro,—continuó Rosario.

—Mujer, yo...

—¿Lo ves, chiquilla? Para que te se quiten los moños; ya estás igual á mí, *perdía* y...

Fidela se volvió de pronto, y mirando fijo á Carmelo, fuese á él y cogiéndole la diestra, comenzó á hablarle muy despacio.

Tenía sueltos sus cabellos, pareciendo una Magdalena, con el subido color de sus mejillas, vocesita dulce y tierno mirar.

—Yo, lo que te dé la gana; no quiero que esto sea un trágala, y si te has aburrido ya, peor para mí; yo bien sé que todo esto... vamos, si lo diré, ha sido una *entrá por salía*, ¿verdad mi alma?

Carmelo no contestaba.

—Mira tú, á lo hecho, pecho; tus cincuenta duros dáselos á la francesa ó á quien el cuerpo te lo pida, que una ni es más rica ni más pobre por eso; pero quiero que sepas, que lo que apetece las mujeres es corazón, ¿estás? Sí, y esa no lo tienes con nosotras; bien me lo decía Araceli: «Chiquilla, que ese hombre no es bueno más que para matar toros; mira que *tottas* las mujeres que andan á su vera salen burladas», y lo que es á mí, á sabiendas, no me la da nadie; si es, será porque yo quiera, porque me lo pidan mis huesos, ¿estás tú? Yo creía que habiendo sido tú el primero...

—¡Por *via de...*! con la *seguirilla*...

—No es *seguirilla*, sino...

Tocaron á la puerta: abrió Rosario sin cautela alguna, y entrando Julio Bañdera, miró á Carmelo, y le dijo:

—¡Buena está! Cualquiera te echaba la vista encima, y el empresario rabiando; gracias á que yo le he metido en la cabeza se lleve tres corridas para allá: una del Marqués, otra de la Viuda, y ya veremos si carga con la que le tengo reservada de mi padrino: es bueno que el dinero se quede en casa.

Sirvió unas copas de aguardiente Rosario, continuando Julio:

—Si no es por Paquito, cómo doy contigo: iba el hombre que escarbaba, vestido de nuevo, y después que me lo contó todo, yo le dije: «A callar como los hombres, ¿eh?» Por cierto, chiquillo, que con el traje nuevo que de piés á cabeza lleva, y con sus andares, se parece ¿á quién te figuras?

—¿A mí qué?

—Es un decir: al *sape* de marras con los guantes.

—De esos hay muchos,—dijo suavemente Fidela.

—Eso no lo dirás por mí—añadió Carmelo, y abalanzóse á ella levantando el brazo, que Julio le asió, y desviádoselo, le arguyó con un «á las mujeres no se les pega»; y tomándole Julio la cara á Fidela, dijo:

—¿Verdad, mi alma?

—Andando,—gritó Carmelo, á la vez que miraba de soslayo á Fidela.

—Hasta más ver, —contestó Rosario abriendo la puertecilla; y Julio, al salir, á su vez respondió:

—*Haiga salud, personitas de gracia.*

Durante el camino contó Julio á Carmelo que la francesa hallábase desalentada y cavilosa, que le había hecho ir á verla y preguntado por él, temiendo estuviera enfermo. —Pero yo le he dado *cuatro llenas y cuatro vacías*, dejándotela como un guante: mira tú, está *chipén*, para que lo sepas; pero te advierto que la doncella es una lagarta que sabe dónde le aprieta el zapato.

—¡Es guapa!

—Y...

—¿De dónde lo sabes?

—¡Toma! El oficio suyo ¿qué es más sino de alcahueterías?

—Hombre, no...

—¿Qué tiene eso que ver? Lo uno no quita lo otro, *gaché*; Beatriz te espera; conque andando, y yo voy á presenciar esa entrevista para estar al quite, ¿lo oyes?

—Hombre, mira como estoy.

—Al avío: ¿dónde tienes la ropa?

—Pues á la fonda se la llevó el Marqués.

—Andando allá, pero de golpe: te pones camisa limpia, cambias de traje y en la barbería de marras te rasuran.

Y acompañándolo á la fonda, le vió mudar de ropa interior y camisa, ponerse su traje acanelado, y hasta le mojó con agua de Colonia el pañuelo, trayendo el frasco de la inmediata habita-

ción, que era la del Marqués y se comunicaba por una puertecilla.

Prenda Real, que había salido, dejó dicho que si venía, lo esperaba á las doce en el Pasaje de Oriente para almorzar, y Julio, agarrándolo del brazo, como un niño, lo condujo á la barbería: afeitóse él y esperó que á Carmelo acabaran de trenzarle la coleta y peinasen, y dando Julio una moneda de dos pesetas, sin más ni más salieron camino de donde alojábase la francesa, ocupando tres habitaciones bajas que daban á los corredores y tenían salida al patio de la Fonda de Madrid: patio ameno, que con aquellas galerías bajas, árboles y plantas, fuentecilla que en borbollones espele claro chorro de agua, la diáfana luz que allí campea y los rayos solares que á su antojo todo lo templan é iluminan, alegrándolo, hace que los extranjeros, acostumbrados á nebulosos países y tristes y sombríos corredores de los Hoteles en invierno, se solacen tomando el sol, al aspirar el tibio ambiente de Sevilla, para ellos hermosa tierra de promisión.

XXV

BEATRIZ estaba tendida en una meridiana, apoyada la cabeza de medio lado sobre un cojín de rojo terciopelo. Vestía bata que era un puro gáseo y flexible encaje que modelaba todas sus formas.

Aquel ropaje amarillo, semejante á la flor de ratania, sus sonrosadas mejillas y manos, labios cual carmín y el aroma que despedían sus cabellos y persona, dábanla aspecto de hada hechicera, acabadita de bañarse, como dijo, en las olorosas aguas de perfumado baño.

—Sí—agregó:—siento un bienestar agradable, porque he dormido mal, pues los mosquitos me han dado serenata casi toda la noche con su trompetilla.

—Me lo explico,—dijo Julio.

—¿Por qué?

—Porque la miel es dulce de catar.

—¡Ah, señor! No crea usted eso: todos tenemos la sangre igual, españoles y franceses.

—¡Quiá, señora! Hay quien la tiene de plomo; y si no, mire usted á Carmelo lo que me la ha quemado á mí buscándolo desde hace tres días.

—Hombre, ya ves, yo no estaba cierto si la señora, dándole la ventolera, se había marchado á Granada como pensaba...

—Pero amigo Carmelo,—respondió Beatriz incorporándose y dejando al descuido ver sus pantorrillas oprimidas entre sedosas medias negras;—yo no me había de ir sin despedirme...

—Oiga usted—respondió Julio:—eso lo dirá por aquello de despedirse á la francesa.

—No conozco... ¿qué es eso?

—Mire usted, tomar las de Villadiego.

—Yo no soy así, señor Julio, ni taltaría de quien espero todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme, y más de la vuestra que la sabeis realzar, por ser tan nobles como pareceis.

El Marqués, que había abierto la mampara y escuchó las últimas palabras de Beatriz, contestó por ellos, que se habían quedado turulatos al oirla:

—Si, señora, y puede su persona prometerse villas y castillos, porque en esta tierra donde decimos á las damas á los piés de usted, beso á usted los piés, es porque sabemos rendirnos ante ellas, como yo lo hago, trayéndola este ramo de nítida flor de azahar. ¿A que nunca usted ha visto, qué digo visto, ni soñado en semejante cosa á fines de Noviembre? Esto, señora, huele á Sevilla;—y se llevó el pucho á la nariz y la-

bios, y simulando arrodillarse, se lo ofreció, diciendo:

—Únanse el lirio y el azahar en estrecho...

Pero no acabó la frase porque Beatriz, asiendo el ramillete, lo olía, y suspirando, con lánguidos ojos escuchaba á Carmelo decir quedo á Julio:

—Por *via* de... que se las *vide* al florero en la calle de las Sierpes y no se me ocurrió...

—Tú no estás en esas *filigranas*, *gaché*.

Beatriz, riendo, comenzó á decir:

—Señor Marqués, usted es muy amable y sabe lo que gustamos de flores las francesas: es verdad que para mí no hay deleite igual á sentir la fragancia y sobre todo los penetrantes aromas que tienen en Sevilla los nardos, jazmines y heliotropos.

Dieron en la puerta de cristales dos acompasados golpecitos, y abriéndola, entró Aline con su traje escocés verde, amarillo y rojo, y después de colocar en una bandejita que estaba sobre el velador el telegrama cerrado que traía en su mano, se lo presentó de esta manera á Beatriz, diciendo:

—Acaba de llegar...

—*Vivito y coleando*—agregó Julio,—se dice por acá.

Rióse Aline, enseñando su nacarina dentadura, y mientras Beatriz leía el telegrama, Julio, puesto de pié y cercano á Aline, le habló de esta manera:

—Me parece que tenemos novedades: veo que

la señora descifra mucho ese papelito azul.—Y observando lo abstraída que estaba Beatriz, agarró Julio á Aline la mano izquierda, atrayéndola hacia él; pero ella hizole un gesto de que se fijara en el espejo, en el cual de frente reflejábanse y veíanse el Marqués y Carmelo con la mirada puesta en Beatriz, que parecía preocupada y que, dirigiéndose á Aline, dijo:

—Es una mala noticia: ha muerto Monsieur Lambertille.

—¿Malas nuevas?—preguntó Julio á Beatriz.

—Sí, y tan malas, que me veo precisada á marcharme esta tarde, pues era mi banquero y debo ir á París cuanto antes.

—¡Por *via* de...!—se le escapó decir á Carmelo, mirando á Beatriz, que había palidecido y empañádose el brillo de sus ojos.

El Marqués, ojeando un álbum de retratos que estaba sobre el velador, sin soltarlo ni levantar la vista de una fotografía, tarareó bajito:

—¡Pobre Carmelo! Si te ví no me acuerdo...

Pero Beatriz, que lo comprendió, disimulando su emoción, dijo, respondiendo al Marqués, que ella lo sentía muchísimo y que este viaje la contrariaba y no poco, pues hacía el efecto de haber estado en España en sueños: —además, sepan ustedes, mis queridos compañeros de Bayona, de mi inolvidable Zafra, de Villa Aldaba por quien suspiro y de esta Sevilla, que he de volver. Sí, lo prometo y lo deseo: la riente primavera debe ser aquí el paraíso terre-

nal: además supongo que el señor Carmelo Reyes se marchará á América.

—Para traer de allí mucha guayaba con los toros.

—Siempre está usted de guasa, señor Julio,— agregó Aline.

—Sí, de *blague*, —añadió el Marqués para que Beatriz lo comprendiera mejor: y siguió diciendo en tono irónico:

—Señora Excelentísima: este caballero Don Julio Bandera es amigo de hacer frases, ó lo que es igual, de hablar mucho y con rodeos y circunloquios, y para él la vida es continua chanza: verdad que es agradable tomar el pelo á todo el que se lo deje, y donde las dan las toman, y muchos suelen venir por lana y salir trasquilados; y, finalmente, en esta tierra de María Santísima no se puede hablar nada en serio: usted está bajo el peso de un dolor inmenso y...

—Y usted, amigo Marqués, á quien yo me honro de apreciar y distinguir, sin desearlo, me hace el efecto de ser el más grande burlador de España.

—Amén, y vé por otra,—dijo por lo bajo Julio, tirándole de los faldones al Marqués, que aprovechó para replicar:

—Señora mía: ojalá fuera verdad tanta belleza; pero ni yo hago gala de deshonrar á las mujeres, seduciéndolas y engañándolas, ni soy más que un soñador poeta.

Beatriz, que se había sentado y escribía un telegrama, lo miró, contestándole:

--Aquí, en todo caso, la poetisa he sidó yo que he venido á hacer castillos en España, y que ahora tengo que irme con la miel en los labios....

Y no terminó; pero Julio, no desperdiciando la ocasión balbuceó:

--Con la música á otra parte....

Acabado de escribir el telegrama, se puso de pie Beatriz, y ojeándose en el espejo, se volvió de pronto á Carmelo, y mirándolo fijo, le preguntó:

--¿Se marcha usted á América, ó se queda?

--Mire usted, yo no le sabré decir si me vaya allá... ó me marche á mi pueblo; pero aquí y allí, tiene un amigo y servidor para lo que guste mandar.

--Pues yo creo que usted debe ir á América á matar muchos toros; á ganar mucho dinero.

--¿Pa qué lo quiero?

--No importa; no hace la felicidad, pero contribuye; márchese y á venir cubierto de gloria, que yo le prometo tornar aquí, á pesar de las tristes soledades que he pasado en estos últimos días, en que he vivido azorada en tierra extranjera, y quizás juzgándoseme poco caritativamente, porque una mujer joven y sola, cuando no se la figuran una coqueta, se imaginan lo que no es; y quiero sobre este punto...

--Diga usted poner las cartas boca arriba;— interrumpió Julio, curioso y emocionado al ver la ingenuidad de la francesa.

--Sí, quiero hablar francamente; es ahora mi corazón el que dice, y Aline me ha contado algo

que me ha entristecido. ¡Que levante el dedo en Europa quien pueda vanagloriarse de haber logrado mis favores! Mi abuela era española; por eso me tira esta tierra y he venido á España, haciéndome ilusiones de que los españoles son de una hidalguía á toda prueba, y esa idea me llevo: podrán ser romanticismos míos ó delirios de mi cerebro soñador, mi alma sencilla y corazón tiernísimo, defectos que reconozco y se avaloran á veces con mi proceder, diferente al de las otras mujeres, que ó más hipócritas ó más taimadas y recatadas, guardan las formas, no dejando entrever sus afectos, simpatías, pasiones ó flaquezas. Pero, amigos míos: yo soy así, sencilla, franca, sin pliegues ni repliegues, sin dobleces ni engaños; como hasta hoy me han visto ustedes me encontrarán siempre.

Y se llevó el pañuelo á los ojos, dando un profundo gemido acompañado de muchos suspiros, con gran cantidad de lágrimas que derramaba, vuelta de espaldas á los tres, que mirábase de hito en hito sin saber qué decir ni atreverse á hablar.

El Marqués enternecido declamó:

—No llore, señora; no se marchiten esas mejillas rosáceas; no dé rienda suelta á la aflicción que su pecho guarda: oculte esas lágrimas, que tiempos vendrán en que habrá de verterlas; que con tal alma, tan grande corazón y con esas exquisiteces de sentimientos, es usted mujer destinada á llevar la palma del martirio. Nó, señora mía; no nos aflija, que nos

ha puesto en amargo trance: la entendemos á usted; sírvale de lenitivo el saber que no es hembra incomprensible, y que este Carmelo, que usted ha visto tan fiero ante los toros, tiene ahora mismo el alma en un hilo.

Hágalo siquiera por este buen amigo, este Marqués, que es alguien á quien no saben entender ni apreciar muchos: márchese segura de que se lleva todo nuestro respetuoso afecto.

—Eso me basta, y créame, Carmelo, hago intenciones de volver; sepa que le profeso y estimo mucho: tiene usted pocos años, y la juventud no la guía siempre la razón: sólo le ruego que se acuerde de lo que le dije aquella noche venturosa de Biarritz, cuando saltando del coche me despedí de usted acongojada.

Beatriz parecía serena, aunque su voz delataba su emoción.

Y despidiéndose de los tres, les suplicó no fueran á la estación.—Las despedidas—dijo,—son siempre tristes; deseo marcharme alegre, feliz, y les digo ahora: hasta bien pronto, mis buenos amigos.

Julio, al salir, dijo:—Es una infeliz.

—¿No será ésta una partida serrana?—preguntó Carmelo.

—Nó—contestó el Marqués:—se nos ha pintado de cuerpo entero; pero ahora te digo que esta mujer no es lo que tú te has creído: es todo ternura, candoroso corazón y alma infantil.

—Mira, para que lo sepas—riéndose y empujando á Carmelo, objetó Julio:—lo que quiere de-

cir el Marqués, ¿cómo te lo explicaré para que lo comprendas? vamos, que es de mazapán; y más claro agua; y á almorzar, que tengo una hambre...—y riéndose y dándose empujones, en el Pasaje de Oriente entraron los tres.

XXVI

Á las cuatro, Carmelo y Julio tomaron una berlina en la Plaza Nueva, diciendo al cochero:

—Á San Bernardo, de golpe.

Durante el camino, Julio habló á Carmelo:

—Mira: bueno está que consultes á este maestro: yo me figuro que te va á decir *las generales*, ¿estás? ¿Tienes más que liarte la manta á la cabeza y acabar ya de una vez, *asaura*, que has matado á esa pobre francesa? ¿Tú te has hecho cargo de lo que esa mujer te ha dicho? Porque todo era para tí, y puyazo y más puya; sí, hasta la de Mayo, *camaraita*; ¡y qué par te ha colgado!

—¿Á mí?

—Sí, hombre, á tí. Oye, lo que yo he sacado en claro es que esa mujer está por tí; pero se ve aquí cual en corral ageno: y si cuando vuelva no le presentas algún espectáculo bárbaro....

te se queda viva... ¡Pobrecilla! Me dió lástima con qué suavidad decía las cosas.

—Mucho jarabe de pico.

—Nó, hombre, esa mujer es cándida, ¿estás? y habla con el corazón en la mano y canta claro, ni más ni menos.

El coché se había detenido casi al fin de la calle principal de San Bernardo y frontero á una casita con piso bajo, alto y azotea; tenía sus balcones al frente, ventanas con rejas y acristaladas puertas. Desde la entrada, al través de la cancela, veíase el patio lleno de macetas de albahaca y otras plantas, y por todos lados y costados, en las paredes de la galería baja, carteles, retratos de toreros y disecadas cabezas de toros sobre marcos de tabla, con efemérides explicativas del nombre, año, mes, día, vacada de que era procedente y detalles y peripecias de su lidia é historia taurina.

El maestro salió al descanso de la escalera, diciendo á Carmelo:

—Me parece que ya era tiempo vinieras á honrar esta casa.—Y guiándolos, les hizo entrar en pequeño gabinete alhajado á la moderna, con las paredes cubiertas de cuadros, lujosos muebles, mullida alfombra, y central, tamaño y antiguo brasero de límpido cobre, colocado sobre tarima circular de tallada y acharolada madera, y les rogó se sentaran.

Era nuestro hombre de regular estatura, recio y de buena presencia, cabeza cana abultada, rostro todo afeitado, ojos negros vivos, abo-

tagados, nariz gruesa, boca grande, musculosas manos y medianos pies.

Vestía una media bata de estar en casa y, como su pantalón, era color de avellana. Tenía puesta camisa de dormir con cuello bajo bordado en sedas de colores, como los puños; zapatillas de paño azul oscuro, de las llamadas suizas, llevando en su dedo meñique de la diestra un aro liso de oro y un gran diamante de claras aguas brilladoras.

—Ando un poco mal—dijo;—achaques de los años, y además, salí el otro día á colgar un reclamo que me han mandado de regalo, y en este pícaro celo del rabanillo se coge *una reuma* en el filo de un cuchillo. Y vamos á ver; ¿qué es eso que he leído? ¿te marchas ó no á las Américas, chiquillo?

—Usted dirá; á eso he venido.

—No he visto otra; ¿de modo que á mí me quieres soltar el toro? Pues mira, hijo, yo ando resabiado en eso de cantar; oye lo que me ha ocurrido con uno de esos pájaros que has visto en su casillero en la galería; no me abrió el pico: ¡animalito, qué tarde me dió el *arrastrao!*

Ofrecióle Julio un cigarro habano con su dorada sortija de papel, y dándole las gracias, leyó: «Murias.»

—Buena vitola, buena ganadería, para después de comer, cuando me lea algo de las revistas de toros; yo no salgo muchas noches, y aquí, al amor de la lumbre, trato de descifrar esos jero-glíficos que han publicado los periódicos y que un

amigo que tiene más paciencia que el mismo Job recorta y los pega, formando un libro, y suele venir á oírlas leer. ¡Qué gracia tienen!, estamos perdidos, hoy no hay quien vea... ya en mi tiempo se asaban castañas, pero no con esta desvergüenza de hoy día, que cualquier niño de esos que los llaman periodistas, coge la pluma, y aunque no las haya visto más gordas en su vida, ¡zás, zás! allá va eso, camueso.

Pero mira, Carmelo; todo corre parejas, hijo; desde que ha salido esto del toreo moderno y el amor á la *guita*...

—¡Por *vía* de... la *condená guita!*—dijo Carmelo.

—Pues, mira, no hay más que eso, y por ella se trabaja; hacer dinero, y á los toros, el toreo, el arte y el público, que los parta un rayo. ¿Quieres que yo te diga si debes ir ó no á las Américas? En mis tiempos, eso era como la jubilación; cuando los públicos se cansaban de uno, aunque lo hiciera *que ni pintao*, y los empresarios de por acá empezaban á hacer, *fú, fú*, tomando el recurso de sacar novedades, se echaba uno la cuenta de que si no se lo tragaban los tiburones, allá con un poco de viento favorable, se conseguía tener el riñón bien cubierto y se tornaba rico á España; luego la corrida de despedida al cortarse la coleta, y ¿piés para qué os quiero? y á vivir de los recuerdos, que es... ¿cómo te diré...? mira, como si le hubieran á uno enterrado el cuerpo, y el alma y los sentidos anduvieran á su antojo en cabalgata por aquí.

—¡Qué cosas tiene usted!— dijo riéndose Julio.

—Sí, hombre, la pura; ¿para qué engañarnos?, un torero retirado es un sér raro; los de su tiempo, porque saben lo que ejecutaba, no lo quieren ver más, y los que no lo han visto, porque se figuran que fué un *maleta*.

—¿Y la gloria?—preguntó Julio.

—¿Qué gloria? ¿qué sabes tú? ¿de la de quién te diré...? Vamos, la Malibrán, Tamberlick, de Gayarre, del señor Domínguez, del *Tato*, y quien dice, de otros; á ver, ¿en donde está lo que cantaban ó hacían? ¡Hijo, se lo llevó el viento, como todo lo que se ejecuta con palmas y música! por eso me explico el afán de juntar dinero; ¡tiene gracia la cosa!, comprar cortijos ó haciendas ó cuatro casas, esa es aureola más positiva, y al menos parece que significa: aquí está lo que hacíamos, ganar dinero. Conque, ya lo sabes, si te tiran las pesetas, á las Américas, á Francia, á la fin del mundo; si te tiran los toros, á hacer lo que esas mujeres que tienen talento, mira, á prestarte y no entregarte; toma y daca y á cada uno lo suyo, y ojo al Cristo que es de plata, y acuérdate de lo que te digo, *arrastrao*, que te *cuelas* demasiado; con los toros lo de menos es el entrarles, la salida, chiquillo; salir libre de *cacho*; no se puede andar así; si no es arte de descuidarse, sino de tretas y sentido, y toda la vista es poca. Y con las ganaderías que se usan ahora, bueyes y retebueyes, los públicos... nada. Tú lo piensas; no te digo que sí ni que no; allá tú, y ojo con las faldas, que dan unas cogidas...

Y á propósito: ¿Pardales te ha escrito?

—Sí, pero no sabe si viene á la montería de San Calixto.

—Á mí, nó: le escribí hace más de un mes y no dice esta boca es mía.

Nada, á juntar cuartos para que tu pobre madre siquiera disfrute en sus últimos años. Me parece ayer cuando venía á verme y á quejarse de que andabas por esos pueblos de capea, pasando hambre. «Déjelo usted—la decía,—así sabrá lo que vale el dinero, no esos toreritos de hoy, que de buenas á primeras ¡jú! á tomar la alternativa.

Oye, en mis tiempos—á los viejos nos gusta contar estas cosas, como que el recuerdo es nuestro paraíso,—le tiraba á uno la inclinación á seguir el camino del toreo, por quien vienen á hacerse ilustres aun los de más obscuro linaje, y comenzaba por que sus padres le propinasen una tollina y le pusieran como chupa de dómine. Después las madres empezaban con lloriqueos, sermones van y vienen, con aquello de «muchacho, vas á ser nuestra ruína: ¿de modo que tú nos dejas?»; y el tal, erre que erre, hasta ver si se salía con la suya.

Total, amigos, que andaba como el judío errante, huído de su casa, recibiendo golpes, interrogado en todas partes de dónde era, de dónde venía y á dónde caminaba; y á pesar de que expulsábanlo de las capeas por intruso, de los tentaderos y herraderos por estorbo, y por su mala ropa acosábanlo en los corrales y naves de

los Mataderos, como si fuera perro callejero, seguía dale que dale hasta conseguir lo sacaran de comparsa, vestido de percalina, en alguna novillada, porque veníale de casta que no se le había de helar, al primer mal suceso, el calor de su fervorosa vocación de torero.

Las madres acaban siempre por transigir; el zagalón se había hecho hombre, y nunca faltaba uno que ponderase sus facultades, que es condición de este arte el tener, aun los más torpes para el oficio, sus admiradores y parciales.

¡Camaradas: cuántasidas y venidas las de esos héroes anónimos, de que ya nadie hoy se acuerda, y cuántos sudores y esfuerzos! Y de ellos ¿qué resta?

—Hombre, mire usted, se recuerdan con satisfacción,—observó Julio, ofreciendo un cigarrillo de papel de su petaca con cifras de oro, entrelazadas sobre el rojizo cuero de Rusia.

—Mira, Julio, acá parece que nos conocemos y no nos vamos á engañar: en este asunto pasa lo que en todos; la historia es muy mentirosa; y más en lo que se refiere á toros. Desengáñate, en todas partes en que tú veas dar música á un sordo, riéte; con ella se evapora cuanto se haga; mucho palmotear y á la calle. A los toros va cada hijo de su madre que dice y quiere cosa diversa; no hay quien los ponga de acuerdo; desde la mujer que sólo acude á mirar y á ser vista, hasta el que toma aquello por campo de agramante, donde reina mucha confusión y nadie se entien-

de; figúrate si da margen á que se vea, se oiga y haya de todo, como en botica.

Y no te digo nada del sempiterno mentor, que quiere toreen á su gusto, como él entiende, ó del que más mira y menos ve; el que lleva las vendas de su parcialidad, le escuece el dinero gastado, le aprietan los botines y le duelen los callos, ó lo prensan si es obeso; el que chilla al igual de los otros, sin saber por qué, le enardece ó espanta la sangre, cáusanle lástima los jacos y tiene alma de caballo ó de caín, como el que pide imposibles ó el hambre le agobia y empeñó la prenda para cocerse al sol; mira, sería la de nunca acabar; ¡qué verdad es lo de pan y toros!

—Veo que reniega usted de lo poco español que nos queda, ahora que hasta á los franceses les da por los toros.

—Nó, si no es eso; ó tú no me entiendes ó yo no me explico.

—Los tiempos cambian: cuando usted contaba cómo se hacían antaño los toreros, tenía un regodeo que me bailaban los piés, porque ahora, si algo parecido pasa, note que de esos andarrios no salen siempre los de fama; podrá darse el caso, pero observe cómo desde tras de un mostrador, un pescante, ó quien dice, hasta ahorcando los hábitos, que se dan casos, á lo mejor salta no una liebre, sino quien dijo émulo de Costillares, que de menos nos hizo Dios: así es que se ha perdido la guapeza, sustituyéndola desplantes; pues eso es, ni más ni menos.

Y oiga usted: con el tiempo saldrán á la pla-

za en automóvil los espadas y llevarán de *chauffeur* á los banderilleros: este comercio se va acabando para los nativos.

—No lo creas: estoy muy lejos de pensar que así ocurra; ¿tú ves toda la algarada de ahora? Pues las cosas vendrán á su punto: sino que pasa siempre que á río revuelto ganancia de pescadores; y con tanto echar corridas y meterse á empresario cualquier *quidan*, tiene que suceder esto. Mira, sin ir más lejos, ayer me visitó un empresario de América, y si no me lo cuenta, ¡qué me lo había de figurar!; me quedé haciendo cruces y le pregunté: «¿Pero, cómo, usted entre cuernos, señor mío?» Figúrate que toda su vida no ha hecho más que estar al frente de una fonda, y le dije que para ese oficio que ha tomado es menester mucha trastienda.—No lo crea usted—me respondió,—quizá estorbe saber algo de estas cosas, si es que alguien llega á alcanzarlas: lo que hay que hacer es darle por la vena del gusto al público.

Un coche se detuvo en la calle y poco después, desde el corredor que estaba junto á la puerta, se oyó decir:

—Mira, me voy á dar un paseo á las Delicias, y después iremos á las tiendas.

Salieron los tres á un balcón que á la calle daba, y vieron alejarse una *victoria* con la capota echada hacia atrás; en los asientos habianse aposentado dos señoras, con sus mantillas negras, oscuros vestidos y manguitos de lustrosa piel.

Entrando de nuevo, dijo el maestro:

—Pero yo no les he ofrecido nada de beber.

—Dios se lo pague á usted—respondió Carmelo;—pero hemos abusado un poco almorzando...

—Con el Marqués de marras—añadió Julio haciendo un guiño.

—¡Buena persona! Están equivocados muchos con ese hombre; tiene más meollo de lo que se figuran, sólo que como es tan afeminado... no sé qué les diga á ustedes, porque á él se le conocen queridas; pero las malas lenguas...

—Mire usted—dijo Julio,—ya sabe que hay muchos que suelen hablar con la boca y morder con la cola, y quizás los que murmuren sean ellos los tales.

—Me parece.

Carmelo, tendiendo su diestra al maestro, manifestó que pensaba marcharse á pasar la invernada á Villa-Aldaba, pues iba á adquirir una casita con su huerto y poco de olivar, para que la habitara su madre, arrendando la que ahora vivía.

—Más bueno, muchacho; al avío y á guardar las pesetas ¡caramba! que al que no tiene *guita* nadie le mira á la cara, y si es torero, muchísimo menos, que así como suspende la atención el ver á los hombres que ponen á riesgo su vida ante los cuernos, hoy le gusta al público que los diestros estén ricos: es la moda; conque á cuidarse y ser buen hijo.

—Hasta más ver—agregó Julio dando su mano al maestro.

Bajaron de dos en dos los escalones, y entrán-

dose en la berlina, ordenó Carmelo se dirigiera á la calle del Rosario.

El cochero fustigó el caballo; rodó el carruaje, y cuando pasaban bajo la pasarela vieron en el arrecife una jaca montada por un joven que vestía traje corto á uso de Sevilla.

Verla Julio y hacer señas al ginete y gritar al cochero que parara, fué todo uno, y bajando ambos de la berlina, se dirigieron al cabalgador, que venía con su animal á paso de andadura.

Carmelo quiso subirse en la jaca, pues le gustó su lámina y modo de andar; hizolo con presteza y púsola al trote largo; la enfrenó despues, y sobre las piernas tornóla á diestro y siniestro, la tomó de la boca y la hizo saltar una de las zanja entre el arrecife y paseo de María Cristina, y á riendas flojas obligóla á andar con elegante y desenfrenado braceo, que le hizo decir á Julio:—*Gaché*, qué bien caes á caballo.

—Me gusta y me da el avío—dijo Carmelo cuando se apeó de ella:—está superior de la boca, pero es un poco recelosa.

—¿Eso para tí qué es?—interrumpió Julio:—en cuanto la saques por aquellas vegas una semana y se *asiente*, no habrá quien te alcance.

—Verdad; y no habrá quien corra liebres con ella, y *toma las reses derribando* que es un primor, y ya ve usted, con siete años, castaña y sin tacha—dijo el amo, decidido á venderla.

—Vamos á ver: ¿cuánto quieres tomar por la jaca?—le preguntó Julio asiéndole la mano izquierda.

—Siete mil reales.

—¡Hombre!; mira, Ricardillo, eso no es razón: si te dan cuatro mil reales....

—Poco dinero.

—Menos es nada.

—Verdad.

—Y te quitas esa boca y quebraderos de cabeza: aquí el amigo es un *barbián*.

Carmelo sacó su cartera, y tomando de ella mil doscientas pesetas se las presentó al otro; pero éste dió un paso atrás, á la vez que profecía un «vamos, hombre, ni que fuera para los toros».

—¿Pero tú que te has figurado? te se paga,—tué Julio diciéndole y siguiéndole, y á la vez que le hablaba al oído, le metía los billetes en el bolsillo de la americana, por donde asomaban las puntas de un pañuelo rojo.

—Que no, hombre, que no; ¿estás loco?; no parece sino que ésta es puñalada de pícaro: por más dinero no se la quise dar á *Guarda-polvo*, y le pedí dos mil pesetas; por cierto que la que ha comprado, un pelo de ésta vale más que toda ella: ¡qué tiene que ver!, hay jacas de jacas: hombre, la mía el que la quiera la ha de pagar en su justo precio; por ser para el amigo, y porque tengo gusto que la luzca, le rebajaré trescientos reales.

—Tú estás loco, Ricardillo.—Y Julio que es el que habla, apartando á Carmelo y haciéndole que sacara cien pesetas más, las tomó y fuese al otro gritándole:

—Vendida está, y no me vengas con música. ¡Si sabré yo lo que tú querías tomar por tu jaco, persona de *grasia!* ¿Me la vas tú á dar á mí, si me han nacido los dientes subido sobre estos animalitos?

Hacia el vendedor signos negativos con la cabeza, y callado, siguió andando hacia atrás y en ademán de montar la jaca y marcharse, pero Julio, frontero á él, le voceó:

—¿Vas á hacer más piernas aún, *asaúra*, si te parece un sueño ese dinero? Conque á tomar este resto y á callarse: bueno es lo natural, pero no hay que abusar.

Porque mira, chiquillo, con ese dinero hago yo que te venda mi padrino dos potros, pero *chípén*, los domas y los arreglas para que estén de *buten* los días de Feria, y ya caerá algún niño de esos de Madrid, y *chanfli* y si te ví no me acuerdo. Mira que estos animalitos son vasos de sangre, y á lo mejor les da una pulmonía y pasan de caballo de regalo á rocín de molinero, y ahora vas á tomar tu *parné* libre de polvo y paja, y al avío, pero ya, de golpe, á vendérselo, que no todos los días se presenta un *valiente* como éste, que te la repaga, ¿estás?

Accedió el otro, preguntando:

—¿A dónde la llevo?

—Oye, se me ocurre una idea y te la voy á decir: ¿por qué no te quedas con la silla, freno y demás?—interrogó Julio á Carmelo, riéndose.

—También se venden,—respondió Ricardillo.

—Pues mira, al avío. Oye, Carmelo, dame veinticinco duros.

Y tomándolos en billetes de á veinticinco pesetas, se los dió á Ricardillo, á la vez que contestó á su pregunta con un enfático: «La llevas á mi cuadra, pero ya, de golpe, y que no te se vaya á caer en mi calle, pues anoche pasó un rosario con más *carcas* que los que hay en el Palacio Arzobispal, y está el suelo que es un *resbalaero* que se mata una criatura con nada.

Subidos en la berlina, y cuando había desaparecido Ricardillo, Julio, abrazando á Carmelo, comenzó á decirle:

—Me parece que me he portado, *gaché*; los caballos son como las mujeres, ó se hace el negocio de golpe, ó se lleva otro la breva, y si había de ser para alguno, más vale que seas tú. Ahora te digo, si esa jaca tuviera el hierro de quien yo sé, no la compras ni en diez mil reales, ¿estás tú? para que te enteres, ¿y he hablado algo?

XXVII

DETÚVOSE el coche ante una casa de la calle del Rosario, y Julio, echando pié á tierra, acercóse á la cancela y tiró del cordón de la campanilla, preguntando:

—¿Está Don Miguel?

—Acaba de entrar—le respondieron desde una puertecilla de cristales que en la alta galería abrió una joven fea, pero con la cabeza cual si fuera un jardín.

Entraron y subieron al segundo piso, saliendo al encuentro de ellos Don Miguel, que recibió á Carmelo arreglándose las gafas ahumadas antes de hablarle, y después de sendos apretones de manos, tomaron asiento junto á la camilla, con su faldamenta de encarnada bayeta á rayas verdes y circular tapete de hule negro.

—¿Qué bebemos?—interrogó Don Miguel á Julio; contestando éste:

—Mire usted, la hora no es más que para unos *chatos* que abran el apetito.

—¿Qué *chatos* ni qué *vinazos*? Tengo un amon-
tillado Colón, que... vamos...

—*¡Ajú!*—gritó Julio, quitándose su sombrero y
tirándolo sobre una cama que en la habitación
estaba. Y Don Miguel se levantó y trajo de
la inmediata pieza la botella del famoso vino,
tres copas y otras tantas brevas habanas que
ofreció.

—Yo para así que coma—dijo metiéndola en
su petaca. Carmelo prendió fuego á la suya, y
Don Miguel, dando el tirabuzón á Julio, le hizo
descorchar la botella; al ruído acudió la moza, que
por el corredor pasaba, y al verla le dijo Julio,
que la conocía:

—Ven acá, *quita-pesares*.

No se hizo ella de rogar, y se bebió la copa
de vino que le ofrecieron; y mirándola atento
Carmelo, le preguntó:

—Pero dime, ¿tú no eres la prima de Araceli?

—Nó, respondió ella vuelta de espaldas; y tor-
nó él á decir:

—¿No oyes? ¿Te llamas Catalina?

—La misma; bien ¿y qué?—respondió ella sin
querer mirar al espada. Y se salió de la habita-
ción, á lo que Carmelo agregó:

—A esta muchacha la he hablado yo... y por
cierto que tiene muy buenos centros.—Añadien-
do Julio:

—Y buena la hicistes; de las tuyas, si te ví no
me acuerdo, y ha tenido que venirse á trabajar.

—Que *currele*, hombre; si la he hecho mujer
y le he abierto el camino, ¿que más quiere?

Después de todo me lo debe agradecer; así ya sabe lo que le había de pasar, y más vale haya sido mi persona que otra—dijo Carmelo mirando á don Miguel, que, con una copa en la mano, y era la tercera que se bebía, le contestó:

—¡Pero qué grandísimo zopenco eres, muchacho!

—Como que todo el que llega pica,—respondió Carmelo, dando á entender que muchos habían ya...

A lo que á su vez, á media voz, arguyó Don Miguel que estas añadiduras trae la flaqueza de la mujer débil, que pierde el crédito con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, figurándosele á éste que con mayor facilidad se presta á otros y da infalible verosimilitud á cualquier sospecha que de esto le venga.

—¿De modo que porque se entregó á tí crees que ha de hacerlo al primero que llega?

—¡Por *vía* del!... Lo que yo quiero... vamos, es un hablar; después de ya conocido el camino, supongo que le gustará ir por esa senda trillada...

—Nó, hombre, nó; á las mujeres algunas veces se les va el juicio y después que les ocurre lo que á ésta, suelen recapacitar sobre el poco meollo que tuvieron, y avergonzadas las pobres, se vienen á pasar trabajos, encubriendo su falta, y aquí la tienes, que ella sola hace catorce camas al día, y sirve á la mesa, y aljofifa todos los suelos de la casa, y hasta coge el cubo y la escobilla y enjalbega de cal lo que alcanza; y todo por su

pecado. ¿No te da lástima de haberla traído á este trance y que por tu causa se vea así?

—¿Me iba á casar con ella?

Julio rióse de buena gana al ver á Don Miguel convertido en dómíne, el que apurando la quinta copa trajo otra botella que Carmelo descorchó; llenó éste las copas, y, riéndose, comenzó á contar que ya pasaban de nueve las que hallábanse en el mismo caso; pues desde que le dieron la alternativa no sabía lo que era, pero perseguíanle las mujeres, y todas con la *misma*, besarle los ojos y decirle: «pero chiquillo, ¡qué riñones tienes!»

Miró el reloj Don Miguel, y diciendo: al avío, fué á la otra habitación y trajo un cuaderno, y después de leerle á Carmelo todas las cuentas del dinero cobrado y pagado, terminó diciéndole:

—De modo que tengo en el Banco, tuyos, unos nueve mil duros.

—Está bien, está bien—decía Carmelo tapando el cuaderno con su izquierda, y á la vez que gesticulaba, preguntó:—¿Y á usted qué le debo?

—A mí, muchacho, ¿de qué?

—Sí, hombre, de ese cargo.

Soltó Don Miguel una estrepitosa carcajada, y mirándolo y echándose con la silla hacia atrás, reía y tornaba á reír de tan buen grado, que Carmelo, poniéndose de pié, gritó:

—¿Me va usted á tomar el pelo?

—Nó, hombre, ¿sino tú á mí por quién me has tomado? De modo que me debes... ¡en mi vida he

oído otra! ¡Si habrá adelantado este mozo, que quiere tenerme á sueldo!

—Yo, hombre, como dicen que los apoderados no trabajan en balde, y que, vamos, sus ganancias han de tener...

—Sí, hombre, tienes razón.

—Aún hay clases—arguyó Julio.

—Y tanto—agregó Don Miguel;—después de todo está Carmelo en *la fija*: te hablaré claro, pues parece que has oído campanas y no sabes dónde; pero es menester sepas que yo no quiero ni un céntimo tuyo, ¿lo oyes? que no quiero ni una gota de tu sudor; ¡por vida del...!—Y con las dos manos palmoteó sobre el hule de la camilla, haciendo saltar, vibrar, sonar y desbordarse las copas llenas de oloroso vino, que sobre la amarillenta bandeja estaban.

—No se *abronque* usted, que no ha sido mi ánimo, qué digo faltarle, sino que no quiero que por mí... vamos, que le dé ni el aire; y si alguno dijera...—acabó Carmelo como enajenado,—le sacaría los hígados.

—Bueno está, bueno—gritó Julio, á la vez que saliendo al corredor, echaba un buche de vino sobre las encarnadinas losetas, y entrando oía proseguir á Don Miguel:

—Yo bien sé que con esto de que cualquiera pelafustán ó pelagatos hoy se convierte en apoderado de los espadas, nos miden á todos por el mismo rasero, y que muchos de ellos de este cargo hacen una industria, y abusando del desprendimiento de ustedes, suelen presentar las cuentas

del Gran Capitán, como decirse suele; pero éste no es mi caso, ¡cáspita! y si no, mira lo que pasó al sin par espada aquel que aún lloramos, que con eso de no haber recibo de por medio, al morir, se saldaron las cuentas en el otro mundo; de modo que al buen pagador no le duelen prendas, y á cantar claro.—Y diciendo esto, sacó del bolsillo interior de su americana un papel doblado en cuatro dobleces, y abriéndolo y dándoselo á Carmelo, le dijo con voz de bajo profundo:

—Ahí tienes hasta el último céntimo de lo tuyo y con mi firma al pié; así, si me muero, todo está claro.

Dióle Carmelo emocionado un apretón de manos, y le rogó fuese á comer con ellos, contestando Don Miguel:

—Eso ya es otra cosa: tenemos que hablar largo y tendido, pues de que vayas ó no á América depende aceites corridas que para el año venidero te proponen.

—Lo que usted haga, más bueno.

—¿Pero tú vas ó no á América?—á su vez preguntóle Julio, mostrándose indiferente.

—Que no, hombre, que no se me ha perdido nada allá.

—Yo creía que en vista de las ventajosas proposiciones...

—¿Y á mí qué?

—Déjalo, hombre—acabó por decir Don Miguel,—que eso lo vamos á tratar en comiendo, que me parece que el tal empresario trae más ruido que nueces.

XXVIII

CUANDO tomaban el café entró en el cuarto donde estaban. de la fonda de Las Delicias, el empresario de América, acompañado de Ricardillo, que venía, según dijo á Carmelo, á ofrecerle ganadas quinientas pesetas si deseaba vender la jaca para un señorito.

—Ni por pienso—contestó Julio.—Y á poco rato entraron un banderillero de la cuadrilla de Carmelo apodado la *Anguila*, otro peón y cierto melliflúo joven, vestido con atildada elegancia.

Ofreció á todos Carmelo café y copas de licorres, y sentados escuchaban altercar á Don Miguel y al *Barnum* americano, que de tal lo motejaban en razón del programa que por Sevilla había hecho profusamente circular en el que rezaba que se prometía dar en su país los espectáculos más asombrosos y grandiosos que se hubieran visto en la tauromaquia.

—Bueno, todo eso me parece superior—decía Don Miguel,—pero la capa no parece: usted brinda y promete...

—Lo que es la verdad—contestó el americano:—y prueba al canto.—Y sacando un libro talonario de cheques contra el Banco de España, dijo:

—De antemano doy como garantía la cuarta parte de la cantidad que se convenga.

Al *Anguila* se le iban y venían los colores mirando el talonario, y de puro emocionado púsose de verde aceituna; pero Carmelo, cogiendo y cerrando el libro, con sentenciosa voz dijo:

—Ni por todos los millones hago el viaje.

—Acabáramos—dijo el americano.

—Chiquillo, que te va á pesar—argumentó Julio.

—Por *via* de...—soltó Carmelo,—que no voy á ninguna parte.—Y en esto vieron pasar por la entreabierta puerta á *Guarda-polvo* y dos amigos que salían de otro cuarto.

Apercibirse Carmelo y ponerse de pié, todo fué uno, y saliendo lo llamó é hizole entrar, así como á sus acompañantes, y ofreciéndoles cigarrros habanos, tomaron asiento.

Guarda-polvo venía vestido con marinera, chaleco y pantalón de pana color café obscuro, hongo negro y tirilla en pié, corbata de plastrón roja, y por alfiler gruesa perla, botinas de charol y capa de finísimo paño azul obscuro, con esclavina bordada en seda negra y de realce.

El empresario seguía dale que dale con Don Miguel, que contestaba:

—Hombre, si la novia no da el sí, ¿cómo hemos de hacer este maridaje?

A lo que *Guarda-polvo*, mirando á Carmelo, le dijo:

—¿Pero por qué no vas á dar ese paseo? Para fines de Marzo estás de vuelta, á no ser que te quedes por allí, que se dan casos. Yo ya he ido una vez, y en cuanto el cuerpo me pida más dinero, allá marchó á traer plata de América.

—Que nó,—contestó de mal talante Carmelo.

—Eso será—dijo uno de los amigos que habían venido con *Guarda-polvo*,—que está usted aquerenciado con su rival.

—Entre artistas y compañeros no hay rivalidades—contestó Don Miguel.

—Emulación—añadió el otro.

—Ni eso.

—Cada uno hacé lo que puede y sabe—acabó por proferir Carmelo.

—Eso es, hombre—á su vez repitió *Guarda-polvo*.

Julio se aproximó á Don Miguel, que se había asomado al corredor á ver pasar unas mujeres, y le habló al oído, contándole que al fin *el de marras* había metido la patita.

Era aquel á quien nombraban *el de marras*, cierto sujeto que tenía estentórea voz y que años atrás, en la Plaza de Toros de Sevilla, á grito pelado increpó á dos espadas, con los cuales tuvo altercación ruidosa. Temíanle los diestros, y si solicitaban su compañía, era por captarse su benevolencia, librándose de sus críticas y enemistades.